

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

SETIEMBRE 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

Teléfono 3.145.



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



# TERESA

NOVELA

(Conclusión)

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

XV

El señor Caccia era duro y tieso en su despacho, aunque estuviese solo, por la gran costumbre que tenía de echárselas de plancheta.

Sentado en su sillón, en forma de carro romano, con las gafas montadas en la nariz y una carta en la mano, gruñía sordamente. Un golpe de tos seca, como si se atragantase, interrumpía de rato en rato la lectura, que fué larga y laboriosa.

Así que hubo concluído, permaneció inmóvil, con los anteojos levantados sobre la frente y la mirada fosca.

La media luz de un día nebuloso iluminaba apenas el pequeño aposento, haciendo más tristes las cuatro paredes jaspeadas á esponjazos, y la tétrica taquilla de oficina, toda llena de papeles sellados. El estante de libros, al cual acababa Carlitos de romper los pocos libros intactos, ya no mostraba los dieciocho tomos del Botta de color agarbanzado, ni la suntuosa encuadernación en piel roja de los clásicos; porque costaba mucho dinero poner otros vidrios, y Teresita había clavado en lugar de ellos una tela verde, por indicación de su madre.



Aquel color oftálmico daba un aspecto misterioso á la librería, como si encerrase venenos.

El señor Caccia seguía siempre inmóvil, profundamente meditabundo, sin oír siquiera el ruido que ocasionaba Ida arrastrando un carrito debajo del pórtico, ni la voz cascada de la señora Soave, que le pedía se estuviese quieta; y ni aun dos golpes bastante fuertes, dados con el aldabón de la puerta.

Al abrirse ésta, levantó los ojos y quedóse atónito al ver entrar á Orlandi.

Con Orlandi se difundió por la oficina tal aspersion de juventud y de alegría, que el recaudador frunció el entrecejo y se puso aún más huraño; á lo cual no dió el joven importancia, sino que alargando cordialmente las manos, le saludó con mucho desparpajo.

—¿A qué puedo atribuir?...—dijo de pronto el Sr. Caccia, medio levantándose del sillón con aquel tanto de cortesía indispensable, pero queriendo demostrar que la visita era inoportuna.

—Ante todo, traigo á usted memorias de su hijo.

—¡Mi hijo!.... Algo mejor pudiera hacer que enviarme memorias. Pero, siéntese usted. Espero que no tendrá otros encargos de parte de mi hijo.....

En vez de sentarse, el joven hizo ademán de salir.

—Dispénsame usted, veo que le incomodo. Si quiere recibirme en otro momento, ruego á usted me diga la hora á que puedo encontrarle libre de quehaceres.

El señor Caccia balbuceó una excusa; comprendió que se había dejado llevar demasiado lejos, y quiso dar una justificación de su mal humor:

—No; ruego á usted que tome asiento. Debe dispensarme si respondí un poco irritado al oír el nombre de mi hijo. Cuando se dedica toda la vida á una idea, cuando del deber de padre de familia se ha hecho una religión, cuando gastos y sacrificios, todo se afronta por el bien de los propios hijos, es bastante duro verse tan mal correspondido, como lo demues-



tra un hijo que no tiene pundonor, ni delicadeza, ni corazón.

Orlandi escuchó ese rapapolvo con el más respetuoso silencio; y sólo cuando la última sílaba de la palabra «corazón» se extinguió con el eco de las cuatro paredes, creyóse en el deber de contestar:

—Dudo si un instante de cólera, justísima ciertamente, pero acaso un poco excesiva, le hará juzgar sin razón.....

—¿Juzgar sin razón?—interrumpió el señor Caccia.—Lea usted esta carta; y usted, que es amigo de mi hijo, me podrá decir, si lo sabe, cómo y cuándo se puede contraer una deuda de 100 pesetas. ¡Y advierta usted que nada le falta! Alojamiento, alimentación, vestido; todo pagado.

Aquella deuda de cien pesetas no podía producir mucha impresión en Orlandi; antes bien, si hubiese estado en el caso de expresar con claridad su propio parecer, no hubiera vacilado en declararla una verdadera miseria. Sin embargo, para no irritar más al recaudador, hizo como que comprendía su indignación; pero añadiendo muchas cosas en descargo de Carlitos, tales como la edad, la ocasión, el ejemplo, las compañías.

—¡Las compañías, precisamente!

El señor Caccia, recalcando la frase, fulminó al joven una mirada olímpica.

—Hace mucho tiempo que no hago vida común con Carlitos.

Orlandi dijo estas palabras con sencillez, sin aparentar disculparse; tanto que el señor Caccia volvió á tener vergüenza de sus arrebatos, y se encerró en una taciturnidad llena de calma y más tieso que nunca.

—El motivo que aquí me conduce— prosiguió Orlandi con voz clara y bien timbrada — es de un carácter tan opuesto á las preocupaciones en que veo á usted absorto, que temo...

Detúvose, no porque no supiera qué decir, sino porque quería que el otro le animase.

—Sin embargo, hable usted con entera libertad; estoy



acostumbrado á reprimir mis particulares sentimientos. Cuando se ocupa un cargo público de confianza..... Diga usted, en resumen, diga usted.

Pronunció estas palabras con mucha prosopopeya, con el puño puesto en la mesa de escritorio, con la fisonomía inmóvil.

—Ya sabrá usted que he terminado la práctica de la abogacía en el bufete de Sandri.

—En efecto, me parece haberlo oído decir. Le felicito á usted por ello.

—Gracias. Pero, como puede usted imaginarse, no he venido por eso. He puesto por delante el hecho de la conclusión de mis estudios, para inspirar á usted la confianza que necesito.....

Ligera vacilación de Orlandi; inmovilidad absoluta del señor Caccia.

—..... en el momento en que vengo á pedirle la mano de su hija Teresa.

Dichas estas palabras, Orlandi levantó su hermosa frente, altiva, donde se retrataba la persuasión de sus propios méritos y la gran confianza en su amor correspondido.

Por un instante, el señor Caccia no dió ninguna respuesta; parecía petrificado. En realidad, pensaba en los frecuentes paseos de Orlandi por la calle de San Francisco, en algunas alusiones bromistas oídas en el café, en las distracciones de Teresita; y si no se hubiese tenido á sí mismo un respeto sin límites, se hubiera dado á los demonios por no haber olido el asunto. Pero, cuidadoso del decoro más que de nada, se contuvo; y limitándose á enarcar las cejas con la más severa de sus miradas, dijo:

—Agradecidísimo por el honor..... pero..... su posición...

—No está asegurada—interrumpió fogosamente el joven— es verdad; sin embargo, aquel amor que me hizo superar los primeros obstáculos, me ayudará á vencer los demás, sólo con que usted quiera darme apoyo.



—¿Y qué apoyo?

Orlandi no se había imaginado, al prepararse para la conversación, que ese asunto resultase tan escabroso. Pensarlo no era nada; al querer manifestarlo con palabras, balbuceó:

—Si tuviese una pequeña suma para establecernos.....

—¡Ah! ¿Cuenta usted conmigo para eso? Mi hija no tiene dote. Tengo cuatro muchachas, caballero; y si hubiese de dar una dote á cada una de las cuatro, no le quedaría á mi hijo más recurso que hacerse peón del campo.

El recuerdo de su hijo acibaró más al señor Caccia. Púsose de pie, rojo y resoplando, decidido á cortar bruscamente la cuestión. Así, pues, añadió:

—No, mi hija no es para usted.

Orlandi, pálido de ira, había estado escuchándole sin poder dar crédito á sus propios oídos. Las últimas palabras le hirieron como flechas; dió un paso adelante, atrevido, resuelto, echando lumbre por los ojos, con las venas de la frente ligeramente hinchadas:

—Señor Caccia, amo á su hija y demostraré á usted que no me hace falta su dote. Si usted hubiese tenido un poco de confianza en mí, un poco de cariño á Teresita, más pronto seríamos felices. Así, es cuestión de tiempo, y por mi parte, tendré el placer de no deberle á usted nada. Hasta la vista.

Salió bruscamente, dejando estupefacto al recaudador.

La señora Soave fué la primera en recibir el contragolpe de la escena. Su marido la encontró en la alcoba conyugal, arrodillada ante el Niño Jesús de cera.

—¡De nadie puede fiarse uno en esta casa! ¡Tendré yo que estar con ojo en todo: negocios, economía doméstica, el hijo, las chicas!

—¿Qué tienes, Próspero?

Levantóse ella, un poco temblorosa, al ver que su marido echaba la llave á la puerta.

—¿Qué hay?

El señor Caccia permaneció callado un momento, hasta to-



mar una actitud severa, firme; y luego, con toda la majestad que pudo sobreponer á su cólera, dijo:

—¿Nunca se te ha ocurrido que Teresita cortejaba con alguien?

Un rubor de niña despavorida apareció y desapareció al punto en las mejillas de la señora Soave; la cual balbuceó, bajando los ojos:

—Ya sabes, las muchachas.

—¡Cómo!—interrumpió con voz atronadora el señor Caccia.—¿Debo oír estas cosas acerca de una hija mía? ¿Son estos los principios inculcados por mí? ¿Son estos los ejemplos dados?

—Quise decir..... No hay nada malo en eso. Teresita tiene cerca de veintitrés años; ya es tiempo de que se coloque.

—¡Y para colocarse coquetea con perdidos!

Al oír cosas tan gordas, la señora Soave se turbó y se puso otra vez á temblar, no teniendo ánimo para hacer frente á su marido, ó acaso desesperada por las acusaciones dirigidas contra Teresita.

—¿Cómo puedes hablar así de una muchacha tan buena?

La frase quedó entrecortada dos ó tres veces por sollozos, los cuales no conmovieron ni un ápice al señor Caccia, fijo en el principio de la inflexibilidad.

—Era una buena muchacha, ó por lo menos así lo creí, lo cual es ciertamente más exacto; porque una hija respetuosa nunca se hubiera atrevido á alentar, sin consejo de sus padres, el amor de un joven ocioso y vagabundo.

La señora Soave se tapó la cara con las manitas. Mil recuerdos lejanos, memorias de ilusiones desvanecidas, acudieron á hacerle más doloroso aquel momento. Nada sabía acerca de los amores de su hija por hecho ó por confidencias de ésta; pero lo veía revolotear por el aire, lo inducía por las miradas vagas de la joven; quizá la ilusionaba, en su ciego cariño de madre, en su ternura de mujer, á quien el amor hizo infeliz y que aún sonríe el amor. Ciertamente, no tuvo necesidad de



preguntar el nombre del novio de Teresita. La hermosa y simpática figura de Orlandi brilló en seguida como un relámpago en su pensamiento; y entonces fué cuando se tapó la cara con las manos, suspirando. Pero al ver que su marido callaba, tuvo el valor de añadir:

—Por último, ¿qué sucede?—con una vocecita dulce, conciliadora.

—Ese miserable de Orlandi ha venido á pedirme su mano.

—¿Conque la ama de veras?—exclamó ella alegre, pareciéndole justificada la pasión de su hija.

El señor Caccia se encogió de hombros con desdén:

—¿Qué saben de amor estos jovenzuelos sin ley ni fe, dedicados al placer, que pasan la vida en francachelas, olvidándose de los deberes más sagrados?

Por la mente tímida de la señora Soave cruzó como un relámpago la reflexión de que tampoco los hombres serios, majestuosos, rigidísimos, saben nada del amor y también olvidan algunos de sus deberes, si llega el caso. Pero no concretó este pensamiento, ni siquiera con la apariencia de una frase; exhaló un suspiro más largo, ahogándolo como tantos otros había ahogado en su existencia de mujer modesta y resignada. Cuanto que se atrevió á decir:

—Parece que ya es juicioso. Ha terminado los estudios, ha hecho las prácticas.....

—¿Y qué más?..... Además, no tiene un céntimo, no tiene profesión. Aguardando á que caigan clientes, quería comerse la dote de la mujer. ¡Bonito partido!

Quedó vencida por la evidencia del razonamiento. Según lo que de su cosecha añadió á ello el señor Caccia, arrastrado por una natural antipatía, la posición de Orlandi no era la más segura.

Por otra parte, acostumbrada á reconocer siempre y en todas ocasiones la superioridad de su marido, persuadióse de que tenía razón en casi todo, salvo el caso de que Orlandi consiguiese con su talento hacer fortuna.



—Pero—replicó la señora Soave, sintiendo en el corazón toda la angustia de su hija,—si diese pruebas de conducirse verdaderamente bien, si obtuviese un empleo (¿qué sé yo?) un medio para crearse una posición honrosa, ¿no estarías dispuesto á anticipar algo á esa pobre niña?

—Bien se ve que no tienes idea práctica de la vida, una mujer de poco seso, capaz tan sólo de charlar.

—Mi dote.....

—Tu dote, dividida entre cinco, no daría el pan á ninguno. ¡Y tenemos el varón, el sostén de la familia! Por él debemos hacer sacrificios. Cuando seamos viejos, no es de las chicas de quienes podremos esperar ayuda. El varón lleva el apellido y el honor de los Caccia; no puedo abandonar su porvenir para dar á las hembras una dote que llevasen á unos extraños á nuestra casa.

La señora Soave no habló más del asunto. Estaba convencida, resignada; bajaba la cabeza ante la elocuencia de su marido, persuadida por una larga costumbre de que las mujeres deben ceder siempre.

Lo más triste fué cuando tuvo que explicarse con Teresita. La joven había leído ya su propia sentencia en el cejijunto rostro de su padre, el cual no se dignó decirle á ella nada. Pero cuando su mamá trató de apartar de aquel amor su pensamiento, mostrándole que no podría conducirla más que á graves sinsabores, prorrumpió Teresita en un llanto tan desesperado, y dijo estar tan firme en su decisión de casarse con Orlandi, que la señora Soave tuvo que reconocer por vez primera en su hija alguna semejanza con la energía y la firmeza del señor Caccia.

No podía agradarle tal descubrimiento en aquel instante, pues en seguida comprendió á qué choques llegarían los dos caracteres en lucha. Verdaderamente espantada, preguntó á Teresita si se atrevería á resistir á su padre.

Sin vacilar contestó la muchacha:

—¡Sí!



—¿A desobedecerle?

El *sí* no fué tan rápido esta vez.

—Lo que se llama desobedecerle..... creo que no..... pero resignarme tampoco.

—¡Hija mía,—gritó la pobre mujer, sollozando—no querás causarnos á mí y á tu padre el dolor de casarte sin nuestra bendición!

Teresita la tranquilizó, diciéndole que no haría nada que fuese en deshonor ó para disgusto de la propia familia.

—¿Y entonces?

—Aguardaré.

Y para que esta palabra no pareciese convenida, añadió á escape:

—Orlandi me ama y yo tengo fe en él. Dentro de un año tendrá una posición tan brillante, que mi padre ya no podrá rechazarle por yerno.

La señora Soave creía soñar. Su hija hablaba con aplomo, con el acento de una voluntad inquebrantable. Mirábala y le parecía transfigurada, más alta, con las líneas del rostro dando á su fisonomía una expresión característica, habiendo perdido las exuberantes rotundidades de la primera juventud. Tenía en los ojos la seriedad pensativa de las mujeres que aman, y el fulgor de las que saben que las aman. Estaba en el máximo desarrollo de su belleza y de su fuerza.

—¡Dios te oiga y te bendiga!

No se le ocurrió á la madre otra cosa que decir. Después de haberla contemplado, se acercó á ella abrazándola, arreglándole los cabellos encima de la frente, como habría hecho con un niño pequeño, enternecida toda por aquella gran pasión.

La misma noche recibió Teresita una carta de Orlandi, en la cual el joven la juraba eterno amor.

Madre é hija lloraron al leerla.



## XVI

Al prometer Orlandi á Teresita hacerla suya á despecho de todo obstáculo, no tenía un plan preconcebido. Obedecía al impulso natural de los jóvenes á quienes todo sonríe, y que están habituados á triunfar de todo.

Su amor por la joven no era una pasión de paladín ó de héroe; quizá no hubiera ido en busca de la muerte, pero la quería con absoluta sinceridad. La hubiera querido aunque fuese un hombre, aunque fuese una vieja, porque en ella amaba, sobre todas las cosas, la bondad afectuosa del corazón, la dulzura sonriente, la simplicidad. Siendo una joven, y no fea, la simpatía no podía recibir otro nombre sino el de amor.

Pero faltábale á ese amor la gran palanca, por la cual el hombre llega al grado máximo de la exaltación amorosa: la proximidad, la intimidad, la comunión de los sentidos.

Cuando le escribía que pensaba en ella todas las noches, antes de acostarse, era verdad, Orlandi no mentía. Después de un día alegre y de una noche aún más alegre; después de las estrepitosas conversaciones con sus amigos, de las cenas improvisadas, de las copiosas libaciones, de las mujeres complacientes y complacidas, Orlandi regresaba á su cuartito de soltero con los nervios satisfechos, con ideas alegres, con un bienestar por todo el cuerpo. Quitábase el sombrero, el gabán y todo; se arrebujaba debajo de las mantas, y en aquel momento de reposo y de soledad, á punto de salir del día para sumergirse en el gran limbo del sueño, enviaba un pensamiento á la joven ausente, y en seguida se dormía, de pronto, como un lirón.

También por la mañana, casi siempre, se le presentaba la imagen de Teresita á darle los buenos días. Recibía sus cartas



con placer; leíalas con atención un par de veces, sonriéndose, feliz por aquel amor intenso y candoroso que le hacía experimentar un júbilo diferente de los habituales. Exclamaba en alta voz: «¡Pobre Teresita!» Colocaba la última carta sobre las anteriores, en una cajita de madera de Sorrento, y se iba de casa.

Durante el día no tenía mucho tiempo para pensar en ella. Sucediase sin interrupción el trabajo en el bufete del abogado Sandri, sin más distracciones que las bromas que se daban entre sí los jóvenes pasantes. Agrupados en número de cuatro en el hueco de la ventana, aun cuando tuviese cada uno su puesto separado, su gran recreo era la vecindad de dos guapas chicas, unas coquetas de marca mayor, que desde su balcón les tentaban continuamente.

Más tarde fué escogido por el abogado para las consultas verbales Orlandi, por su buena presencia y por su desenvoltura. Ausentábase así del despacho, recorría la ciudad y encontraba á cada paso á un amigo, saludando también en cada ventana á una carita conocida.

Entraba en el café, tomaba un *vermouth*, daba un vistazo á los periódicos, oía el reciente escándalo, la noticia recién llegada; olía el ramito de flores que la dueña tenía en el mostrador, diciéndola en voz baja algún requiebro. En el fondo, prefería esta vida ligera y variada á las costumbres sedentarias del bufete.

Sandri le hizo algunas observaciones.

Orlandi se encontraba á menudo en el café con los redactores de *El Presente*. Entablaban discusiones de arte y de política, leían las pruebas de imprenta, improvisaban un artículo en una esquina de la mesa. También Orlandi se puso á escribir por curiosidad, por jactancia, queriendo demostrar que en último término no es ninguna cosa del otro jueves eso de ser escritor.

Dejó de ir á comer á la fonda donde acostumbraba á hacerlo, y fuese á la del *Aguila* juntamente con los periodistas, cuya



sociedad cada día era más de su agrado. Sentíase nacido para las batallas de la pluma, para las emociones de la publicidad. Y además, amaba sobre todo la vida libre.

Las veladas de *El Aguila* se hicieron célebres. Orlandi atraía allí á todo el elemento joven de Parma, bueno y malo, ejerciendo sobre todos su influencia dominadora, su fogosidad persuasiva de tribuno improvisado. Con su elevada estatura, sobresaliendo su cabeza por encima de las demás, por su expresión varonil, su frente espaciosa y sus ojos relampagueantes, parecía haber nacido para el mando; y aquella bondad suya, negligente y alocada, aquella ausencia de cálculo, creábale las mayores simpatías.

En este período fué cuando pensó más en serio casarse con Teresita. El porvenir le abría nuevos horizontes; un ligero puntillo de ambición acrecentaba la firmeza de sus propósitos.

Escribió á la joven:

«He abandonado el bufete de Sandri y la carrera del foro. Tengo un proyecto grandioso; te lo comunicaré de viva voz. Estáte tranquila; todo va bien y yo te adoro como siempre.»

El proyecto era la fundación de un periódico político literario, independiente de todos los partidos, sin sujetarse á escuelas ni sectas. Debía proclamar siempre la verdad, á toda costa; ayudar á los débiles y desconocidos, despreciar á los poderosos, desenmascarar á los bribones.

Orlandi estaba entusiasmado con su programa. Todo lo bueno que en él había, corazón y talento, quería consagrarlo á esta obra. Ya no se diría que era un haragán; sonreíase pensando en que aquel trabajo no le costaba ningún sacrificio, y que le era posible hacer bien sin abdicar de su propia libertad ni aburrirse soberanamente.

Entre las plácidas perspectivas del porvenir, no faltaba la sorpresa que el señor Caccia mostraría cuando, al pedirle por segunda vez Orlandi la mano de Teresita, le echase en rostro como un reto su título de director de un periódico.

Pero, en honor de Egidio, precisa decir que su gozo más



delicado y más íntimamente querido era el de pensar en la felicidad de Teresita. Como todos los seres fuertes y buenos, amaba la debilidad y hacía un deber de protegerla.

La vida que llevaba la joven le parecía tan mísera, que debía ser para él suma ventura el poderla cambiar. Este convencimiento explica la frase compasiva que pronunciaba á menudo: «¡Pobre Teresita!»

En el amor del joven calaba poco la pasión absorbente: no tenía necesidad de aquella muchacha para ser feliz, pero veía en ella un complemento para su felicidad. No la deseaba ardentemente, con premura, con la avidez de un sediento; él no tenía sed, la guardaba en depósito más bien.

Era justo. Comprendía la enorme diferencia que hay entre el amor de un hombre y el amor de una muchacha; cómo es todo placer y conquista para el primero, y la mayor parte de las veces no hay más que tormento para la segunda. ¿Qué le hemos de hacer? No podía cambiar el orden de la sociedad y no había nacido para los heroísmos solitarios. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la idea de negarse á sí mismo lo que ella no podía tener.

Por otra parte, las mujeres nacen con espíritu de sacrificio. Todo lo que podía hacer por Teresita, era casarse con ella cuando las circunstancias se lo permitiesen.

En los últimos días del año le escribió:

«Tengo que ir á Milán. Esperaba llegarme antes ahí para saludarte, pero no me es posible. Los negocios van viento en popa, por lo menos en cuanto á promesas. A mi vuelta podré decirte algo positivo. Estaré ausente ocho días ó diez, según las circunstancias. Escíbeme á la lista de correos. Te amo y pienso en tí continuamente.»

Teresita asistió á los funerales de la Caliope. La chiflada había muerto de repente y de un modo misterioso, como vivió.

En la mañana de la Epifanía la encontraron echada en la cama, vestida, con el pañuelito amarillo puesto á la cabeza y con la fisonomía tranquila. Estaba fría como el hielo. El doc-



tor Tavecchia declaró que un síncope había determinado la muerte, pues la pobre mujer llevaba ya mucho tiempo padeciendo del corazón.

A la conducción del cadáver había concurrido todo el vecindario, hasta aquellos que nunca habían visto á la Caliope y sólo de nombre la conocían.

Pero como no había parientes que presidiesen la ceremonia, hubo un poco de barullo. Todos entraban y salían á su antojo.

—Mamá, ven tú también—dijo Teresita.

La señora Soave nunca salía de casa. Sólo el pensamiento de tener que quitarse de los hombros el chal de color de ceniza, la espantaba. Además, padecía mil achaques: la mucha gente dábase dolor de cabeza; las emociones, la abatían; también temía á los vértigos.

Teresita cruzó la calle con su fiel amiga la jueza.

—¿Vamos á ver su cuarto?

—Pero, ¿se puede?

—Bien ves que también los demás entran.

Cuchicheábase muy quedo. ¿Cuántos años tenía la difunta? Cincuenta, sesenta, cuarenta y cinco. ¿Había hecho testamento? Sí; no. ¿Dejaba algo para los pobres? No. ¿Al asilo de huérfanas? No. ¿Dotes para doncellas casaderas? Tampoco. Todo el producto de la venta de sus bienes tenía que remitirse á Francia, á una dirección que sólo el Notario conocía.

La antigua historia salió á relucir de nuevo. El doctor Tavecchia repitió que la Caliope, á la edad de veinte años, era bella como una diosa. Se susurró el nombre de la condesa, que la había criado como hija, y díjose que era hija suya de verdad. Ninguno había conocido al oficial francés, pero hablaron de él largo y tendido, con la simpática curiosidad que despiertan las historias de amoríos, cuando el tiempo ha disipado todos los celos y todas las envidias.

La cama mortuoria, vacía, cubierta con una sábana, estaba frente á la ventana. La cabecera, apoyada en la pared, te-



nía encima un cuadro sagrado, pintura más antigua que bella, y debajo de él, en una repisita de madera negra, tres flores campestres, atadas juntas, yacían como una reliquia.

—Creí que era más pequeña esta casa. ¡Qué habitaciones tan espaciosas!

La jueza alzaba los ojos para mirar los escondrijos; Teresita, en cambio, miraba las tres florecillas secas.

—Vaya, ¿qué hay de interesante ahí? ¿Qué miras?

—Aquellas flores. Me producen una melancolía extraña. ¡Si pudiesen hablar!

—Es cierto, ¡si pudiesen hablar!

Teresita no dijo más, pero pensó: «¡Cuántas memorias! Hermosas y frescas un día de primavera, acaso las cogiese para adorno de su persona; arrebatadas quizá, ó mejor, cogidas por ambos juntos.....»

Entróla grandísima tentación de apoderarse de ellas y llevárselas consigo. ¡Quién sabe en qué manos caerían!

—Pues señor, acabóse todo—dijo la jueza.—Sólo Dios sabe si la pobre mujer fué más cuerda ó más loca que nosotras.

Teresita comprendió que no podía resistir á la tentación. Parecíale que la muerta, desde el fondo de la caja donde estaban cubriéndola de flores frescas, gemía pidiendo sus florecillas marchitas.

Descolgó la repisa, y, sin que la viesen, la deslizó bajo la tapa del cestito.

—¿Lágrimas ahora? ¡Quita allá!

Lloraba de veras, conmovidas todas sus fibras, exaltada por la historia de la Caliope, preguntándose á sí misma si concluiría también así su amor.

Se dirigieron á la iglesia de San Francisco, la cual en seguida se llenó de gente.

Todos los vecinos de la calle estaban allí: los niños de la jueza, juntamente con las gemelas de Caccia; la señora de Portalupi, con la última hija soltera; la vieja Tisbe, que nunca se



moría, como si hubiese hecho pacto con el demonio. Hasta D. Juan Boccabadati apareció un momento en el quicio de la puerta de la iglesia, lánguido, llevando fajada de mala gana la barriga, que comenzaba á pesarle.

—Tengo frío—murmuró Teresita.

—Hace mal día—respondió la jueza, metiendo las manos en el manguito.

—¿Quieres que vayamos hasta el cementerio?

—Haz lo que te parezca. Mejor será.

Después del oficio fúnebre, el cortejo se puso en fila: delante el coche, después el clero, luego las mujeres y, por último, algunos hombres.

Corría un viento fresco de Poniente.

—Quiere nevar.

—Témome que sí.

No dijeron más en todo el camino, presa ambas del frío y de la tristeza, con los velos echados á la cara y medio cerrando los ojos.

Pocos fueron los que llegaron al camposanto; formóse un pequeño círculo en derredor de la fosa recién cavada, donde bajaron despacio el ataúd.

—Los muertos ya no sufren—dijo Teresita, volviendo la cabeza á otro lado.

—No. Es un consuelo.

—Ya no sufren, pero tal vez sientan aún.....

—Eso es absurdo.

La jueza dijo estas palabras distraidamente, pensando en sus niños, que se habían vuelto atrás.

Siguió largo silencio. Las dos amigas desanduvieron el camino. De pronto Teresita suspiró tan dolorosamente por debajo del velo, que la jueza comprendió al punto á dónde iba aquel suspiro.

—¿Hace mucho que no tienes noticias?

—¡Diez días! Son muchos, ¿no es verdad?—exclamó Teresita, escuchando con tristeza el sonido de su propia voz, pa-



reciéndole que los «diez días» pronunciados fuerte duplicaban su longitud.

—No sabría decirte si son muchos; todo es relativo.....

—Ha ido á Milán.

—Entonces, se comprende.

—Pues no; eso no es una razón. Tanto puede escribirme desde Milán, como desde Parma.

—Si ha ido á negocios.....

—De seguro. Tiene en la cabeza todos aquellos proyectos.....

Pasó un sacerdote alto, bien vestido, con medias de color de violeta y zapatos relucientes, adornados con gruesas hebillas de plata. La jueza dió un codazo á Teresita, diciéndole en voz baja:

—Es Su Ilustrísima.

La joven le dirigió una mirada indiferente.

De allí á poco encontraron á la señora de Luzzi, con un sombrero caprichoso, hecho de tela de oro.

—¡Mira!—exclamó la jueza.

Pero la joven ni siquiera volvió la cabeza esta vez. Entonces su amiga reanudó el interrumpido discurso.

—¿No ha notado tu padre que seguís carteándoos?

—¡Pobre de mí, si lo supiese!

—Pero, ¿y mamá?....

—¡Oh! á mamá se lo cuento todo.

—Haces bien—dijo sentenciosamente la jueza.—¿Y sabes por qué te compadece tu mamá? Porque es mujer. Sólo las mujeres comprenden el amor.

—También los hombres aman.

—Sí..... á su manera; pero nunca como las mujeres.

Empezaba á nevar. Del cielo, todo gris, caían copos blanquísimos, no muy anchos, espesos, casi como agujas.

—¡Dios mío, que día tan malo!

—En casa nos calentaremos.

Teresita meneó la cabeza, como si estuviese convencida de



que ya no podría entrar en calor nunca. Tenía frío en el alma; sentía una tristeza invencible, cada vez mayor, cual un veneno que circulase poco á poco con su sangre.

—¿Qué hará ahora? ¿Pensará en mí? ¿Estará triste como yo?—así suspiraba con la boca ahogada por el velo, opresa por una irresistible necesidad de amor.

En la desembocadura de la calle de San Francisco encontraron al cartero; llevaba una carta para Teresita.

—Alégrate—exclamó la jueza;—ahora ya no tendrás frío.

Las dos amigas se separaron sin saludarse casi; una corría á ver á sus hijos, la otra á leer la carta.

«No te he escrito antes y no por mi culpa, créelo. Apenas vine me vi engolfado en un maremagnum de negocios y diversiones, de placeres y aburrimientos que no me dejaron un instante libre. No puedes formarte idea de la vida periodística, como no puedes formártela de Milán. He adquirido un montón de relaciones; he encontrado compatriotas, amigos, condiscípulos de la Universidad. Todas las noches voy al teatro. En el de la *Scala* hay un espectáculo estupendo: la *Wrozzlinger* es la mejor *prima donna* que he oído en mi vida. El baile es también de mucho aparato. En resumen: estoy en éxtasis como un verdadero provinciano.

»En vez de una semana, prolongaré aquí mi estancia todo el mes de Enero. Han ocurrido cambios que no puedo explicarte por carta; modifíco mis proyectos relativos á la fundación de un periódico. Personas competentes me lo han quitado de la cabeza, á lo menos por ahora. Sin embargo, no renuncio á la carrera de publicista; mi porvenir está aquí. Quisiera decirte mil ternezas, pero en este momento me veo interrumpido. Mañana, cuando recibas estas líneas, estaré de convite en casa de la condesa Bernini, pariente de los Arese.»

No había nada más. Por más vueltas y revueltas que daba al papel por todas partes Teresita, Egidio no había escrito la palabra de amor que ella buscaba. Egidio se divertía, Egidio era feliz.....



Duplicóse su tristeza, sintió todo el horror del aislamiento. Aquellos amigos, aquellos teatros, aquellos bailes le robaban su enamorado; y por más que la envidia le pareciese egoista, tuvo envidia de todas aquellas personas que le veían, que hablaban con él, que saboreaban lo delicioso de sus miradas y sonrisas, que le robaban su tiempo, sus pensamientos, su vida.

¿Qué valía su ardiente amor? ¿Qué valían cuatro años de pensamientos no interrumpidos, de locos afanes, de esperas agonizantes, de insomnios, de tormentos, de continuo martirio? Allí estaba sola para llorar, sola para sufrir.

Miró la nieve que seguía cayendo lentamente y le pareció que la envolvía toda con un manto de hielo. Estremecióse, y un vago deseo de muerte cruzó por su cerebro, juntamente con el recuerdo de la pobre mujer á quien acababan de enterrar.

Luego se echó sobre la carta, estrechándola apasionadamente, con los ojos llenos de lágrimas, estallando su corazón entre amoroso y dolorido, murmurando con sollozos:

—¡Egidio, Egidio, Egidio!.....

## XVII

El señor Caccia, después de haber visto el entierro de lejos, volvíase á su casa arrimado á las paredes, para evitar la nieve.

Al revolver una esquina se encontró frente á Su Ilustrísima, á quien se apresuró á saludar con un profundo sombreroazo. Pero, con grande asombro suyo, el abad mitrado se detuvo.

—Mi querido señor Caccia, ¡qué fortuna poderle encontrar!

—Su Ilustrísima me confunde; yo soy quien.....

—¿Está buena la familia?

—Muy bien, gracias á Dios.

—¿Y el jovencito?



—Está en Parma, estudiando el último año de leyes.

Mientras andaban, el abad había tomado por su calle, y el recaudador le seguía humildemente, llevando la izquierda, muy hueco con el honor que en público recibía.

—¿Y su señora?

—Así, así; delicada siempre.....

—¡Qué buena mujer! ¿Y las niñas?

—Creciendo mucho, señor.

Estaban delante de la casa del prelado. Con un gesto gracioso é imperativo, Su Ilustrísima invitó al señor Caccia á que entrase.

El mayordomo, con el gorro de piel, los introdujo en un salón espacioso, casi desnudo, donde los muebles se perdían entre uno y otro balcón, bajo los retratos que presidían majestuosos en sus marcos ahumados: retratos de sacerdotes ascéticos, con las mejillas hundidas y la barba en punta; retratos de clérigos coloradotes, gordos, lustrosos, con papadas cayéndoles sobre el alzacuellos; ojillos picarescos de augures que no creen; pupilas llenas de mansedumbre, de siervos del Señor de buena fe; la colección completa de los abades mitrados predecesores de Su Ilustrísima.

—Está un poco fría esta sala.....

El recaudador se devanaba los sesos por adivinar el secreto móvil del prelado; pero éste no le dejó pensar mucho tiempo; y, modulando la voz con un *allegretto* lleno de desenfado, le preguntó de sopetón:

—Y á su hija, la mayor, ¿cuándo la casamos?

El señor Caccia, confundido, no supo al pronto qué responder. Esperaba cualquiera otra cosa. Entonces tomó Su Ilustrísima otra vez la palabra:

—Parece una indiscreción, pero no lo es..... Créalo, carísimo señor: estamos en nuestra esfera, siendo Nos también padre; y el honor y la felicidad de nuestras hijas en Jesucristo nos importan más que la vida.

—Se lo agradezco á Su Ilustrísima—dijo el recaudador, re-



soplando, rojo ya, con las cejas enarcadas, pero haciendo alarde de la mayor dignidad;—la felicidad de mi hija está bien colocada entre su madre y yo. En cuanto al honor, en nuestra familia.....

No pudo proseguir; se ahogaba. El prelado, sonriéndose, con aspecto melifluo, con el más perfecto aplomo, prosiguió;

—¡Dios me libre! señor Caccia; tengo á su familia una consideración sin límites. Le ruego que no me comprenda mal. Acontece á menudo que las personas directamente interesadas en un asunto no pueden medir su alcance y sus consecuencias. ¿Me permite usted explicarme mejor?

—Eso es lo que deseo.

—Todo el vecindario habla de las relaciones de su hija con el abogado Orlandi. Sábese que el año pasado la pidió por esposa Orlandi y que usted se la negó. Pero, ¿por qué continúa la gresca? ¿Por qué permite usted que su buena y honrada hija disipe los mejores años, el corazón, la reputación, todo afecto lozano del alma en unos amoríos vanos, sin fundamento para el porvenir?..... ¿A qué me meto yo en eso? Tentaciones le dan á usted de preguntarme con qué derecho me hago juez de asuntos ajenos. Pero la religión que profesamos, nos obliga á las misiones más espinosas. ¿Puedo ver á un hermano al borde del abismo, y no avisarle y no procurar apartarle de él, por la sencilla razón de que no me conoce?

El señor Caccia se pasaba el pañuelo por la frente, bañada en sudor. Todos los defectos de aquel hombre, la vanidad, la incapacidad, la terquedad presuntuosa, se unían á su única virtud, el honor, para convertir aquel momento en uno de los más tristes de su vida.

Al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, con ademán noble y sereno, dijo:

—Mi hija.....

Su Ilustrísima le interrumpió en el acto, apretándole la mano que había extendido casi en forma de juramento solemne:



—¡Ni una palabra en defensa de la muchacha! ¿Quién no la conoce? ¿Quién se atrevería á arrojarla la piedra? La cuestión se reduce á un dilema sencillísimo. O usted consiente en la boda, y hagámosla lo antes posible, ó no da su consentimiento, y entonces, por caridad hacia el prójimo y cumpliendo mi deber de padre de almas, le suplico que suprima ese escándalo.

—En lo que de mí depende.....

—Si á usted le parece, haré también hablar al joven; eso, en el caso de que usted no tenga por mejor el consentir.....

—¡Jamás!

Con este adverbio de negación, en que desahogaba un poco de su cólera, el recaudador recobró el aliento. Pronunciando un «¡jamás!» con tanta resolución, sentíase rehabilitado á sus propios ojos; le parecía un acto público, que afirmaba su autoridad de padre de familia, una garantía para la felicidad de su hija, una satisfacción á Su Ilustrísima, y, sobre todo, una justa venganza contra Orlandi, á quien aborrecía cada vez más. Repitió con gran convencimiento:

—¡Jamás!

—Mi derecho termina en suprimir el escándalo; no está en mí juzgar si tiene usted razón ó sinrazón al oponerse á esa boda; pero *inter nos*, como amigo, me congratulo por ello. Ese Orlandi es un libertinillo; ahora se ha metido en la política y en el periodismo... cosas que nunca se sabe á dónde conducirán.

Vióse muy lisonjeado el señor Caccia de que Su Ilustrísima pensase como él acerca de Orlandi. Herido así en su flaco, ahogó con una profunda inclinación un restillo de ira y despidióse, seguido hasta la puerta por los cumplimientos que el abad le recitaba con voz meliflua é insinuante.

Pero una vez fuera, libre de trabas, suprimida la fascinación de la superioridad, el recaudador sintió de nuevo hervirle la sangre. ¡Con que su familia había dado ocasión á murmuraciones! ¡Con que, á pesar de su hondo respeto del decoro,



había permitido un acto, una sola palabra que pudiera ofrecer un lado débil á la maledicencia! En su mente limitada refulgía como faro conductor un solo ideal: el honor del apellido; y á éste había sacrificado siempre todas las demás consideraciones.

¿Y ahora? Por culpa de Teresita, veíase envuelto en una red de bachillerías enojosas y humillantes. ¿Qué diría la gente? Al pensar qué diría la gente, el señor Caccia ya no se contuvo.

Verdad que unos veinte años atrás no había tenido muy en cuenta el parecer de la gente en unos asuntos particulares suyos, en los cuales *un hombre nunca pierde nada*. ¡Pero una mujer! Para las mujeres ¡ah! es diferente la cuestión. El señor Caccia tenía por artículo de fe esta diferencia. Cuando un hombre no roba, no miente, no hace traición, ¡basta! Todo lo demás le es lícito. A la mujer se la exigen otras cosas más.

—¡Demontre—murmuraba, abrigándose con el gabán;—tendría que ver que yo no fuese el amo en mi casa! Una chiquilla tontuela se permite resistirme, ¿y dejaré que nuestro nombre sirva de entretenimiento á los desocupados?

Un granujilla cruzó la calle cantando:

Mira el amor,  
Qué cosas me hace hacer.

El señor Caccia se volvió con rabia, como si le hubiese mordido una víbora.

—Estas cancionuchas son las que hacen perder la cabeza á las muchachas—pensó.

Al llegar á su casa no le fué posible preparar un discurso; tuvo que desahogar la bilis, y el arrebató fué tan violento que la señora Soave se desmayó. Así que acomodaron en su cama á la pobre mujer, con un puñadito de manzanilla tostada en la boca del estómago, el recaudador llamó aparte á Teresita y dirigióla las más terribles amenazas.

Le dijo que era el oprobio de la familia, deshonor de sus canas; que si se empeñaba en seguir con esos amoríos, iba á



acortarle la vida; que por su causa perdían la reputación sus inocentes hermanas; y un montón de cosas más, capaces de poner carne de gallina, dichas todas ellas con acento sincero, con una indignación verdaderamente sentida; de suerte que la muchacha, con la cabeza baja, estaba como la mayor culpable, sin atreverse ni aun á llorar.

También ella había crecido educada en aquel prejuicio de pudor que rodea á las mujeres y en virtud del cual todas se avergüenzan del amor, admitiéndolo como una abstracción, pero nunca en la realidad.

Una joven se enternece con el beso de Julieta y de Romeo, porque está lejos, porque está escrito ó pintado; pero no se atrevería á confesar que su novio la ha besado, y está pronta á escandalizarse si una amiga parlanchina le confiesa haber besado al suyo. Todo esto sin hipocresía, sólo por la continua lucha en que se ve entre la naturaleza y la sociedad: la sociedad que le dice «rehusa», la naturaleza que le grita «acepta».

Teresita se hubiera muerto de vergüenza si alguno hubiese podido leer en su alma hasta qué punto amaba. Tenía el convencimiento de amar demasiado, bastante más de lo permitido por la religión y por el pudor femenino: era un gran pecado, del cual se acusaba ante Dios. Oyendo las graves palabras de su padre, creyóse perdida sin remisión.

Era como si la hubiesen sorprendido desnuda: un vituperio, una vergüenza indeleble.

No dijo una palabra, no se defendió, no suplicó. Cuando su padre quiso hacerla jurar que nunca volvería á pensar más en Orlandi, doblóse toda sobre sí misma cual caña derribada por tierra, en un completo anonadamiento, y su respuesta se perdió entre sollozos.

Pero, después, ¡qué horas, qué días, qué semanas siguieron á aquel terrible momento!

No se atrevía á mirar de frente á su padre, y ni siquiera á sus hermanas, las cuales habían adquirido una prosopopeya de personas á quienes nada puede reprenderse.



Sólo á su madre podía Teresita volver los ojos llenos de lágrimas, sin encontrar en los de aquélla una acusación.

¡Qué largos silencios penosos en la sala de la planta baja! ¡Qué tormento, renovado todos los días, cuando la familia estaba junta en la mesa y el dueño de la casa, con el entrecejo aun más serio de lo habitual, presidía como un juez!

Ya nada sonreía á Teresita en el obscuro saloncillo: ni la ventana, donde le estaba prohibido asomarse, desde donde ya no había de oír los pasos de Egidio; ni el reloj, en el cual había contado estremeciéndose sus horas felices. Una tristeza sin nombre pesaba sobre ella como plomo; todos los objetos que la rodeaban, todos los muebles, todo tenía impresas las huellas del pasado. Acá había leído á hurtadillas una carta; allá había pensado, llorado, suspirado de amor. Y los recuerdos estaban recientes, calientes todavía.

Los improperios de su padre, los ruegos de su mamá, la idea de verse señalada con el dedo como una sinvergüenza, de no poder alzar la frente sin rubor, todo esto habíala impresionado muchísimo. Comprendía no poder sobrellevar aquella vida, y la última carta de Orlandi le ayudaba en el propósito de olvidar.

¿Qué iba á olvidar? ¿Las embriagueces? ¡Habían sido tan vivas! ¿Los anhelos? ¡Quedaron tan compensados! ¿Las dudas, las expectativas, los dolores? ¡Cada uno de ellos había remachado la cadena! ¿Se dan al olvido cinco años de la propia existencia?

Exhortada por la madre, aconsejada por la amiga, habíale escrito que ya no pensase más en ella; que no estaban destinados el uno al otro; que su familia se oponía; que no le escribiese más ni tratase de volverla á ver.

Echada la carta, parecióle un sueño.

Aguardaba verle presentarse de un momento á otro. Por la noche soñaba que su padre consentía la boda y que Orlandi, riquísimo, millonario, venía á pedirla con asombro y sorpresa de todo el mundo.



Algunas veces, después de un día de tormentos y de tedio indescriptible, después de haber llorado en silencio sobre las camisas que cosía, Teresita se acostaba cansada, dándole náuseas la vida. Llamaba al sueño, único bien que le quedaba; prometíase hallar el olvido en el sueño. Pero, al despertarse por la mañana, la primera impresión era la de su amor perdido; y le entraba tal desesperación que le parecía imposible repetir un día como el transcurrido.

Sin embargo, reanudaba su monótona existencia habitual, en la inenarrable monotonía de la vida femenil, arrastrando de aposento en aposento su tristeza, asombrada de tener tanta pasividad en medio de tanto dolor.

¿Qué podía hacer? ¿Rebelarse contra su padre, hacer morir de pena á su angelical mamá, romper todas las tradiciones de la familia, faltar á los deberes de hija obediente y sumisa?

La esclavitud le oprimía por todos lados. Cariño, costumbres, religión, sociedad, ejemplos, cada cosa le imponía su propio yugo. Veía la felicidad y no podía alcanzarla. ¿Era libre acaso? Una doncella nunca es libre; ni siquiera se le concede la libertad de manifestar sus sufrimientos. Debía disimularlos con su madre por amor, con su padre por miedo, con sus hermanas por vergüenza.

Peor era cuando salía á la calle. Observábanla como á un bicho raro, parándose á pié firme. Todas las que le envidiaron la conquista de Orlandi, se vengaban riéndose de ella en su cara, en son de zumba. Las personas más prudentes cuchicheaban al oído. Mirábanla los hombres á los ojos, con atrevimiento.

Ninguno de aquellos curiosos consideraba en serio el amor. Inclinábanse á encontrar en él la parte alegre, las bobadas, las ridiculeces, las chanzas obscenas. En verdad, el amor es un drama para quien lo recita y un sainete para quien lo presencia.

Yendo detrás de dos mocetes, sorprendió Teresita este



fragmento de diálogo, comprendiendo que lo decían por ella:

—...y por aquella simpleza...

—Es una tonta.

—Hablo de él.

—¡Oh! él se arrepiente.

Y en seguida una carcajada.

En medio de su dolor, Teresita presentía algo ridículo, pero una ridiculez inaccesible á su análisis; como ya lo había experimentado otras veces, notaba su aislamiento, unida al mundo sólo por intermedio de la familia, y que en derredor había como una densa niebla.

Asemejábase también á aquellos que no frecuentan de niños todas las clases; quienes, al tocarse cierto punto, advierten de pronto que les falta base, por haber en sus estudios una laguna.

Esta desconfianza le humillaba más que nunca, ahora que se veía en el apogeo de su desarrollo de mujer; y la irrisoria compasión demostrada por alguien le quemaba el rostro como si la abofeteasen.

Las gemelas, que se habían hecho dos chicarronas vistosas, ostentaban con cierta insolencia sus diecisiete años, considerando á la hermana mayor destinada ya á quedarse solterona. Y, de hecho, la pequeña estatura de Teresa, su rostro pálido y tranquilo, eran á propósito para eclipsarla entre aquellos dos colosos que habían heredado del padre el color subido y las fornidas espaldas.

Comenzaba para Teresita una nueva serie de pequeñas mortificaciones, de alfilerazos lentos, casi invisibles, que rasguñaban la vanidad mujeril y penetraban dentro de su corazón, mordiéndola con el veneno de la ingratitud, dejándole un desaliento y un desconsuelo de todas las cosas.

El gran resorte del organismo femenino, la necesidad de agradar, había perdido su elasticidad. ¡Agradar! ¿A quién? Todo el mundo le era indiferente. No admitía, ni aun como hipótesis remota, que ella pudiese amar á otro.



Hay mujeres que se equivocan en el primer encuentro y se corrigen después; pero ella sentía que Egidio era la mitad de su alma. Alguno hubiera podido interesarle antes; ahora, imposible.

Veía llegar la muerte: una muerte precedida por el anadamiento de todas las facultades, una muerte libertadora. Visitábala á menudo el recuerdo de la Caliope; le parecía que debajo de tierra debe de estarse en paz.

### XVIII

La tristeza de Teresita continuaba tan muda, pero honda, que en los últimos días de Carnaval el señor Caccia, rompiendo con los hábitos austeros de su casa, permitió que sus hijas fuesen al baile de máscaras que se daba en el teatro.

En su intención de hombre brusco, pero no malo, el beneficio debía ser para la pobre afligida; pero, sea por disimular su propósito, sea porque las gemelas tuviesen ya una edad digna de tenerse en cuenta, también fueron invitadas á prepararse para el baile. Hiciéronlo con un entusiasmo del que Teresita no podía ya participar.

Miraba con ojos indiferentes los vestidos estivales de color de rosa, cuyas guarniciones renovaban las gemelas. También tenía ella traje de color de rosa, pero tuvo repugnancia en ponérselo; parecíale ser demasiado vieja y fea, y que contrastaba en extremo con sus pensamientos.

Pocas horas antes le entraron tantas ganas de llorar, que manifestó el deseo de quedarse en casa.

El señor Caccia dijo que, de quedarse ella, también debían privarse de la diversión las hermanas.

Teresita consintió entonces, ahogando un suspiro.

No había vuelto al teatro desde la noche en que oyó *Ri-*



*goletto*; y volviendo á su memoria las impresiones de aquella ópera, sintió oprimírsele el corazón. Cantaba interiormente el aria *Tutte le feste al tempio*, pensando en Orlandi...

Atravesó la puerta del teatro con lágrimas en los ojos.

Sentada en el palco detrás de las gemelas (no quiso ponerse en la delantera), aún tenía la mente ocupada en Orlandi.

¿Qué haría ahora? Quizá estaba divirtiéndose en Parma; quizá en la *Scala* de Milán, aplaudiendo á aquella *prima donna* tan guapa. ¿Se acordaba de ella? ¿Se habría consolado ya? En dos meses no había dado señales de vida.

—Mira á aquellas chicas con los brazos desnudos: son las de Ridolfi. Su padre ha comprado la casa de la Caliope. Van á ser vecinas nuestras.

—Don Juan las está mirando con los gemelos.

—Puede contemplarlas á su sabor: ya no hace sombra á nadie. Paréceme imposible que haya sido un joven guapo; tiene cara de canónigo.

—¿Quién es aquel que está allí, de bigotito corto, bastante más corto que su nariz?

—¿Junto á Luminelli?

—Sí.

—Debe de ser hermano suyo.

—¿Cómo has conseguido saberlo?

—Lo he oído decir; además, se le parece.

Teresita oía la cháchara de las gemelas, pero no tomaba parte en ella, no escuchaba nada ni veía á nadie. Abandonábase sin resistencia á la melancolía, pareciéndole también lo mejor que podía hacer.

Mirando á la platea sin fijarse, veía á Luminelli, de quien pudo haber sido mujer y que no se había casado. Si ella lo hubiese admitido cuando la jueza se lo propuso, iría ahora del brazo con él, comerían juntos, dormirían juntos, le daría muchos besos y abrazos muy apretados. La idea de abrazar á Luminelli le puso un nudo en la garganta; se volvió hacia el





fondo del palco, con la cabeza apoyada en la pared. Sentía otra vez ardientes los besos de Orlandi en los labios.

Las máscaras comenzaban á apiñarse, serias y acompasadas, conociéndoselas bajo el adornado traje. Las gemelas se divertían en adivinar quiénes eran.

—Aquél de allá es el farmacéutico.

—¿Así lo crees?

—Sin duda ninguna. ¿No ves cómo se contonea y lleva separados los codos?

—Entonces, aquel dominó celeste que parece su sombra ¿es la Gigia?

—Es natural.

—Cuando se va de máscara debiera disfrazarse mejor.

—Es difícil; aquí nos conocemos todos.

A quienes nadie conocía era á cuatro jóvenes disfrazados con el elegante traje de caballeros venecianos, los cuales habían invadido el palco escénico con unos bríos de mil demonios. Forasteros, indudablemente; pero, ¿quiénes eran?

Las gemelas bajaron á bailar; Luminelli; el menor, se manifestaba muy asiduo para con una de ellas.

—¿Qué hace aquel joven?

Así preguntó el señor Caccia, escamado; porque desde lo que pasó con Teresita, no tenía ojos sino para descubrir novios de sus hijas.

El teniente de la Guardia civil satisfizo plenamente su curiosidad, diciéndole que era un catedrático, como su hermano, y persona recomendabilísima.

Después de haber dado varias vueltas con las gemelas, el joven profesor insistió en bailar con Teresita.

«Tiene delicadeza», pensó el Sr. Caccia; y como Teresita rehusase, obligóla á que aceptara á lo menos una vuelta, para no dar que decir á la gente.

Bajaron del brazo, despacio, en una recíproca y completa indiferencia: él procurando abrir camino en medio de las máscaras; ella aburrida, contrariada, sin esperar del baile ningún



goce, pensando que ¡estaría tan bien sola, en la camita, donde al menos descansaría!

—¿Saltado ó corrido?—preguntó Luminelli, apoyando la punta de los dedos en la espalda de Teresa.

—Como usted guste.

Dieron media vuelta por el salón, tropezando, pisándose los pies mutuamente, sin conseguir ponerse nunca de acuerdo, á compás.

—¿Probamos á saltar?

—Ya he dicho á usted que como guste.

Una comparsa de *Pierrots* los empujó echándoles contra la pared; por poco si se caen. Acabándosele la paciencia á Teresita, sintiendo ir en aumento la displicencia y la irritación que el gentío le producía, retiró la mano del hombro de su pareja y estuvo á pique de decirle: «Estoy cansada».

En aquel momento, uno de los cuatro venecianos, de capa corta, la cogió con presteza por la cintura. Luminelli, poco práctico, aturdido, creyó que ella misma se había soltado para bailar con la máscara; y no teniendo ningún motivo para deplorarlo, quedóse mirándolos y pensando que ellos dos nunca hubieran ido de acuerdo para bailar á compás.

Antes de que Teresita pudiese decir una sola palabra, el apasionado apretón de su raptor le reveló quién era.

Entre el gentío, valsando hábilmente, pudo seguir estrechándola contra su pecho, en un abrazo vertiginoso. A través de la capucha del dominó, su boca rozaba los cabellos de la joven.

—Necesito hablarte, no me digas que no. Estate al amanecer en el fondo de tu jardín.

Pocos minutos después, acompañando Luminelli al palco á su pareja, el caballero veneciano se inclinó profundamente, dió las gracias y desapareció entre la multitud.

Teresita no había abierto la boca; agarróse al brazo de Luminelli como si tuviese un deslumbramiento; y cuando éste le preguntó si quería continuar el baile, contestó negativa-



mente con la cabeza. Luminelli, con un suspiro como de aquel que se quita de encima un peso, volvió á dejarla en el palco.

Las gemelas la miraron con sorpresa. Su padre le preguntó si se sentía mal. En cuanto á ella, siempre incapaz para hablar, meneaba la cabeza, fijando en el vacío los ojos vidriosos.

—Se ve que no te prueba bien el baile—dijo el señor Caccia.

El incidente de la máscara había sido tan breve, tan rápido, que nadie lo echó de ver. Luminelli, cogiendo de la mano á la gemela de su gusto, volvió al palco escénico para dar mejor prueba de su habilidad.

—Ya será tiempo de retirarse; es la hora—anunció el señor Caccia, mirando su antiguo cilindro de oro.

—¡Oh, sí; volvámonos á casa!

Tales fueron las primeras palabras dichas por Teresita, al salir de su estupor. No le parecía verdad al verse fuera de aquella muchedumbre. La primera bocanada de aire puro le devolvió todo su vigor, produciéndole una necesidad de movimiento, se puso á correr á lo largo de las paredes, con la cabeza erguida, para sentir en la cara el fresco de la noche.

—¡Qué prisas!—dijo una de las gemelas, despechada por haber tenido que abandonar tan pronto el baile.

Teresita acortó el paso, pero sin responder. Era la vez primera que se encontraba en la calle á esas horas; y con la exaltación que le había producido el imprevisto encuentro con Orlandi, hubiera querido caminar sola, á obscuras, con frío, en silencio.

La serena fantasía de muchacha vislumbraba con asombrosos contornos de un mundo fantástico.

Las casas más conocidas, las calles tantas veces andadas, aparecíansele bajo un aspecto nuevo. Pero, aún más que los objetos materiales, lo que le impresionaba era el misterio de la noche: aquel gran silencio frío, aquella pureza del aire y del suelo, que se regeneraba en ausencia de los hombres, como si la naturaleza quisiese recobrar entre las tinieblas sus derechos violados todos los días bajo la luz del sol.



Nunca había sentido con tanta viveza el instinto de la libertad.

Sin fijarse, comenzó de nuevo á correr, haciéndose la ilusión de que era dueña de sí misma, experimentando con ese engaño uno de los goces más embriagadores de su vida.

Pero la voz del recaudador gritó en falsete «¡Teresita!» y se desvaneció el encanto. El padre, la madre, la familia, el decoro, las costumbres, todas las cadenas de su existencia recobraron su puesto; estremeciése lo mismo que si un brazalete de hierro le apretase las muñecas.

Solamente cuando estuvo ya en su cuarto fué cuando se puso á considerar con una frialdad relativa la proposición de Orlandi. Habíale dicho que estuviese en el fondo del jardín, y comprendía que, después de los escándalos ocurridos, no quisiera que se asomase á la ventana que daba á la calle.

El jardín confinaba con un callejón inhabitado; pero la tapia era alta; ¿cómo podrían hablarse? Y sobre todo, ¿qué iba á decirle?

Desde un año á la fecha, Teresita dormía sola en su cuarto; las gemelas se habían colocado, juntamente con Ida, en la espaciosa habitación de Carlitos.

Así, pues, tuvo todo el vagar necesario para reflexionar é imaginarse las cosas más extravagantes, como las más comunes, apoyada en el borde de la cama.

Cuando vió que la vela, casi enteramente consumida, estaba á punto de quemar el papel del cabo, quitóse con rapidez el traje de baile, se puso el de casa y soplando la luz se echó medio vestida en la cama, para esperar la aurora.

A cosa de las cinco, blanqueándose la ventana, dióle aviso de que despuntaba el día, y se asombró de tener que hacer un esfuerzo para levantarse, maravillada de sentir el cuerpo en un instante como aquel. Todos los huesos le dolían.

Se puso en los hombros un mantoncito negro y bajó la escalera temblando, estremeciéndose, convulsa, con un gran vacío en la boca del estómago.



Cruzó el jardín por entre los árboles secos, sobre el sendero blanco de escarcha, dando un vistazo á la derecha al corral de la casa del juez, y á la izquierda á la casita de D. Juan, que parecía esconderse entre un bosquecillo de magnolias siempre verdes.

En el fondo, encima de las bordas de la tapia, donde la higuera extendía sus ramas nudosas, estaba al acecho Orlandi; apenas apareció la joven, descolgóse á escape.

Teresita quedó sorprendida, no de la aparición de él, sino de no haber pensado antes que aquel era un camino muy practicable para un amante audaz.

En seguida se abrazaron, sin hablar, como si temiesen perder tiempo. La joven, que había preparado una frase muy digna, se encontró colgada del cuello de Egidio, besándole en las mejillas, en las orejas, en la raíz de los cabellos, adhiriéndose á él en el calor de sus brazos, con la sensación de un bienestar que ahogaba todo razonamiento.

Ya no tenía frío, ni estaba cansada; apoyábase toda su persona con abandono en la del joven, en completo olvido de todo cuanto no fuese él. Le abrazaba en gradación, cada vez más fuerte, con la inconsciencia del instinto, teniendo una sola idea clara y precisa: «¡Egidio en mis brazos!»

Cogióla él la cabeza y echándosela atrás, con un movimiento brusco, la besó en los labios.

—Vente conmigo, huyamos.

El sonido de la voz estremeció á Teresita. Se apartó del joven, teniéndole solo puestas las manos en los hombros y mirándole con embriaguez.

—Vente conmigo. Tu padre no consentirá nunca nuestro casamiento, hasta que no se vea obligado á ello. Te llevaré á Parma, á casa de mis hermanas. ¿Quieres?

Teresita no pudo saber si había ido él á buscarla con ese proyecto, ó si se le había ocurrido de pronto en el delirio del primer abrazo. Pero presentía que Egidio era sincero, y nunca como en aquel momento comprendió que era amada.



Pero en tanto que esta incertidumbre le llenaba de inmenso júbilo el corazón, como balanza que por una parte ha colmado la medida, hacía saltar por otra parte el terror de hacer una cosa inconveniente para una honesta doncella.

—No... no... no puedo. He prometido á mi madre...

—¿Qué has prometido?

—No darle ningún disgusto.

—¿Y renunciar á mí?

—¡Oh, eso no!

Una ligera contrariedad se dibujó en la frente de Orlandi. Rodeándole con el brazo la cintura, la atrajo hacia sí.

—Hablemos. ¿Puedo presentarme á tu padre?

—Sí... cuando tengas un empleo seguro y decente.

—Eso es precisamente lo que no tengo.

—Pues me habías escrito...

—El proyecto no cuajó. Ahora vivo y salgo de apuros escribiendo, ya para un periódico, ya para otro.

—Pero ¿por qué te has dedicado al periodismo?

—¡Qué sé yo! Es una pasión como otra cualquiera y que no excluye á las demás...

La abrazó dulcemente, buscando de nuevo su boca con una sonrisa de hombre feliz.

Durante cinco minutos no hablaron.

—Pero, ¿tienes frío?

Orlandi se quitó el abrigo y envolvió en él á Teresita, con una solicitud casi maternal, mirando sus pálidas mejillas que llevaban impresas las huellas de la noche perdida.

—¡Ahora tendrás frío tú!...

—¿Yo?...

Estaba para decir:

—No puedo tener frío; he cenado opíparamente.

Pero tuvo lástima al ver aquella carita lánguida, en la cual dejaban surco todas las abstinencias. Levantó una punta de la capa, lo suficiente para poder cubrirse los hombros, y mudó aquella frase no dicha por ésta:



—Si me permites estar aquí, ya no tendré frío.

Estrechóle dichosa contra su pecho, descubriendo una alegría nueva en aquella protección, pareciéndole como si anticipase la intimidad seria y solemne del matrimonio. Era verdad que sentía frío. No había pegado los ojos esa noche, no había comido desde el almuerzo de la víspera; pero también aquellos estremecimientos que el alba le producía hasta en los huesos, tenían su voluptuosidad, le hacían encontrar más dulce lo tibio del abrazo.

Una palabra de Egidio la turbó.

—Con que ¿vienes conmigo?

—¡Sabes que no puedo!—le respondió Teresita con lágrimas en los ojos, apretándole la mano desesperadamente.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos?

—Espero.

Era su fuerza, su fe. Ni siquiera sabía ella qué esperaba: lo incierto, lo desconocido, tal vez un milagro. Pero Orlandi no lo entendía así:

—Querida, la juventud pasa pronto; hace ya seis años que nos amamos inútilmente.

Teresita no comprendió el acento descorazonado del joven.

¿Por qué decía que se amaban inútilmente? El amor siempre es amor—pensaba;—y cuando se ama, se espera. Si ella vivía con aquel tenue hilo de felicidad, ¿por qué no le bastaba también á él?

Pasósele por la imaginación preguntarle si pensaba continuar toda la vida escribiendo artículos de periódico. Pero esa conversación aburrida ¡la hubiera robado tantos besos! Y además, quería escuchar de él otras palabras: *tesoro mío, vida mía, mi querida Teresa*. Todo esto era lo importante; las demás cosas se esfumaban y perdían en una lejana niebla de fatalismo.

Con lo monótono de su vida, donde sólo era una nota risueña aquello que pensaba, estos momentos eran de positiva y real felicidad. Sentíase mujer, se sentía amante y amada;



mientras que después, como antes y como siempre, no podría ser por meses y meses otra cosa sino una hija obediente, una muchacha reservada y muy de su casa.

—Me establezco en Milán, probablemente—dijo Orlandi.

—¿Sí?

Súbito desmayo apareció en los ojos de Teresa. Milán estaba más lejos que Parma; y, aunque sin conocer la gran ciudad, figurábase por vaga intuición que allí encontraría mayores tentaciones. El corazón se le oprimió con indefinible melancolía. Vió de pronto toda su humildad, su pobreza, su impotencia. Quiso decirle «¡llévame contigo!»; pero cortósele la voz por un sollozo y no pudo hacer más sino ocultar la cara sobre el pecho de él.

—¿Ves, ves? Ya te dije que esta vida es imposible. Tengo remordimiento al ver disiparse tu juventud. ¡Teresa, pobre Teresa mía!...

—¡Oh, sí; llámame tuya, porque lo soy!

Abandonóse sobre su pecho con tan desesperado ímpetu, que, por un instante, Orlandi sintió una llamarada en los ojos y tembló como si tuviera fiebre. Pero casi de repente aflojó ella en su abrazo, deslizándose anonadada casi hasta el suelo, donde quedó con la cara oculta entre las manos, doblado el cuerpo por la mitad.

Orlandi contempló aquella cabecita de vírgen, postrada ante él.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó, con acento grave y dulce, levantándola.

—Amarte siempre, ocurra lo que ocurra, cualquiera que sea mi destino.

Acercó Orlandi á sus labios la mano de la joven; depositó en ella un beso, vacilante, turbado, repentinamente frío, afectuoso, pero distraído.

Ella no lo notó; aún sentía sus besos, le veía, le tocaba; era imposible que pensase en ninguna otra cosa.

Cuando Orlandi hubo desaparecido detrás de la tapia, en-



traron á Teresita tentaciones de seguirle, quiso gritar, quiso llamarle. Pero, volviéndose de pronto, cual si hubiese oído una voz, se encontró delante de su casa, de su hogar casto y severo, donde dormía su madre confiando en ella. Y volvióse atrás cabizbaja, disgustada de aquel coloquio que le dejaba insólita tristeza, un descorazonamiento de quien huía la fe.

## XIX

Aquel año terminó con dos sucesos importantes.

Luminelli, el menor, pidió la mano de una de las gemelas, contentándose con recibirla sin dote; y Carlitos, doctorado en Derecho, partió para una ciudad pequeña de la Italia meridional.

Habíanle aconsejado dedicarse á la carrera judicial, la más breve y segura para permitirle ayudar pronto á la familia.

El señor Caccia se apoyaba mucho en su hijo, por el cual habían hecho grandísimos sacrificios él y todos los de casa. Carlitos no había resultado aquel hombre eminente que soñaba su padre en las horas de recogimiento en su despacho, cuando el pequeño colegial andaba á vueltas con Cornelio Nepote. No obstante, habiendo salido bien en los exámenes y tomado el título de doctor como otro cualquiera, hacíale cierto honor, del cual estaba muy hueco, levantando las cejas hasta unas alturas descomunales.

En el momento de partir, le dijo:

—Cuida de no olvidar nunca los buenos ejemplos que has visto en la familia; ten honradez y firmeza.

Y como la señora Soave lloriquease en silencio, sentada en el diván, con los piés encima del taburete (tan débil ya, que no podía valerse), el señor Caccia la miró de arriba á abajo, encogiendo los fornidos hombros.

—Es triste cosa el ser mujer—decía para sus adentros.



Y volvió á saludar á su hijo, tieso, impasible, dando pruebas de una gran superioridad.

Pasmóse Teresita, y casi por ello se reprendió á sí misma, al no conmoverse gran cosa con aquella despedida. ¿Amaba menos á su hermano? Ciertamente que no; pero estaba tan absorta en su amor á Orlandi, que todos los demás afectos parecían pálidos si con aquel se comparaban. Y, además, había sufrido mucho. Su corazón ya no tenía los arranques repentinos de la primera juventud; comenzaba á estar cansado y á medir el dolor.

Algunas veces había reflexionado (no sin vacilación, temerosa de ser una mala hermana), si, no habiendo que gastar más en los estudios de Carlitos, le señalaría el recaudador una pequeña dote. ¡Cómo se simplificaría todo en ese caso!

Comprendía las razones de su padre. Había vivido demasiado en aquel ambiente, y sólo en aquel, para no estar convencida de que su condición de mujer le imponía en primer término la resignación con su destino (un destino que ella no era libre de regir), el cual había de aceptar como se presentase, truncado por las exigencias de la familia, supeditado á necesidades y deseos ajenos. De todo eso estaba convencida, sí; pero también un ciego está convencido de que no puede aspirar á ver, y sin embargo pregunta de quienes poseen vista por qué ha de ser víctima él solo.

Cuando se fué Carlitos, acompañado de los votos y esperanzas de todos, Teresita murmuró con tristeza:

—¡Véase lo que son las cosas: se marcha á labrar su porvenir, como quiera y donde quiera!

Y asaltáronle gran número de reflexiones dolorosas, por lo cual estuvo paralizada en el momento de despedirse, pareciendo fría, indiferente. Apenas se separaron, fué presa de remordimientos; se acusaba siempre á sí misma, á cada impulso de rebelión. Bajo el velo de las lágrimas, dibujósele en el rostro un desmayo de persona culpable, y juntamente un terror tímido, un desconsuelo, un algo indefinible.



Se parecía entonces tanto á su mamá, con aquel aire de resignación lánguida, que el señor Caccia las envolvió á entrambas en una misma mirada olímpica y desdeñosa; dirigiéndola luego, con una leve dilatación de complacencia, á la hermosa y robusta Ida, festiva hasta para manifestar el mal humor.

Ida producía en la familia el efecto de un rayo de sol; era el ídolo, el Benjamín de todos; al nacer había recibido el don de agradar; todo el mundo era indulgente con ella. Estudiaba para maestra y considerábanla ya como un prodigio.

Después de Ida, el lugar más visible lo ocupaban las gemelas: era imposible no fijarse en ellas: altas, gruesas, rubicundas, inseparables; parecidas á su padre en su fachenda sin garbo, en la anchura de hombros y en lo vivo de la carnación.

Tomaban aires de superioridad, fuertes por el hecho de ser dos personas distintas y una sola voluntad verdadera, á la cual obedecían dos voces, cuatro ojos y cuatro manos.

Sentadas en el espacioso aposento de Carlitos, desde por la mañana se asomaban para ver pasar á los transeuntes, frescas y atrevidas en sus veinte años.

Teresita tenía entonces frío; y al levantarse de su lecho, estaba harto pálida para dejarse ver en la ventana.

Las gemelas tenían íntimas relaciones con los nuevos inquilinos de la casa de Caliope (los de Ridolfi), entre quienes había dos bonitas muchachas; y todo era telegrafarse continuamente de una casa á otra, con miraditas, con señas, con sonrisas y signos convencionales.

Teresa estaba excluída de esos tejemanejes y los comprendía poco; porque, habiendo transcurrido su juventud en hacer de mamá con sus hermanas, no le había quedado tiempo para buscarse una amiga de su edad. La jueza seguía siéndole fiel, pero también iba haciéndose vieja, tenía las hijas grandecitas, ¡y tanto en qué pensar, tantos quebraderos de cabeza!

Con gran trabajo, Teresa había logrado convencerla para que recibiese á nombre suyo las cartas de Orlandi. Estas car-



tas eran poco expresivas y muy escasas; sin embargo, Teresita las abría siempre palpitándole el corazón y las leía con avidez.

La mujer del juez meneaba la cabeza: las relaciones muy largas no traen cosa buena. Según ella, no había ninguna razón para continuar en correspondencia.

Pero Teresita recordaba el último coloquio: los puros transportes amorosos, los besos que no engañan. Diez meses habían transcurrido ya sin ver á Egidio. No obstante, aún la perseguían los recuerdos de aquella noche: el baile, la atrevida aparición, sobre todo, la cita en el fondo del jardín, después de pasar la noche en vela, en la fría aurora de aquella mañana de Febrero.

Pensaba que aun estando lejos de Egidio debería de conservar el ardor del deseo, como lo conservaba ella, y que ninguna mujer podría interesarle, así como á ella no le interesaba ningún hombre.

Pues bien, esta fe ingenua se quebrantaba algunas veces. Veía, mirando en derredor suyo, reflexionando, comparando, y comprendía que en la vida de un joven se desarrolla todo de una manera opuesta á la de una joven; por consiguiente, el amor del uno no puede ser igual al amor de la otra.

Chocábale también la creciente compasión de las personas buenas hacia ella, compasión que en los maliciosos tomaba la forma de una ironía punzante.

Frecuentes alusiones á las doncellas que envejecen en casa, faltas de quien las ame, heríanla agudamente.

¿Acaso no amaba, acaso no era amada? ¿Qué era, pues, aquel misterio que se le escapa de continuo y acerca del cual parecía reconcentrarse la atención de todos? ¿Qué cadena, qué secreto acuerdo enlazaba á hombres y mujeres, por el cual se entendían con un monosílabo, con una mirada? ¿El amor? Pero ¡si ella amaba! ¿Era posible amar más?

Al pararse en esta reflexión, un rubor tardío subía á sus mejillas. Ya no era el rubor brusco y vivo de los quince años;



era un reflejo que apenas sonrosaba y ponía tibia la piel, la cual volvía á ponerse en seguida tan pálida como antes. Y pensaba:

—No, no es posible. Nada de cuanto pudiera acaecerme en lo venidero me podría hacer más dichosa de lo que fuí en aquella mañana, al estar en sus brazos..... Entonces era enteramente mío.

A veces trataba de tomarse el desquite contra aquellos aires de protección despreciativa, y contestaba con altivez ó no contestaba de ningún modo. Una vez le dijo le jueza:

—No hagas eso; dirían que vas agriándote como una solterona.

Ofendida Teresita al oír tales palabras, fué á encerrarse en su casa y lloró como jamás había llorado desde que vino al mundo.

Lloró las desesperadas lágrimas de la juventud que se extingue. Lloró por sí misma, por su rostro demacrado; por sus bellos ojos, que iban apagándose con atonía; por su pobre cuerpo, que después de haber vivido como una planta, iba fosilizándose como una piedra. Tuvo un acceso de verdadera desesperación, durante el cual sintió agitarse en el fondo de sus entrañas un torrente de odio, de malas pasiones, de envidias nunca sentidas antes.

Retorcíase en la cama, mordiendo las cubiertas con un deseo frenético de hacer daño á alguien, con el monstruoso deseo de ver correr sangre juntamente con sus lágrimas.

La encontraron desmayada, con el rostro lívido y los dientes apretados.

El doctor Tavecchia, llamado para tranquilizar el miedo de la madre, dijo que aquello era un acceso nervioso de histerismo, y prescribió calmantes.

Desde entonces á cada momento se repitieron las convulsiones, ocultas al principio hasta á sus hermanas, aceptadas después como una crisis pasajera producida por debilidad general del organismo. El doctor Tavecchia recetó píldoras de hierro.



El invierno estuvo todo él ocupado en hacer el equipo para la novia. Hacíase económicamente, cosiéndolo todo en familia. Naturalmente, también ayudaba Teresita; y á menudo, al bordar los festoncillos de las camisas, acudían á sus ojos grandes lagrimones. Un día, luego de haber trabajado cuatro horas seguidas, dijo estar cansada; los párpados le echaban lumbré y veía delante de las pupilas como una niebla.

—¡Si fuese tu equipo, no te cansarías!—dijo cruelmente la que iba á casarse.

Teresita inclinó la cabeza en silencio. Nadie supo el esfuerzo que tuvo que hacer para dominarse y no abofetear á su hermana.

El novio iba á la casa todas las noches. Estaba enamoradoísimo; sentábase muy arrimado á su prometida y parecía querer comérsela con los ojos; tenía besos en la punta de los labios, y á cada palabra que de éstos fluía, volaba hacia ella como una caricia ardiente, con ardores reprimidos. Parecía que su cabeza, sus manos, sus rodillas, estaban provistas de una aguja imantada: volvíanse siempre á aquel punto, contenidas no más que por el respeto.

Por acuerdo tácito, formábase el vacío en derredor de ambos novios. La señora Soave no se movía del diván, rodeada por las otras tres hijas, encorvadas todas encima de la labor, con prisa, atentas á su faena, respondiendo con breves palabras á los dulces lamentos de la madre.

Del rincón de los novios, en una ligera penumbra, llegaba el quedo murmullo de las palabritas dulces, de los suspiros interrumpidos: esfumábase en una irradiación regocijada, egoístamente mantenida dentro del círculo de la media luz, hasta que con la llegada del señor Caccia se generalizaba la conversación.

A las diez, regla invariable, se apagaba la lámpara.

Los novios se despedían con un largo apretón de manos, á hurtadillas; y Teresa, cerrando la puerta de su cuarto, pensaba tristemente en el tiempo en que, después de una velada aburrida, la aguardaba Egidio al pie de la ventana.



El señor Caccia estaba convencidísimo de que su hija no tenía ya relaciones de ningún género con Orlandi; la prolongada ausencia de éste le confirmaba en esa seguridad; y Teresa hubiera preferido hundirse en lo profundo de la tierra, antes que verse descubierta por tercera vez.

Así es que tenía paciencia semanas enteras, sin atreverse á escribirle á menudo, siempre temerosa de un extravío de las cartas.

La jueza, que recibía é nombre suyo las de Orlandi, se las entregaba á regañadientes; hubiera preferido que Orlandi no escribiese más. Por tanto, una vez se decidió á escribirle ella misma, exhortándole á no entretener á Teresita con vanas esperanzas.

El joven respondió de un modo evasivo. Dijo que él había intentado ya esta separación, dejando ver harto lejana la posibilidad de su matrimonio; pero que Teresita ni había querido consentir, ni él se encontraba con valor para ser el primero en dejarla.

La jueza hizo pedazos la carta, exclamando para sus adentros:

—¡Valiente valor el de estar á cien kilómetros de distancia y con todas las distracciones posibles, á manera de consuelo!

Por medio de las de Ridolfi, y con el pretexto del equipo de novia, las gemelas habían introducido en casa algunos periódicos de modas; tras ellos apareció un periódico político de la sociedad elegante, en el cual Teresita leía con curiosidad las reseñas de los estrenos teatrales y de los bailes, en los que era sabedora de que Egidio tomaba parte. La enumeración de las mujeres hermosas, la descripción de sus trajes, algún adjetivo de profunda admiración, le emponzoñaban la sangre.

Una noche no durmió, á causa de esta frase: «La Sra. A., de formas de Juno, artísticamente expuestas con un elegante traje de Diana cazadora, iba acompañada por uno de nuestros más brillantes periodistas, el Sr. O.»



No tenía certidumbre de que aquella inicial significase Orlandi; sin embargo, atormentáronla los celos. En un raptó de su imaginación llegó á representarse la figura de la señora A., y parecíale verla, con sus formas de Juno apenas veladas, apoyándose en el brazo de Egidio.

El artículo, al describir la fiesta, añadía: «No puede idearse nada más espléndido, sino pensando en los jardines de Armida. Las flores, de penetrantes aromas, de anchos cálices velludos, de corolas tembladoras, se entrelazaban formando festones y guirnaldas sobre las parejas, que pasaban dulcemente atraídas por la embriaguez de la música, por los vapores aromosos, por el destello de mil y mil luces; y cuando, después de la cena, se calmó por un instante el ardor del baile, detrás de cada macizo de flores, en el hueco de cada ventana, bajo los floridos ramos de azaleas, las parejas hallaron dulce y voluptuoso descanso, que la orquesta hacía más muelle con los nocturnos más delicados de Chopin, con la embriagadora serenata de Gounod».

Soñaba la pobre mártir, cerrando los ojos; soñaba, con una lucidez espantosa, en todos aquellos esplendores, en aquel lujo, en aquellas suavidades de la vida. ¡Y él gozaba con todo eso!

¡Oh! Aquellas mujeres que le veían sonreirse, que le apretaban la mano; aquellas mujeres á las cuales llevaba agarradas con el brazo, que le tributaban los perfumes de su hermosura; aquellas mujeres juntas á él, ¡cuán felices eran!

Pero, ¿por qué iba él al baile? ¿Podía divertirse? ¿Podía sonreír á otras, ceñir el talle de otras? ¡Ella no hubiera podido hacer otro tanto!

Durante las siete ú ocho horas que había pasado en aquellos salones encantados, entre el crugir del raso y el destellar de las piedras preciosas, ¿era posible que hubiese pensado en ella? ¡La olvidaba, pues, durante siete ú ocho horas, mientras que ella nunca le había olvidado ni una sola hora!

Milán había llegado á ser la atormentadora meta de sus



pensamientos. Cada suceso que acontecía en la gran ciudad, tenía especial interés para ella. Si se trataba de lances personales, de heridas, estaba siempre temerosa de que en ellos interviniera Egidio. Si había diversiones, cenas, teatros, pensaba que á ellos asistiría él, y se informaba de las más minuciosas particularidades, con un ansia atormentadora, celosa, que medio la roía las entrañas.

A menudo, el periódico daba noticias del estado del tiempo: «Hoy hemos tenido un día espléndido,» ó bien «La lluvia amenaza eternizarse.» Teresita corría al punto con el pensamiento tras de Egidio, siguiéndole con sol y con agua, haciéndose su acompañante, yendo en pos suyo paso á paso.

Alguien dijo una vez en su presencia que las milanesas son muy simpáticas, y Teresita tuvo por ello disgusto; un disgusto mudo, profundo, al cual se unía (como á todos sus demás desagradados) el sentimiento humillante de una persona que se ve atada, que no puede defenderse, y crecía cada vez más en ella aquel rencor, aquel fermentar del corazón insatisfecho, que, mal pagado por el amor, siente la tentación del odio.

Pero luego venía la reacción, venía el arrepentimiento. En esos instantes acusábase ante Dios como una gran pecadora, y no queriendo achacárselo á ninguno, se culpaba á sí misma, llorando lágrimas ardientes.

## XX

La señora Soave apresuraba la boda todo lo posible, porque sentía írsele acabando la vida. Se extinguía como había vivido, blandamente, sin espasmos atroces, pero con una continuidad de dolor no interrumpido. ¿De qué padecía? De nada y de todo. Era una flaqueza, un desfallecimiento general.



Tenía casi los mismos años que su marido, y parecía madre de él, abuela de sus hijas.

Con las ventanas abiertas, respiraba el aire de Mayo, sin moverse del diván, arropada toda con el mantón, cruzadas sobre el pecho las céreas manitas, mirando al vacío sus grandes ojos opacos.

Teresita pasaba á su lado muchas horas, mientras las gemelas se entretenían en el jardín y la Ida desempeñaba sus quehaceres domésticos.

El acuerdo misterioso y simpático que había unido siempre á la madre y la hija, hacíase más perceptible en aquella aproximación de sus tristezas, en aquella doble puesta de las ilusiones y de la vida.

Seguían hablándose poco, pero algunas veces sus manos se buscaban, apretándose con un sacudimiento mudo.

La señora Soave nunca había vuelto á hablar de Orlandi á Teresita, ni preguntado por él; empero Teresita, al mirar á su madre á los ojos, leía en ellos una inmensa lástima, una ternura infinita, toda compuesta de perdón y amor.

Una noche le dijo:

—Cuando yo no exista, ¿quién te amará, Teresa?

Echándose la hija en aquellos brazos amorosos, quiso acallar los temores de la moribunda; quería decirle que aún la amaba Egidio.

La señora Soave se le anticipó, manifestando en lo dulce de su sonrisa haberla comprendido, y añadió:

—Dios te inspire y te guíe, hija mía. Sólo un consejo te doy: que sigas los impulsos de tu corazón.

Las tinieblas de la noche, condensándose en aquella estancia, le encubrían el rostro; así es que Teresita no vió su profunda expresión de melancolía. La experiencia había demostrado á la pobre mujer que el corazón no siempre nos guía á la felicidad; pero, como una mártir antigua, moría confesando su fe.

Al joven Luminelli, que iba puntualmente de visita todos



los días, acompañábale de vez en cuando el hermano mayor, bien quisto del dueño de la casa, con quien se entretenía en hablar de política.

—Si te hubieses casado con él—era la jueza quien esto decía á Teresita—llevarías casada diez años, más guapa y más fresca, sin que él haya aumentado desde entonces en fealdad; porque es propio de los feos el conservarse inalterables. Añade que se le murió la hija...; no era, verdaderamente, mal partido.

Pero todas estas consideraciones no llegaron á inspirar á la solterona aquella útil enmienda que su amiga esperaba.

Por cortesía, habíase propuesto interesarse por él, por las buenas cualidades que todos le reconocían; pero la distraída atención de Teresa no se fijaba en el valor moral del profesor, y en cambio veía su cráneo calvo, su barba hirsuta, espesa, recortada en forma de seto de mirto. Todo eso producía un efecto diametralmente opuesto á las ideas de la jueza; porque Teresita echaba en falta con más ardor los hermosos cabellos negros de Orlandi y su bonita barba, con la cual jugueteaba el sol, dándola reflejos de fuego.

—Después de todo, también por Orlandi pasan los años,—objetaba la amiga.—Luzzi, que estuvo días atrás en Milán, le ha visto; y dice que ya no es aquel joven guapo de antes.

Pero parecía que todo cuanto se tramaba en torno de ella para disuadirla de su amor á Orlandi, no lograba otro resultado sino el de hacer que le amase más y más. Teresita pensó que también sufría él, que estaba solo, sin familia, sin amor; y escribióle una extensa carta, llena de cariño. ¡Cómo deseaba verle! Casi año y medio hacía que no se habían abrazado. ¿Cuándo vendría á verla?

En la existencia febril de Egidio, en las ásperas y violentas luchas que á diario tenía que sostener, en aquella afanosa carrera en pos del buen éxito, no faltaban horas de desaliento, de atroz melancolía. Hallábase en medio del camino de su vida, con la juventud á la espalda, perdidos los mejores años,



desvanecidas las más fuertes ilusiones, sin haber sacado partido ninguno de su talento, de su belleza, ni de su salud. Los amigos decían entre sí: «¿Cómo no se ha creado aún Orlandi una posición?» Uno, que le conocía, le definió con dos palabras: «Orlandi no tiene la constancia del trabajador, ni la pillería del vividor de oficio; es un hombre incompleto.»

Y ese hombre, á quien la fortuna había sonreído falsamente prodigándole todos sus dones, conservaba en el fondo del corazón un sincero cariño, mezcla de agradecimiento y de lástima, á la joven que le amaba con tanta abnegación.

El cariño surgía sobre todo en los días de desaliento, cuando después de haber buscado inútilmente una nueva embriaguez ó una amistad desinteresada, después de las derrotas del ingenio y las bascas de los sentidos, de regreso en su casa, encontraba las cartas de la pobre olvidada.

En uno de esos momentos, contestó Egidio á Teresita contándole sus luchas y desfallecimientos, llamándola hermana y amiga suya.

—Comprendo,—pensó la jueza, al ver el rostro radiante de su amiga;—aquél ha vuelto á echar aceite en la lámpara.

Pero un suceso inesperado se impuso á la atención de toda la familia. Luminelli, el mayor, pidió la mano de la otra gemela; y, como cosa ya convenida, consintió ella alegremente. Ambos matrimonios debían celebrarse en un mismo día.

Y dijo la jueza á Teresita:

—¿Ves? Tu hermana tiene ocho años menos que tú; y, sin embargo, se conforma con casarse con él.

Teresita se encogió de hombros. Las gemelas habían sido siempre para ella un enigma; pero, ante aquellas bodas sin amor, sintió verdadera repulsión. ¡Qué infame injusticia pesa aún sobre nuestra sociedad, que se llama civilizada, si una joven tiene que elegir entre el ridículo de la virginidad y la vergüenza del matrimonio por interés!

Estas reflexiones la tuvieron trastornada varios días, y la



amargaron vivamente. Sin darse cuenta de ello, su alma acogía mil dudas y se empapaba en hiel.

El continuo choque de sus sentimientos con las realidades brutales de la vida, dábale una aspereza de lenguaje que parecía extravagancia. Y ella misma se percataba de su desentono entre el resto de la gente; sentía su propio mal humor como una nota falsa en un concierto, incapaz de refrenarse; tanto más incapaz, cuanto que cada día iba aumentando en ella el desprecio á sus semejantes, bajo la forma de rebelión contra el convencionalismo hipócrita que la había oprimido y seguía oprimiéndola siempre.

El asco á las personas y á las cosas infiltrábase dentro de ella por mil caminos secundarios, lentamente, pero por completo.

Una vez, hablando de la última de las de Portalupi, dijeron las de Ridolfi:

—¡Oh, esa ya no se casa! ¡Es una solterona vieja!

Y la tal señorita de Portalupi era menor que Teresa.

Resultaba antipática á todas aquellas muchachas, así como las muchachas lo eran á ella. Se aislaba lo más que podía, encerrándose en un sosiego melancólico, incomprensible para aquellas jóvenes casquivanas.

Tenía chifladuras y deseos absurdos. Cuando salía á pasear, nunca ponía los pies en las junturas de las losas: si lo hacía inadvertidamente, experimentaba en las piernas un escalofrío, un temblor convulsivo. Contaba los rosetones del entablamento, imaginando que eran pares; como fuesen impares, le entraba una ira, una contrariedad absurda pero invencible. Miraba fijamente á una persona por detrás, empeñándose en que volviese la cabeza; si no la volvía, parecíale recibir un choque en el pecho y castañeteaba los dientes.

Sufría con el sol, con el viento, con el tiempo lluvioso. Tenía siempre fríos los brazos por arriba, por la coyuntura; y llevaba por debajo del vestido dos mangas de lana mantenidas juntas por medio de una cinta que iba por la espalda.



Las gemelas, que se habían cortado algunas camisas sin mangas, decían riéndose:

—¡Estas serían buenas para Teresita!

Faltando la faena de cuidar de las hermanitas, que tanto quehacer la habían dado años atrás, encontraba vacíos los días. Tampoco podía ayudar á Ida, porque nunca tuvo gran talento; y la muchacha, despiertísima de ingenio, estaba ya muy adelantada en los estudios, próxima á tomar ya el título de maestra.

Su hermano estaba tan lejos, que no le ofrecía ningún recurso de distracción. Sólo se hablaba de él como de un apoyo futuro para la familia: cuando se casasen las muchachas, irían á reunirse con él para formar una sola casa, ó gestionarían el traslado de Carlitos á su ciudad natal.

En espera de esos cambios, en el barullo de las bodas, con el horror al mundo y á la sociedad, Teresita vivía ocupada casi exclusivamente en acompañar á su mamá enferma, resguardadas ambas del aire, con los pies en el mismo taburete, sonriéndose una á otra con tristeza.

Asaltábale de vez en cuando un pensamiento desesperado: tenía miedo de convertirse en una vieja estrambótica como la Calíope, de recluirse en casa y presentarse sólo en la reja de las ventanas, con un pañuelito amarillo en la cabeza, haciendo burla de los transeuntes.

Por más prisas que se dieron, el doble matrimonio no pudo celebrarse hasta primeros de Septiembre. Aquel día tuvo Teresita uno de sus habituales accesos de convulsiones; Ida la llevó á la cama, cariñosamente, tratando de calmarla, acordándose de cuánta paciencia había tenido con ella cuando era pequeña.

No asistió á la ceremonia, ni al desayuno.

Las esposas gemelas vinieron á saludarla, de pie, llevando levantada la cola de los vestidos. Tenían prisa, porque el tren iba á salir dentro de un momento. Volviéronse desde el quicio de la puerta; habían olvidado besarla y le echaron un besito



con la punta de los dedos, aconsejándole que estuviese tranquila.

Como Dios quiso, poco á poco fué entrando en orden la casa; desaparecieron los figurines de modas, los retazos de tela, los recortes de cintas olvidados encima de los muebles. Al vocerío bullanguero de las gemelas, á las carcajadas argentinas de las de Ridolfi, siguió un silencio que parecía sepulcral.

El señor Caccia meditaba en su despacho acerca de los gastos habidos por efecto de las bodas, y enderezaba el pensamiento al hijo ausente, á aquel que había de ser el sostén de la familia.

Ida estudiaba sin descanso, sin distracciones, sin desmayar, con los ojos fijos en la meta.

Sólo hacia la noche dejaba Ida los libros, Teresa se apartaba del lecho de su madre, y ambas hermanas (la primera y la última) salían á tomar un poco el aire, serias las dos por diversos motivos, cruzando entre sí pocas palabras.

A fines de Septiembre, Ida se torció un pie y no pudo salir en una semana. Teresita, á quien el doctor había prescrito rigurosamente un paseo todos los días, salía sola. Pasaba á la sazón de los treinta años y nadie se ocupaba ya de ella.

Aquellos preludios de libertad, aun cuando llegados en un tiempo en que ya no hubiera sabido aprovecharse, fueron para ella un placer nuevo.

Salía de la ciudad, tomando el camino de la ermita de Nuestra Señora de la Fuente, grato para ella por antiguos recuerdos; y volviendo á pasar bajo aquellos árboles, sentía una multitud de emociones dulces y melancólicas, tan vivas, tan intensas, que aquel paseo vespertino era la hora más hermosa de sus días.

Una vez entró en la iglesia para volver á contemplar la capilla subterránea, la graciosa capillita pintada, desde cuyas ventanas se descubría el huerto del cura, perfumado por la albahaca.



Asaltáronle ásperos y punzantes los recuerdos de la juventud en aquel sitio donde estuvo arrodillada á la edad de veinte años, donde por vez primera había mirado á Egidio. Aún entraban por las ventanas las matas de albahaca; morían las rosas en el altar entre las lámparas de latón plateado; las figuras de los frescos se sonreían con los tonos delicados de las pinturas antiguas. Nada había cambiado en la gran placidez inmóvil del templo, pero Teresita lloraba.

Un rumor de pasos repercutido en el silencio de la nave le hizo estremecerse. Enjugóse los ojos con la punta del velo y salió de la capilla. En medio de la iglesia encontró solo á Orlandi, que iba en su busca.

Ni siquiera quedó sorprendida; palideció, agarrándose á su brazo y dando diente con diente, por la emoción.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace dos horas. Un telegrama de mi tía... para negocios. Vuelvo á salir esta noche.

—¿Y si no me hubieras visto?

—Te veo—dijo Orlandi con su bella sonrisa.—No tuve tiempo de advertirte, pero estaba decidido á verte á toda costa. Por casualidad supe que habías venido aquí: mi tía te ha visto pasar.

Teresita no pensó en el peligro de ser descubierta: la felicidad del momento presente la llenaba por completo. Pero su cuerpo debilitado no se sostenía ya, por las fuertes sacudidas; no podía estar de pie. Llevóse á Egidio á un banco de la iglesia y tomó asiento á su lado, con aquel olvido de todo el mundo que siempre se apoderaba de ella estando en compañía de él.

Hablaron rápidamente de sus familias, de sus posiciones respectivas.

Teresita, que le miraba á la luz del sol poniente, sintió oprimírsele el corazón al descubrir á lo largo de sus mejillas dos surcos, que daban al hermoso rostro una indefinible expresión de melancolía.



—¿Me encuentras cambiado?—dijo Orlandi de improviso; y con una triste sonrisa, enseñóla en las sienes sus escasos cabellos.

Se arrimó á él, hasta ponerle la boca en el pecho, murmurando:

—¿Y tú á mí?

Callaron, casi abrazados, escuchando sus respiraciones; pudiendo besarse, pero no besándose, con los sentidos fríos.

—¡Me escribes tan pocas veces!...

Así dijo Teresa en voz baja, mirándole con dulzura para atenuar la queja.

El se pasó una mano por la frente.

—Estoy ocupado todo el día y gran parte de la noche.

—¿Dónde vas por la noche?

—Primero á los teatros, después á la redacción del periódico: hago la crónica. No me gusta ese oficio; yo aspiraba á la crítica de arte...

¡Destilaba su voz una amargura, como un desfallecimiento de persona envilecida!

—¿Y no puedes hacerla?

—No... no... son cosas que tú no comprendes.

Teresita bajó la cabeza con la humildad de su propia ignorancia, con el desconsuelo de no poder participar de todos los pensamientos y dolores de él. Apareciósele con la rapidez de un relámpago la imagen de la bella señora de opulentas formas, vestida de Diana, pero no tuvo valor para hablar de ella en aquel momento.

Acontecía siempre así. De las mil cosas que decirle quería, nunca lograba decir una; dominada por extraña sugestión y absorta por entero en el arrobamiento de contemplarle.

Los dolores, los arrebatos, las luchas, los celos, las resoluciones hechas y abandonadas, los éxtasis convulsos, las melancolías histéricas, toda su juventud, su belleza, su vida, que iba disipándose en aquella lenta llama de amor, no la sugerían



ni una sola palabra. Estaba inmóvil junto á él, con los ojos fijos, como un perro leal delante de su amo.

—Te aguardarán en casa...

—¡Oh, un minuto más!

Pensó si tenía alguna otra cosa que decirle; no halló nada. Hubiera querido saber de él, de su vida; hubiera querido que él hablase, pero no se atrevía á interrogarle; temía perder tiempo con una pregunta ociosa.

Y entre tanto, el tiempo pasaba.

La iglesia estaba ya á obscuras; el altar mayor, escondido en la sombra, tenía una vaga apariencia de sepulcro; las columnas de la nave parecían gigantescos fantasmas. De la cripta salía el resplandor rojizo de la lámpara encendida delante de la Virgen. Había en el aire un olor á rosas secas.

El bedel, en la sacristía, sacudió el manajo de llaves.

Se levantaron juntos, tropezándose en las tinieblas.

Egidio la cogió por el talle.

—¡Ah!--dijo ella.—¡Si nos encerrasen aquí para siempre, sin ver ya á nadie y morir así!

Tenían puestos los labios en los labios.

Asombróse él de ese pensamiento atrevidamente poético. Sosteniéndola mientras salían del templo, murmuró á su oído:

—Cuando me sienta morir, vendré á morir junto á tí.

No dijeron nada más. Abrazáronse estrechamente, largo rato, con una tenacidad desesperada. Teresa desapareció con rapidez debajo de los árboles. Orlandi la escoltó á distancia hasta la ciudad.

## XXI

Pocos meses después del casamiento de las gemelas, la señora Soave había cerrado los ojos en paz.

Al llorarla comprendió Teresita que le faltaba el mayor de



los consuelos, el cariño más ilimitado; de toda la familia, quizá fué la única persona que sintió el vacío dejado por aquella muerte.

Para el señor Caccia fué un alivio. En su egoísmo de hombre robusto, pensaba que la pobre mujer hubiera debido irse mucho tiempo antes. Restringsida ahora la familia, acariciaba más que nunca el sueño de toda su vida: empujar á su hijo rápidamente en la carrera de los empleos, hacerle cabeza de la casa, reorganizar la desequilibrada hacienda doméstica; y al cabo de cinco ó seis años de estrechísima economía, proporcionarle un partido brillante, hermosa mujer y pingüe dote.

En estos planes acerca de lo venidero, Ida, su predilecta después del varón, tenía asegurada su suerte futura con la posición de maestra. En cuanto á Teresa, viéndola dar vueltas por la casa, ensimismada, con los negros ojos en que se desvanecía el brillo de la mirada, con las manitas que iban adquiriendo el color de la cera, estaba convencido de que nunca sería más de lo que fué su madre; y encogía los anchos hombros, con aire despreciativo.

Ella tenía que ocultarle sus sufrimientos, para que no la riñese; pues bien, esos sufrimientos aumentaban de día en día.

Ya no podía comer á las horas de costumbre: hacía daño el alimento tomado en compañía; sola en la cocina, devoraba las sobras. Hacía un grandísimo abuso del café.

Muchas veces, en los momentos de mayor calma, cosiendo tranquila junto á su hermana, poníase á gritar: «¡Viene, viene!» Se refería al ataque de su mal. Y con una mano sobre el estómago, los ojos muy abiertos, la boca espumante, como si viese un monstruo horrible, entraba en la primera fase de las convulsiones.

Decía que la atenaceaban el pecho: esta era su expresión.

Todos los calmantes resultaban vanos; rechazábalos ella misma con horror, quejándose de que todos le hacían sufrir, gesticulando con los brazos para alejar á las personas que la rodeaban, acusándolas de quitarle el aire.



Durante esta crisis, su frente se llenaba de gotitas de sudor, castañeteaba los dientes, las manos y los pies se ponían como el hielo. Si la convulsión era fuerte, sobrevenía el delirio acompañado de sacudidas nerviosas, aullidos, roncursos lamentos, gemidos tan desgarradores que parecía estar acabándose su vida.

Tenían entonces que echarla en la cama, guardando absoluto silencio, hasta que pasara el acceso; después caía en un profundo sueño, al despertar del cual no recordaba nada.

En los casos simples, cuando no había delirio, la convulsión terminaba con un llanto copiosísimo; pero la impresión era más fuerte para ella, acabando casi siempre por un estado melancólico que duraba varios días.

En su cuarto, había sobre la mesilla de noche una hilera compacta de botecitos y frasquetes: agua matricaria, píldoras antihistéricas, píldoras de hierro, glóbulos de arsénico, vinagre, flor de azahar, melisa. En el cajón tenía granos de café tostado; los masticaba durante los insomnios, aunque el doctor la había amonestado que se abstuviese de ello.

Pero Tavecchia, que pasaba de setenta años, no quiso asumir él solo toda la responsabilidad de aquella dolencia nerviosa, y propuso se encargara del caso un joven médico, peritísimo en las teorías modernas, tan versado en la patología médica como en la psiquiatría.

Cierto día se presentó y dijo que quería visitar á la enferma en cama, para asegurarse del diagnóstico.

Al día siguiente no se levantó Teresita, agitada y contrariada ante la perspectiva de aquella visita.

—Ponte un gorro bonito—dijo Ida riéndose, para distraerla.

No quiso ponerse gorro; antes bien, quitóse un pañuelo que acostumbraba á llevar, teniendo vergüenza de presentarse con la cabeza cubierta como una señora anciana.

Aún tenía hermosos cabellos, largos, finos; y al mirarse en el espejito que Iba le presentaba, quedó íntimamente satisfe-



cha. Sobre el fondo blanco de la almohada destacábase con delicadas líneas su cabecita; el calor de la cama extendía por sus mejillas un matiz sonrosado, bajo el cual desaparecía el ascético enflaquecimiento del rostro. La boca, un poco pálida, estaba circundada por algunas arruguitas; pero entre los labios, dibujados con finura, una sonrisa siempre graciosa descubría los blancos dientes.

—¿Qué querrá hacerme?—preguntó á su hermana, mientras con las manos se aseguraba de si tenía abrochado bien el botón en lo alto de la camisa.

—Nada... te recetará otras píldoras. Esto tuyo no es una enfermedad; no tengas miedo.

—¡Ah! no es por eso... Sin embargo, quédate aquí, no me dejes sola.

Cuando vino el doctor, Teresita tenía tal orgasmo que fué preciso darle algunas gotas de melisa para que se calmase.

Ida, no comprendiendo nada de aquel cúmulo de males que le parecían imaginarios, estaba derecha al pie de la cama, mirando al médico. El señor Caccia, serio, con cara de pocos amigos, aguardaba.

El reconocimiento fué largo y minucioso. Comenzó por un diluvio de preguntas, inesperadas unas, incomprensibles otras para la paciente, la cual se limitaba á menear la cabeza, muda, bajo la penosa impresión de una pesadilla.

En un momento dado, el doctor levantó las cubiertas de la cama, diciendo:

—Siéntese usted, así; pero no se agite, se lo ruego.

Teresa estaba verdaderamente despavorida; temblaba, con la frente sudorosa.

—No puedo reconocerla en este estado—prosiguió el médico, alejándose un paso.

Intervino el señor Caccia, ahuecando la voz y mirando á su hija con severos ojos.

—No, no,—volvió á decir el médico;—si la riñe usted es



peor; dejemos que se tranquilice dulcemente. Es bastante juiciosa, ¿no es verdad?

Sentóse junto á la cama sonriéndose, sereno, con la mirada fija en Teresita.

Impaciente el señor Caccia, se puso á pasear por el dormitorio, y luego por fuera de la puerta, dejando oír una tos seca de hombre que se reprime.

El doctor permaneció solo, en medio de las dos hermanas, volviendo un poco la espalda á Ida, atento nada más á la enferma.

Teresa sentía penetrar en sus vísceras y en sus pensamientos aquella mirada: no la sostenía, pero, aun rehuyéndola, advertía su intensidad y en este caso hasta se le manifestaba más fuerte. Por eso tomó el partido de mirarle también ella, atraída por un magnetismo que la dominaba, hasta que al fin se quedó inmóvil, calmada de repente.

Entonces el médico la cogió con suavidad una mano y se puso á pulsarla.

—Bueno.

Se levantó, invitándola de nuevo á que se sentase en la cama, como la vez primera.

Ida hizo ademán de llamar á su padre. El médico la detuvo con un gesto, mientras se inclinaba hacia Teresita, acercando el oído al corazón de ella.

En el silencio del dormitorio se oían tres respiraciones.

—¡Basta!—murmuró de pronto la enferma.

—¿Le hago daño?

No respondió; pero volvió á caer palidísima sobre las almohadas.

El médico apretó los labios.

—Permítame usted... tenga paciencia.

Volvió á poner su cabeza sobre el corazón de Teresita, oprimiendo ligeramente.

Tenía un bosque de cabellos castaños, un poco fuertes, de los cuales emanaba leve perfume. Descompuesto el peinado



por el movimiento, esos cabellos casi tocaban la boca de Teresa, que se ponía rígida, dilatando los ojos, bajo la tentación de un loco deseo.

Alrededor de la oreja, entre el lóbulo y la raiz de la cabellera, dibujábase con vigor el cuello, ligeramente enrojecido hacia la garganta, blanquísimo en la nuca. El médico tenía veintinueve años.

—Nada. El corazón no tiene nada... exteriormente.

Recalcó con una ligera vacilación esta última palabra, enderezándose, con el rostro algo enrojecido.

En aquel momento volvió á entrar el Sr. Caccia.

—Su hija tiene una constitución buenísima: sanos los pulmones, el corazón sano; tal vez hay en ella una tendencia á la anemia, pero aún así, ésta es temporal y dependiente de causas inadvertidas para nuestro examen...

—Pues si la viera usted en el momento del ataque, cuando le da la convulsión... No se lo puede usted figurar.

—¡Oh, sí!—dijo el médico sonriéndose;—me lo figuro perfectamente; pero eso no es más que una alteración nerviosa. Con el tiempo y con un poco de buena voluntad, creo que podrá desaparecer.

Al decir «buena voluntad» volvió á mirar á Teresa.

—¿No estará muy metida en casa, es cierto?

—Pero... verdaderamente—balbuceó el Sr. Caccia—las mujeres...

El médico prosiguió, sin dejarle concluir:

—Cuando se manifiesta una perturbación de los nervios tan viva, con caracteres francamente histéricos, la mejor cura consiste en no abandonar á sí misma á la enferma. Puedo recetar medicinas, pero si no son auxiliadas por el régimen...

Volvióse directamente á Teresa y dijo:

—La estación es favorable, tenemos una primavera que es un encanto. Salga usted á menudo. Vaya en busca de una amiga; procure interesarse en cualquiera cosa, cambiar el orden habitual de sus pensamientos, no fijarse en una idea.



Haremos una pequeña cura arsenical, combinada con el hierro; pero el primer remedio, convénzase usted, ha de encontrarlo en usted misma. Me comprende, ¿no es verdad?

Le apretó la mano, con su dulzura indolente de operador, mostrando unos dientes blanquísimos entre el arco de la sonrisa, dejando en la cabecera como un perfume de su vigorosa juventud.

Días después volvió para ver el curso de la curación; y habiéndose presentado de improviso delante de Teresita, ruborizóse ella, toda confusa, con un recóndito sentimiento de vergüenza.

Aquella especie de intimidación con un hombre joven, sin los lazos del amor, la turbaba. Maravillábase de no sentir mayor aversión al contacto físico, de sorprender en sus sentidos una vida autónoma, independiente del corazón y de la voluntad.

Hasta entonces había amado en un solo hombre la encarnación del amor; pero en la tensión de todo su ser hacia aquel ideal, el corazón y la mente resistían, los nervios no. Sin darse cuenta de ello, sus nervios vibraban con una rebelión monstruosa cuando el joven doctor le daba un apretón de manos y la miraba con sus ojos atentos. Estremecíase Teresita, sintiendo en la garganta una resequedad convulsa; hallando en sí misma, en la tarda revelación de sus propios sentidos, el enigma de la vida, que siempre se le apareció en fragmentos, disfrazado, escondido como una vergüenza.

Por una casualidad, habiendo adquirido su padre una partida de libros viejos, sin mirarlos, puso ella las manos encima de un librito arrugado. El título la invitó á leer las primeras páginas, y después continuó leyendo pasmada, ansiosa, pasando de la sorpresa á la indignación, desde un placer feroz hasta el asco más nauseabundo.

Quedóse inmóvil, hormigueándole en las venas la sangre, ardientes las mejillas, seco el paladar, hinchadas las fauces, vidriosos los ojos.

Jamás había oído ni imaginado nunca nada semejante.

E. M.—*Setiembre* 1897.



Así que se repuso, la indignación fué más fuerte que todos los demás sentimientos; rompió el libro en mil pedazos pequeños, cada vez más y más menudos, poniéndolos, por último, bajo los pies y sintiendo al pisotearlos un goce que la purificaba. Recogió después los residuos informes y los tiró al cajón de la basura. Pero se veían: su color blanco sucio se destacaba sobre el fondo negruzco. No estaba satisfecha. Volvió á cogerlos y quiso quemarlos *vivos*; pues aquellos fragmentos agitados por la llama producíanle verdaderamente la impresión de cosas vivientes, de monstruos obscenos condenados á la hoguera.

Palpitándole el corazón, se detuvo ante el montoncillo de cenizas, hasta convencerse de que ya no quedaba nada de aquellas porquerías.

Pero se engañaba. Su pensamiento estaba herido, manchado irremediablemente. Por más que hiciese, no podía desvanecer el recuerdo de las páginas leídas; y era un recuerdo amargo, como de medicina que se sube á la garganta.

Y acudían, sin buscarlas, las reflexiones, las comparaciones, las inducciones. Cien cosas obscuras hasta entonces se le hacían despiadadamente claras; ya no cabían dudas ni ilusiones.

Aquellas explicaciones crueles eran la única respuesta que encontraba á su larga y no satisfecha curiosidad de muchacha.

Aquellas páginas impresas, que no volaban como las palabras ni se desvanecían como las sonrisas, que ella había destruído en un ejemplar, pero existían en otros mil, aquellas páginas infames eran un documento de la miseria humana, de su propia miseria.

Un libro obsceno le daba la clave del misterio que en vano había perseguido, interrogando á sus propios estremecimientos medrosos y pudibundos, á las ajenas reticencias malignas.

¿Y era aquello el innoble secreto que mantenía á los hombres unidos á las mujeres? ¿Era aquello el amor?



Un pensamiento sutil y profundo la martirizaba más que todos: Egidio.

Cuando su imagen vino á mezclarse con las reminiscencias lascivas, tuvo la mayor vergüenza de su vida. Parecióle ver arrastrarse por el fango cuanto había de |sagrado en el mundo. Era la profanación del afecto más noble; era el altar que se derrumbaba, el ídolo que se hacía polvo. Ruborizose á solas de sí misma, y se apoderó de ella una tristeza, un dolor como si hubiese perdido para siempre una persona adorada.

En todo aquel día no pudo ver á nadie con la cabeza levantada; tenía horror á sus semejantes.

Por la noche, al encerrarse en su dormitorio, se hizo la ilusión de poder librarse de la pesadilla; pero el íncubo llegó á ser aún más violento.

Mientras se desnudaba, asaltábanle curiosidades brutales. Parecía que las páginas infames se habían adherido á su piel, formando, como la túnica de Neso, una envoltura de fuego dentro de la cual se retorció.

Cayó de rodillas desesperada, recitando maquinalmente las oraciones que sabía, uniendo el nombre de Egidio al de la Virgen, con una necesidad ardiente de olvidar.

Acurrucándose debajo de los cobertores, desfallecida, evocó las puras visiones de su amor: el encuentro en la capilla, las reuniones en la iglesia; la primera cita en la ventana, bajo la lluvia torrencial, que ninguno de ellos sentía; ¡y aquellos besos de cielo, en los cuales creía ella entregar el alma!

Poco á poco iba apaciguándose. Una dulzura melancólica la mecía, la consolaba. Egidio había sido sincero siempre; no la había engañado, no la había hecho traición nunca, no había aparentado ser mejor de lo que era. ¿Qué más puede pedirse á los hombres?

¿Sentía entonces una ternura extraordinaria al compadecerle, al comprenderle en las flaquezas de su sexo? El reciente dolor le hacía verter sangre del corazón; pero de aquella misma herida subía á las más nobles idealidades de su pensamien-



to una lástima piadosa, una conmiseración hacia esta humanidad doliente y bestial, un delicado instinto de perdón. Y de tanto barro surgía más fuerte y puro el cariño que en el corazón llevaba y que sabía era correspondido.

Cerró los ojos resignada, suspirando levemente.

Aún la agitaba de pronto un estremecimiento, pero también fué disipándose bajo la modorra del sueño; hasta que el afán de los suspiros, cada vez más leves, llegó á indicar que el pensamiento se adormecía.

## XXII

La tierra estaba árida, quemada por el sol que había estado dando en ella todo el día. Las plantitas del jardín, mustias, dejaban caer las hojas; las flores, casi todas cerradas, caídas sobre el tallo, parecían exhaustas ya de fuerzas para exhalar olores. Sólo en el ángulo de un arriate comenzaba á entreabrir su cáliz de colores ingratos y de embriagador aroma un geranio nocturno.

Poco tiempo hacía que Teresa cultivaba esta flor singularísima, pero con especial interés; maravillándose y casi complaciéndose en verla tan fea y tan perfumada, tan modesta, que nunca se abría antes de ponerse el sol.

Iba desde la casa, con una regadera en la mano, cansada ella también y exhausta cual sus flores, sintiendo sobre sí el insoportable calor de aquel día de Julio. Detúvose un momento echando una ojeada en derredor, asustándose ya de la fatiga que le esperaba al regar todos aquellos arbustos.

Cogió con lentitud la bocamanga y la levantó, primero la izquierda y después la derecha, descubriendo el principio del antebrazo, delgado, sin mirarlo, con una resignación dolorosa.

Llevaba puesto un pobre vestido amarillento, que le sentaba mal. Lo sabía, pero no se le daba un ardite. Odiaba los trajes, la moda.

Las pocas veces que se miraba en el espejo recibía una im-



presión ingrata, y eso la irritaba contra todos los adornos, que ya eran inútiles.

No era aún fea. A aquel rostro simpático, enflaquecido por los sufrimientos, pero no deformado, sólo le faltaba un rayo de felicidad. Como todas las puestas de sol, para lucir, sólo hubiera necesitado de un cielo sin nubes.

La pasión por las flores habíale entrado aquel año, acogéndola Teresa como una distracción en el gran aislamiento que la rodeaba.

Desde seis meses á la fecha, yacía enfermo su padre en un sillón. Aquel coloso fué acometido por un ataque apoplético que le dejó paralizadas las piernas y las manos. Teresa tenía que vestirle, desnudarle, echarle en la cama y darle de comer lo mismo que á un niño. Ya no salía de casa, por haberse quedado sola (pues Ida había obtenido una plaza de maestra en la Italia meridional); y desde entonces, decían algunos, el recaudador había comenzado á entristecerse y á perder la salud.

Casi todas las tardes el doctor, que se había hecho amigo, iba á pasar media hora con el enfermo. Teresa aprovechaba esa media hora para salir al jardín.

—¿No ha concluído usted aún? — gritó desde debajo del pórtico la voz fresca y varonil del médico.

—Ha hecho tanto calor hoy, que las plantas están sedientas—respondió Teresita sin levantar la cabeza.

—Debiera llover.

Estaba junto á Teresa, que se apresuró á bajarse las mangas.

—Y sin embargo, quizá no esté lejos la lluvia.

Miraron ambos al aire. Teresa había apoyado la regadera sobre la arena del sendero y estaba derecha, con los brazos caídos, con una expresión de fatiga que afilaba sus facciones.

De los arriates regados iba desprendiéndose el olor á tierra húmeda, agudo, sensual, rompiendo la sequedad de la atmósfera. Y todos los seres animados que había en el suelo, orugas, gusanillos, desplegaban su vitalidad reanimada por aquellos pocos hilillos de agua.



El aire abrasaba todavía, pero poco á poco iba cruzándolo un vapor suave, como una caricia.

—¡Qué buen olor! ¿No es verdad?

Ella dijo que sí, distraída, sintiendo penetrar por todos sus poros una irresistible necesidad de vivir. Su atonía no era más que aparente.

Miraba á la tierra, que iba embebiéndose poco á poco, y á las flores, que se alargaban frescas, surgiendo de los terruños.

El doctor hablaba con aquella voz varonil que hacía estremecerse á Teresita. Su pensamiento estaba lejos; pero la habitual corriente magnética, de un magnetismo puramente físico, hacía la estar atenta á las palabras del joven. Con los ojos bajos, veía de refilón sus largos bigotes castaños, que se agitaban levemente, proyectando una sombra sobre la blancura intensa de la barba.

Pensaba Teresa:

—¡Si estuviese *él* aquí!

Unía el alma del ausente á las sensaciones materiales de aquel momento.

El doctor experimentaba tal vez algo semejante: presente con el cuerpo, tenía algo lejos la imaginación. Fijaba la mirada como quien tiene ante sí una visión, y con su caña de Indias trazaba en la arena caracteres incomprensibles. Sin saber de qué modo había comenzado, resultó hablando de amores.

—En los dramas y en las novelas de otro tiempo encontramos á menudo esta situación: Una mujer se cae al agua, un hombre la salva, se aman. Pero ¿cómo? ¿Qué saben ellos de eso? ¿Han probado á entenderse en los largos silencios donde habla el corazón? ¿Han llorado, han reído juntos? ¿Saben siquiera cómo comen, cómo duermen, de qué modo se regocija su espíritu y hasta qué punto vibran sus nervios? Difícilmente la belleza que impresiona es la que retiene. El amor, el verdadero amor, nace de un conjunto de circunstancias, de afinidades íntimas y continuas. Es cierto modo de mirar, de sentir,



de exponer las ideas; es un mohín de los labios, la voz, el gesto, la forma de la mano, el olor de la piel. Es la atracción prolongada de los cuerpos, en virtud de la cual cuanto más cerca están más quisieran estarlo; es el cambio rápido y completo de los pensamientos; es el experimentar juntos la misma sensación, fundirse, completarse uno á otro en un arrobamiento progresivo del alma y de los sentidos...

—¡Es verdad, es verdad!

Con los ojos cerrados, apoyada en el tronco de un árbol, Teresa continuó murmurando: «¡es verdad!» Sentíase mecida por aquella voz, casi adormecida en su eterno sueño de amor; mientras la tierra circundante le enviaba fuertes y salvajes emanaciones y se erguían opulentas las flores; y hierbas y hojas, todos los tallos, todas las matas exhalaban olores en la húmeda frescura del crepúsculo, aljofaradas por las recientes gotitas del riego.

—... El amor es la mirada que vuela rápida cual una flecha, es la palabra que los labios apenas pronuncian balbucientes, es el deseo que la emoción paraliza...

—¡Verdad, verdad!

Teresita sentíase desfallecer en un raptó de voluptuosidad, con la delicada excitación de aquella voz masculina que hablaba de amor.

El joven calló bruscamente.

Había entrado la noche, fresca, dulcísima, llena de caricias. Refulgían en el cielo las primeras estrellas; el geranio nocturno daba al aire su intenso aroma, casi carnal, tendiendo sus ramas hacia la argentada luz; y en aquel silencio caían las gotas lamiendo las corolas, deslizándose por los tallos, cayendo en tierra con un pequeño ruido seco que turbaba á los moscardones en su primer sueño y hacía huir despavoridas á las luciérnagas de flor en flor.

Cuando el joven volvió á hablar, su voz había cambiado. Dió las buenas noches deprisa, aferrado á un pensamiento que le había ocurrido en la dulzura tentadora de aquella noche.



Saludó sin mirar siquiera, y desapareció en la obscuridad del pórtico.

Estremecióse Teresa, apretó los dientes, cerró los ojos; y suspirando y levantando los brazos por encima de la cabeza, los estiró con un abandono al cual respondieron gimiendo todas sus fibras.

. . . . .  
En la sala baja, en el húmedo y obscuro gineceo, el señor Caccio terminaba sus días, recluso en el diván donde la señora Soave había pasado tan gran parte de su vida quejándose dulcemente con los ojos dirigidos al cielo.

Concluía derrotado, vencido en sus mayores energías, con la tristeza de tener que implorar la compasión ajena, desprovisto ya de todo poder, á merced de la única hija que junto á él había quedado.

Y aquella hija no era la predilecta; hasta habíala desconocido á menudo, haciéndola víctima de su despotismo.

Se hallaban frente á frente, solos, con todo un pasado que los separaba, con la indestructible amargura de los dolores sufridos. Callaban: pero en el silencio de la hija había quizá una acusación, en el del padre un remordimiento; y más que un remordimiento, para aquel carácter soberbio, la humillación de deberla una prolongación de la existencia.

Observábala á veces con una ira sorda, otras con repentino impulso de ternura.

Teresa estaba tranquila. No exageraba las demostraciones de cariño: era atenta, dócil. Cumplía sus obligaciones sin entusiasmo y sin apatía, con seriedad.

Pero toda su marchita juventud parecía agarrada á aquella casa, en torno suyo, en aquellas paredes que la vieron de niña, donde había ido cayendo cada día, cada hora, como de una clépshidra, un rayo de su belleza; donde había presenciado en el transcurso de los años la lenta evolución de su familia y de sí misma.

Miraba su pasado de igual modo que hubiera mirado el de



otra persona, evocando á la Teresita de los quince años, tan alegre el día que salió para Marcara, por aquel camino largo, lleno de sol, inacabable, por donde el cochecito de Orlandi corría en medio de una nube de polvo. Pensándolo otra vez, parecía una profecía: pasó junto á ella, huyendo.

¡Ah, cómo hubiera querido recomenzar la vida, ahora que la conocía mejor!

Cuando le asaltaba esta amargura, consumíase con una melancolía aguda, con una tristeza que la revolvía toda, hasta en sus pesares lejanos, hasta en los deseos más celosamente custodiados y que creía ella domados para siempre.

¡Cuán largas y penosísimas transcurrieron así las horas del padre y de la hija, siempre juntos, graves, soportando con altivez el peso de sus deberes, arrastrando la odiosa cadena de los hábitos, de los afectos impuestos!

Una carta de Carlitos vino á dar el último golpe á los dos seres que aún representaban la mansión de la familia Caccia. Anunciaba lacónicamente el joven su matrimonio con la hija de su hospederero, á la cual había seducido. Ni una palabra de excusa, ni un acto de deferencia á la autoridad paterna. ¡Nada! Era la voluntad brutal de un hombre libre, que no necesita de nadie.

El señor Caccia se afectó por ello de un modo que daba lástima.

Llamado el médico, por empeoramiento del enfermo, dijo en el acto que no podría resistir aquel golpe.

En efecto, siguió empeorando, y á principio del otoño, habiendo perdido ya el habla y la memoria, falleció por parálisis del corazón.

En la ciudad todos creyeron que Teresita se iría á vivir con sus hermanas, pero Teresa no se movió.

Asistió á su padre hasta el postrer suspiro, le colocó en el ataúd, le veló muerto, lloró en el instante de sacar el cadáver. Y después reanudó sus costumbres tranquilas, vagando cual una sombra por la casa desierta.



En vano algunas personas, como el doctor, la jueza, las vecinas Ridolfi, probaron á hacerla salir, á proporcionarle distracciones. Rechazó cuanto le propusieron, tan serena y tan fría, que acabaron por juzgarla insensible.

—¡Pobrecita!—pensaba la jueza.—Ha sufrido tanto, que se le ha endurecido el corazón y ya no siente nada.

Después, como último recurso, valiéndose de su antigua amistad, tocóle un día al amor propio y le dijo:

—Temo que te asemejes de veras á la Caliope. Nunca sales, tienes la casa cerrada á piedra y lodo..... Anda, ponte á hacerme señas de burla..... á ver si sabes.

Pero también por esta parte se mostró invulnerable Teresita. Una sonrisa seria, hondamente melancólica, era su respuesta á todo y á todos.

Pasaron dos meses.

En los últimos días del año, recibió una carta de Egidio. Estaba enfermo, pobre, sin ayuda de nadie. Le escribía, como pudiera hacerlo un hijo á su madre, con una fe sin límites.

Teresa hizo muchas reflexiones acerca de aquella carta, muchas meditaciones, y no durmió en toda la noche, y al siguiente día volvió á reflexionar y á meditar.

No viéndola la jueza, fué á visitarla. La encontró en su dormitorio, rodeada de vestidos y ropa blanca, puestos en desorden sobre los muebles, con un baul abierto en el suelo.

—¿Qué veo? ¿Te decides al cabo á irte á casa de los de Luminelli?

Teresa no respondió al pronto: estaba muy preocupada. Pero al cabo de un momento, cogió las manos á su amiga y hablando muy quedo, le dijo con gravedad pensativa:

—Me ha escrito.

La jueza no comprendió al pronto. Desde unos seis ú ocho meses antes, no se había mentado entre ellas el nombre de Orlandi. Por lo mismo, no ocultó su asombro, sino que, por el contrario, lo acentuó más.

—¿Ha vuelto á escribirte? ¿Qué quiere?



—Nada.

La señora del juez meneó la cabeza. Teresa añadió entonces.

—Está enfermo.

—¡Ah!

—Y solo.

La jueza esta vez no pronunció ni una sílaba.

Hubo luego un breve silencio doloroso.

Teresa doblaba un traje sobre la cama, dando la espalda á su amiga. Con rapidez, como se saca una muela, dijo:

—Mañana me voy.

Y volviése, con el vestido encima del brazo.

Cruzáronse las miradas de ambas mujeres. La jueza había comprendido.

Calló por un momento, mientras Teresa arreglaba el baul. Cuando hubo terminado, por simultáneo impulso, se apoyaron las dos en la cama, serias y conmovidas:

—¿Has reflexionado?

—Sí.

—¿Y estás resuelta?

—Resuelta.

La jueza acudió al sarcasmo, diciendo con fría sonrisa:

—¡Vas á hacer de enfermera!

—Lo que Dios quiera—respondió Teresa.

Entonces replicó la otra:

—¿Qué pensarán tus hermanas, tu hermano?

Encogióse de hombros.

—¿Y la gente?.....

—¡Oh! la gente.....

Y se sonrió con su sonrisa melancólica, á la cual fué á añadirse un asomo de ironía.

—Por último..... ¿y si me hiciesen observaciones, á mí que soy tu amiga?

—Bueno: dirás á los curiosos que he pagado con toda mi vida este momento de libertad. Resulta bastante caro, ¿no es cierto?

Volvió á sonreirse y se alisó con las manos (dos manitas de



cera amarilla) los cabellos, que empezaban á perder los reflejos castaños.

La jueza permaneció con ella casi todo el día.

A la mañana siguiente, vestida de negro á causa del luto, con un velo que casi la ocultaba el rostro, Teresa cerró la puerta de su casa.

Su amiga, fiel hasta lo último, estaba junto á ella.

—¡Hasta la vista, hasta la vista! ¿Sabes?

—Esperemos,—respondió Teresa con acento profundo, impresionada ya con los misterios del futuro.

Don Juan Boccabadati, envuelto en un abrigo de pieles, asomó la cabeza por una ventana. Teresa recordó el día en que él también se había marchado con el sol y con las golondrinas, en una mañana de primavera.

—¡Mal día vas á llevar!—dijo la jueza.

Teresita miró al cielo con indiferencia, y dirigióse á la estación con su amiga.

Antes de entrar en la sala de espera se detuvieron aún algunos instantes para saludarse, para renovar la promesa de escribirse.

En el momento de salir Teresa por la puerta, después de haber presentado el billete, su amiga se arrojó sobre ella, abrazándola. Quería decirle aún alguna cosa, pero enmudeció en el abrazo. Se miraron intensamente, sin proferir ni una sola palabra.

—¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!

La jueza corrió á la empalizada que cerraba la vía férrea. Llegó á tiempo de verla por última vez. Saludáronse con la mano y con los ojos, mientras fué posible. Después cesó de flotar el negro velo de Teresita en la ventanilla del coche. Arrancó el tren.

Nevaba.

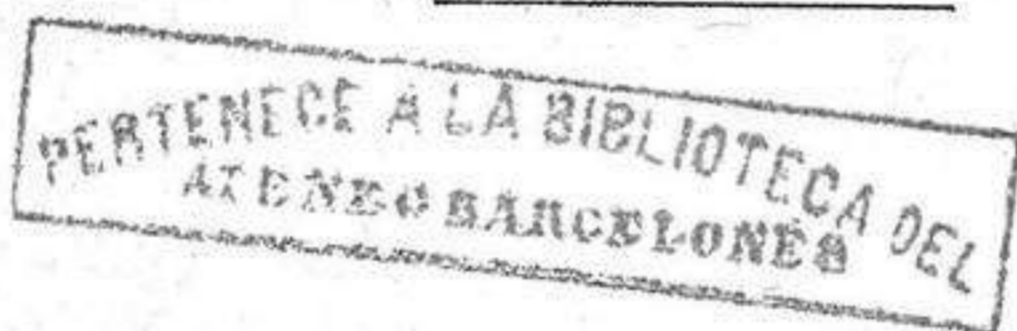
NEERA.

FIN.



# LEYÉS HISPANO-ROMANAS GRABADAS EN BRONCE

## LA EPIGRAFÍA Y LOS EPIGRAFISTAS EN ESPAÑA



En la primavera de 1889 se vió sorprendido el autor de estas líneas por la grata visita del ilustre epigrafista y profesor alemán Dr. D. Emilio Hübner, benemérito de nuestra patria por haber recogido con incansable perseverancia, y comentado con envidiable sagacidad, todas las inscripciones hispano-romanas en la obra monumental que bajo el título de *Corpus inscriptionum Latinarum* publica la Real Academia de Berlín. Con su acostumbrada cortesía, díjonos el Sr. Hübner que deseaba copiar las inscripciones que como marcas de fábrica se leen en los ladrillos romanos del Museo Arqueológico Nacional; pero calló con prudente reserva el principal objeto de su venida á España. Como anteriormente la había ya visitado, para escudriñar nuestros tesoros epigráficos, que constantemente se acrecientan, á nadie pudo extrañar dicha venida; pero el verdadero fin de ella se cuidó de revelarlo á las personas que nos ocupamos de estas cosas otro epigrafista insigne, y español, el doctor don Manuel Rodríguez de Berlanga, en su obra *El Nuevo bronce de Itálica*, obra que de Real orden se imprimió en Má-



laga en 1891. Según esta verídica referencia, el profesor Hübner tuvo conocimiento en Diciembre de 1888 del hallazgo, casualmente ocurrido dos meses antes en tierras de Santiponce, de una tabla de bronce cubierta por una de sus caras con una larga leyenda. Las antigüedades en España (esto no lo dice el Sr. Berlanga, pero lo sabemos todos los arqueólogos), desde que se adquieren hasta que pasan á manos de un coleccionista inteligente ó á poder de un Museo público, llevan una existencia llena de peligros, desde el de ser bárbaramente destruídas hasta el de transponer la frontera. El bronce epigráfico recién descubierto estaba, pues, en peligro. Mas por fortuna, el señor Hübner, con una alteza de miras que le honra, se puso de acuerdo con su amigo y nuestro el Sr. Berlanga, que no había tenido noticia del hallazgo hasta Enero de 1889, para dirigirse á Sevilla, el primero desde Berlín y el segundo desde Málaga, con el fin de reunirse allí en un día fijo del mes de Mayo, y juntos poder entonces examinar la tabla, que se guardaba con singular misterio. Lo que sucedió es muy curioso: al Sr. Hübner se le consintió ver el bronce y calcar su leyenda; pero al Sr. Berlanga no se le dejó «ni aun echar una rápida mirada» sobre él, y hasta «fué quitado de enmedio» tan pronto como se supo que tal persona estaba en Sevilla. El Sr. Hübner indemnizó á su amigo de tan injustificados desaires dándole á conocer el texto epigráfico y comunicándole «el pensamiento que venía acariciando de que monumento tan importante no saliera de España por concepto alguno, yendo á aumentar las riquezas epigráficas de nuestro Museo Arqueológico Nacional.» (El *Nuevo bronce de Itálica*, p. 11).

Para conseguirlo vino el Sr. Hübner á Madrid, y sin pérdida de tiempo se fué á ver al Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, confiando fundadamente en que el amor por las ciencias históricas y la prestigiosa influencia de tan esclarecido patriota conseguirían lo demás, como así fué en efecto. Ocupaba á la sazón el poder el partido liberal. El Sr. Cánovas hubo de dirigirse al Sr. Conde de Xiquena, Ministro de Fomento, é hizo



venir á Madrid al Dr. Berlanga para que, como persona competente y única en España que conocía el texto, pudiera atestiguar su importancia, con lo cual y con el informe de la Academia bastó para que á mediados de Julio se adquiriese *el bronce de Itálica* para nuestro Museo Nacional, en la cantidad de 25.000 pesetas.

La historia de esta adquisición tiene por sí bastante elocuencia para demostrar á los lectores la suerte que, en general, siguen en España las antigüedades, y especialmente los monumentos epigráficos, pues como estos no tienen el atractivo del arte, y por otro lado en este país, por tanto tiempo educado en el horror á lo escrito, por aquello que reza el bárbaro adagio de que *la letra con sangre entra*, las piedras «con letreros» están siendo todavía material aprovechable para construcciones *urbanas*, que por ese solo hecho no merecen tal apelativo; y los broncees ¡Dios sabe cuántos se habrán destruido por quienes no serían capaces de percatarse de que tenían letras ó de lo que éstas pudieran decir! Siempre que se halla una moneda, una escultura, una pieza cerámica, hay alguien que al fin lo adquiere y lo conserva; pero las joyas y las inscripciones, las primeras porque la codicia inculta las arroja al crisol y las segundas porque la ignorancia las destruye ó las acomoda á *mejor* destino, corren gran peligro, aún hoy en que hay quien viaja desde Berlín por conocerlas y hombres de cultura bastante para imponer á la Nación el rescate de sus tesoros históricos. Por desgracia, la mayoría de las gentes, de la clase que se llama ilustrada, dan á los monumentos epigráficos el despreciativo nombre de *pedruscos*, y creen que sólo inspiran interés á los *inútiles* sabios que se llaman arqueólogos. Hasta el humorismo se ha entretenido en zaherir á la Epigrafía y á sus cultivadores con el ridículo cuento de las cuatro eses y otros absurdos, que en todo caso probarán el daño que han hecho á las ciencias históricas algunos necios.

El mal que señalamos no es de ahora; es antiguo y *endé-*



*mico* en nuestro país, como lo demuestra la historia de muchas inscripciones halladas y perdidas repetidamente. Citarémos un ejemplo. El estudio de la Epigrafía, y por consiguiente el afán de copiar las inscripciones, data en España del siglo XV, pues de esta fecha son las dos colecciones epigráficas más antiguas, la del *Antiquissimus*, y la del *Antiquus*. En el siglo XVI, el más fecundo en esta clase de investigaciones, prosiguieron la tarea con noble emulación humanistas tan esclarecidos como D. Antonio Agustín, el Beneficiado de Ledesma, Gaspar de Castro, el cronista Florián Docampo, Ambrosio de Morales, Jerónimo Zurita y el Conde de Guimerá, D. Gaspar Galcerán de Castro, entre otros. Pues bien, el citado D. Antonio Agustín, cuando fué Obispo de Tarragona (1576 á 1586), reunió é hizo empotrar en los muros de la galería baja de su palacio varias lápidas antiguas, entre ellas una, curiosa porque expresa que Lucio Minicio Aproniano (edil quinquenal, duumviro y cuestor quinquenal de la Colonia de Tarragona, y flamen del Divino Trajano, según otra inscripción de que dió cuenta, al propio tiempo que de la primera, el Sr. Hernández Sanahuja en el *Museo español de antigüedades*, II, p. 405), mandó en su testamento erigir una estatua de plata de quince libras de peso al genio de la Colonia de Tarragona; es decir, que contiene un dato interesante para la historia del culto tarraconense y otro para la historia del arte. Esta inscripción desapareció á fines del siglo XVII; reapareció en Abril de 1800 entre los cimientos de una casa; al reconstruir ésta fué colocada en el antepecho de una ventana; desapareció nuevamente y después de dos años de pesquisas para encontrarla consiguió dar con ella y transportarla al Museo local el Sr. Hernández Sanahuja, que, según dice, la halló en la bodega de aquella casa, sirviendo de sostén (!) á las cubas que allí se guardaban.

En las numerosas notas con que el Sr. Hübner encabeza en el *Corpus* las inscripciones recogidas, se hallan á cada paso indicaciones como estas: 2.117 (en Arjona) *en el alcázar dentro*



*del algibe de Santa María.*—2.129 (en Porcuna) á mano izquierda á raíz del suelo, sirviendo de un antepecho en un arriate, las letras del todo consumidas.—2.150 (en Cañete de las Torres), á la entrada de la casa del Santero, á mano derecha, sirviendo de poyo.—2.187 *En el Carpio, en la iglesia, en la pila del agua bendita; etc., etc.*; y lo que más desconsuela es que muchas de estas notas están tomadas de los diligentes compiladores de pasados siglos, porque las inscripciones se han perdido y sólo queda de ellas la copia, cuya exactitud es imposible comprobar. Por casualidad suelen parecer algunas de las muchas que dejó perder la incuria nacional. Hace tres años, D. Antonio Vives y el autor de estas líneas tuvieron la fortuna de encontrar, cuando menos lo pensaban, en el castillo-palacio de las Navas del Marqués, construído á principios del siglo XVI por el primer ostentador de ese título, D. Pedro de Ávila, nueve inscripciones, cuidadosamente colocadas por la diligencia y el celo de un humanista de pasados tiempos, en el zaguan, galería alta y baja del patio y en los gruesos del muro de una ventana de la sala principal; y remitidos al Sr. Hübner los calcos de estas nueve inscripciones, resultó que cinco de ellas, cuatro de Mérida y otra de Caparra, habíalas él ya incluido en el *Corpus*, copiándolas de Florian Docampo, por no saber que existieran; y las otras cuatro, de procedencia también emeritense, por lo menos tres, eran completamente desconocidas.

El haber aprovechado las piedras con inscripciones como sillares en la construcción de iglesias y casas rurales ha sido, en medio de todo, beneficioso; porque así se han conservado, aunque deteriorándose por espacio de siglos, y la solicitud de algún arqueólogo ó aficionado puede conseguir que pasen á enriquecer el Museo local, ya que hoy y desde hace mucho tiempo no hay hacendados que traten de imitar á los humanistas pudientes del siglo XVI.

\*  
\* \*



Las gentes (ó sea la mayoría de los españoles) que tienen por ínfimas antiguallas los inscripciones, no saben que estos son precisamente los testimonios más auténticos de la Historia, más aún que las referencias de los autores antiguos, por lo mismo que son coetáneas de los sucesos pasados y el reflejo fiel de ellos. A seis mil llega ya el número de las conocidas de la antigüedad romana. Entre las perdidas de que hacen referencia dichos antiguos escritores se cuentan *actas*, ó sea tratados de Roma con Cartago, Sagunto y Ampurias, con Asdrúbal; el de Graco el mayor con los celtíberos, y los trofeos que erigió Pompeyo Magno cuando terminó la guerra sertoriana. Las *actas* existentes son edictos del Pretor Lucio Emilio Paulo, vencedor del Rey Perses, relativo á la *turris Lascutana* del año 189 antes de Jesucristo; el de Claudio Quarto, legado imperial de la Tarraconense del año 119, encontrado en Pamplona; leyes municipales, decretos de patronato y hospedaje; documentos relativos al culto, alguno curiosísimo porque es una lista de adornos pertenecientes á una estatua de Isis (la diosa egipcia, adorada también por los romanos) que existió en *Acci* (Guadix), y documentos privados. Más numerosa la serie de las inscripciones llamadas en latín *tituli*, comprende los epígrafes de obras públicas y privadas, en los que se hallan nombres geográficos, indicaciones de origen ó destino de las murallas y puertas de las ciudades, de los mercados, pórticos, basílicas ó casas de contratación; tiendas, como carnicerías y tabernas; lugares de espectáculo, como circos, teatros y anfiteatros; las llamadas columnas miliarias, por medio de las cuales han podido trazarse con bastante exactitud en el mapa de la España antigua las magníficas *vías* ó calzadas que establecieron en la península aquellos ingenieros incomparables; inscripciones terminales, que servían para marcar las fronteras de las colonias, municipios, establecimientos militares, etc.; aras dedicadas á dioses y templos; dedicaciones á los emperadores; epígrafes honorarios de los que se ponían al pie de las estatuas de las deidades ó de personajes; la serie interesantísima de las



inscripciones referentes á los ejércitos enviados á España para dominarla; otra serie epigráfica no menos importante, que da numerosas noticias de la Administración provincial, los magistrados que ejercían los cargos públicos, las colonias y poblaciones; las inscripciones sepulcrales, en las que, además de los nombres propios, edad, etc., se hallan indicaciones de la patria de los difuntos, particularidad no frecuente en los epígrafes de Italia y de las demás provincias romanas; y por último, las inscripciones puestas á título de marcas de fábrica ó con otro valor en objetos de oro, plata, bronce, plomo, hueso y barro.

Estas someras indicaciones, tomadas del libro que el señor Hübner escribió en castellano bajo el título *La Arqueología de España* (obra preciosa para los investigadores, y que fué premiada en el certamen Martorell de Barcelona en 1877), bastarán para indicar que la historia más verdadera y completa, puesto que comprende desde las creencias, las instituciones y los sucesos políticos, hasta las costumbres, los usos y los títulos y nombres de las personas; todo eso que se puede llamar la historia externa é interna de la sociedad hispano-romana, con sus caracteres peculiares y sus rasgos locales más desconocidos, está en las inscripciones.

Sobresalen entre éstas, por su excepcional importancia, por su extensión, y hasta por la materia en que están trazadas, las leyes municipales y coloniales y algún otro documento análogo, todos los cuales se conocen con los nombres de bronce de Osuna, de Málaga, de Salpensa, de Itálica, de Bonanza, etcétera. En todos estos bronce los textos están escritos, mejor dicho, grabados con trazos gruesos, en letras capitales, y en las leyes, ó sea en los bronce de Osuna, Málaga y Salpensa, están divididos en columnas iguales, sucediéndose por numeración correlativa las rúbricas ó capítulos. Unas tablas conservan íntegro, otras en fragmentos, su marco ó moldura, complementos decorativos de esos monumentos legales, que debieron estar expuestos en los muros del foro de cada una de



las indicadas ciudades romanas, sin duda con el fin eminentemente práctico de que sirviesen á los naturales para constante recordación de sus deberes y derechos. Ninguna otra invención que esta de grabar en bronce inmortales sus disposiciones jurídicas, caracteriza mejor al pueblo que se distingue en la Historia por la institución del Derecho. La mejor parte de dichos bronce, seis tablas, es lo recientemente adquirido por el Gobierno en la suma de 100.000 pesetas, para enriquecer el Museo Arqueológico Nacional, y esta adquisición, que el Museo señala en sus fastos con piedra blanca, nos ha dado la mejor oportunidad para poner al público al corriente de los tesoros epigráficos de España y de los estudios realizados en el vasto campo de la Arqueología literaria.

Esos seis bronce han formado durante algunos años el Museo particular del señor marqués de Casa-Loring, en Málaga, y han sido publicados é ilustrados de un modo verdaderamente magistral por el doctor Rodríguez de Berlanga, en libros nunca sacados á la venta, por deliberado propósito de su autor, sino regalados por éste á contadas personas, y que se titulan *Los bronce de Osuna*, *Los nuevos bronce de Osuna*, *Estudios sobre los dos bronce encontrados en Málaga á fines de Octubre de 1851*, *Ensayo de una nueva versión castellana del bronce Salpensano*, *Monumentos históricos del Municipio flavio malacitano* (á lo que deben añadirse dos láminas litográficas, en gran tamaño, cuyos nombres respectivos, *Aeris salpensani* y *Aeris Malacitani*, indican bien el contenido) y *Los bronce de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*.

Los bronce malacitano y salpensano fueron hallados juntos, en Octubre de 1852, á las afueras de Málaga, hacia la parte Norte, en el barranco llamado de los Tejares, por dos trabajadores que sacaban barro para una fábrica de ladrillos inmediata. Estas tablas contienen sendos fragmentos de dos decretos municipales otorgados por Domiciano hacia los años 81 al 84 de nuestra era, para *Malaca* y *Salpensa*. El bronce malacitano comprende, en cinco columnas, los capítulos 51 al 69 del



decreto, cuyos epígrafes correspondientes declaran el contenido, á saber: del nombramiento de candidatos para las dignidades de duumviros, ediles y cuestores, celebración de los comicios, curias en que correspondía votar, personas que debían llevar cuenta de los comicios, modo de efectuar las votaciones, remedio en los casos de empate, juramento de los elegidos; y después, de los arrendamientos de tierras, de las fianzas y multas, y, en fin, de la administración de fondos públicos. El bronce salpensano comprende, en dos anchas columnas, los capítulos 21 al 29 del documento respectivo, y sus epígrafes anuncian las disposiciones referentes al privilegio de la ciudadanía romana, del derecho del prefecto, del juramento de los duumviros, ediles y cuestores al comenzar á ejercer sus cargos, de la manumisión de los siervos ante los duumviros y de la dación de tutor. Ambas tablas, la primera de 1<sup>m</sup>,285 × 0<sup>m</sup>,940, y la segunda de 0<sup>m</sup>,930 × 0<sup>m</sup>,750, con su escritura regular y clarísima, con su marco de severa moldura y su patina verde claro, son hermosos monumentos arqueológicos, admirables hasta por lo perfecto de su conservación.

Los broncees llamados de Osuna por ser el campo inmediato á esta villa el lugar de su hallazgo, contienen varios capítulos ó rúbricas de la ley dada por el Dictador Julio César hacia el año 44 antes de Jesucristo á la *Colonia Genetiva Iulia*, ley que debió ser grabada, según los Sres. Hübner y Berlanga, al final del siglo I, hacia la época de Vespasiano.

Pecaríamos de prolijos si pretendiéramos dar aquí cuenta de los puntos que comprende esta ley municipal, en la que se trata también de los magistrados y de los comicios, del culto y de las sepulturas, de la administración de justicia y de las propiedades rústicas, etc., etc. Los broncees en cuestión, son cinco: tres que adquirió en 1871 el señor marqués de Casa-Loring y dos que compró el Gobierno en 1876 para el Museo Arqueológico, donde al fin se reúne la serie. Desgraciadamente, ésta no se halla completa en lo que se refiere al texto, ni es del todo correlativa, pues las dos tablas adquiridas en



1876 comprenden los capítulos ó rúbricas 61 al 82 de la ley; mientras que las Loringianas comprenden en dos tablas desde el final de la rúbrica 91 hasta la 104, y en la última tabla desde la rúbrica 123 hasta el principio de la 134. Dicho texto se halla dispuesto á tres columnas por tabla, menos en la última, que está á dos y que es también más pequeña que las demás: sólo mide de longitud 0<sup>m</sup>,690, mientras que las otras cuatro tienen unos 0<sup>m</sup>,940, y todas de ancho unos 0<sup>m</sup>,600. Esta última tabla ofrece también diferencia con las otras en la dicción, pues hay en ella numerosas interpolaciones, de donde deduce el Sr. Berlanga que no fué grabada al tiempo que las otras cuatro, «hacia el año 75 de Jesucristo, en que Vespasiano, siendo Censor de su hijo Tito, dió el derecho del Lacio á toda la España,» sino que hubo de pertener «á una tercera edición» (las otras supone que pertenecen á una segunda) hecha después de la indicada fecha, antes quizá de la muerte de Domiciano. (*Los Bronces de Lascuta*, págs. 480 á 483.)

Fijándose tan sagaz comentarista en que viene á contener unas diez rúbricas cada tabla, calcula que falta una entre las dos primeras y las dos correlativas Loringianas; que entre la segunda y la tercera de éstas falta otra, y que para el completo deben faltar seis del principio y una del fin, lo que da un total de catorce.

Catorce se dijo en un principio que eran las encontradas, y, al hacerse cargo de ello, escribe el mismo Sr. Berlanga: «Luego que he visto al que las ha encontrado, me he afirmado en la idea de que acaso posea más de las que hasta ahora ha mostrado, y que han de ser completamente falsos cuantos datos haya dado sobre el lugar del hallazgo, á no ser que le tenga hasta la saciedad explorado.» (*Los nuevos bronce de Osuna*, págs. 16 y 17.) La ocasión de ver al sujeto que las había encontrado, se la dió el viaje que, para conocer las dos tablas que después compró el Gobierno, hizo á Osuna en 1875, es decir, unos cinco años después del hallazgo. Efectuóse éste del 1870 al 1871, y su noticia adquirió desde luego, por lo



visto, el carácter *misterioso* que, por perniciosa y nefanda tradición, procuran darle los sujetos á cuyas manos depara tales hallazgos la negra suerte de las antigüedades españolas. Compró entonces el señor marqués de Casa-Loring dos tablas, que, por lo visto, fueron las únicas cuyo hallazgo declaró el poseedor, y luego otra, siendo muy de notar en ese primer poseedor el modo peregrino de ir mostrando en el transcurso de cinco años esos bronce, partes de un todo, hojas de un libro, que juntos tienen á todas luces más valor que separados; lo que prueba á qué extravíos conduce la mísera ignorancia cuando se aconseja de la codicia. Si fueron catorce las tablas encontradas, habrá que pensar á estas fechas (aun dada la intermitencia de tales manifestaciones), que nueve debieron ser bárbaramente destruídas, seguramente antes de que el poseedor llegase á comprender que aquello podía tener un valor *metálico*. Acaso tardó en descubrir ésto más que en descubrir las tablas; pero fué, seguramente, su segundo error, pues supuso que valían una exorbitancia, por lo que, desatendiendo las ofertas del señor marqués de Casa-Loring respecto de las dos tablas que le quedaban en 1875, se dirigió al extranjero, «sometiendo la venta—dice el Sr. Berlanga en el prólogo de su citado libro *Los nuevos bronce de Osuna*—á una especie de licitación por correspondencia, reservándose el decidirse por el mejor postor como término de sus aspiraciones, y llevando su deslealtad, según se aseguraba, hasta el punto de hacer suscribir las ofertas por uno de sus hijos, para no verse obligado á nada más que á lo que pudiera convenirle.» Y á punto estaba de conseguir su objeto tan *buen* negociante como *buen* patriota, percibiendo 30.000 pesetas de manos de un extranjero, cuando, en Agosto de 1876, sabedor el Gobierno (que presidía el Sr. Cánovas del Castillo) de lo que ocurría, comisionó con urgencia al Sr. Rada y Delgado para que adquiriese los *nuevos bronce*, lo que solamente pudo conseguir éste haciéndose acompañar á Osuna del distinguido arqueólogo sevillano, presbítero D. Francisco Mateos Gago, el diputado provincial



por dicha villa D. Cayetano Negro, y el Alcalde de la misma, D. Ventura Galbán, á quienes llamó telefónicamente el Gobernador de Sevilla, D. Antonio Guerola, y los cuales, con su influencia y autoridad, pudieron *reducir* al vendedor á que en dicha cantidad cediese los dos broncees al Museo Nacional, venta que se efectuó mediante escritura pública. (Véase la monografía titulada *Los nuevos broncees de Osuna*, suscrita por los señores Rada é Hinojosa, é inserta en el *Museo Español de Antigüedades*, t. VIII, pág. 115). El deseo de completar en lo posible la serie de las tablas inspiró entonces la idea, que puso en práctica el citado arqueólogo Sr. Gago, de hacer excavaciones en Osuna, sin otro resultado que el hallazgo de un pequeño fragmento de una de las tablas recién adquiridas y algunas otras antigüedades que vinieron á enriquecer el Museo Arqueológico Nacional.

El más pequeño de los seis broncees del museo Loringiano, es el llamado de Bonanza, que fué descubierto por el año 1868 en las inmediaciones del puerto de Sanlúcar de Barrameda, y contiene un fragmento del formulario de un pacto fiduciario.

Estos seis broncees, los dos ya citados de Osuna, el de Itálica (trozo de un senado, consulta sobre juegos gladiatorios), mencionado al principio, el de Audita (parte del texto de un pacto de hospitalidad) y el de Río Tinto (dedicación al emperador Nerva por el procurador de aquellas minas), son los once monumentos histórico jurídicos que hoy posee el Museo Arqueológico Nacional; y para que pueda juzgarse de su importancia bastará consignar, bajo el testimonio de Hübner, que de todas las naciones modernas que fueron provincias del Imperio romano, España es la única de cuyo suelo se han desenterrado restos auténticos de textos legales.

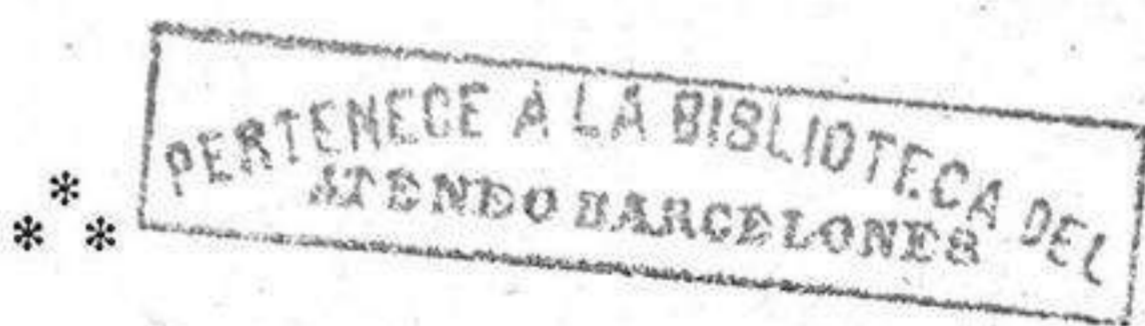
No es posible hablar de las adquisiciones de esos broncees, que cuestan á la Nación 155.000 pesetas, cantidad que no parecerá excesiva á las personas conocedoras del valor de las antigüedades, sin citar el nombre ilustre de D. Antonio Cánova-



vas del Castillo; y de hoy en adelante, no es posible recordar aquellos beneficios reportados á la cultura patria, ni recordar al protector más decidido, más entusiasta y más eficaz que han tenido nuestras ciencias históricas y especialmente el Museo Arqueológico Nacional, sin deplorar la trágica muerte de tan esclarecido hombre de Estado, por quien todavía viste luto nuestro infortunado país. Por embargado que tuvieran al Sr. Cánovas las exigentes atenciones de la política, siempre tenía un momento que dedicar á la Historia, al Arte y á la Arqueología. Su último hecho en este respecto basta para pintar la cultura no común que poseía y la atención que le merecía la del país. Porque tanto, ese último hecho del insigne patricio fué la adquisición de los bronce Loringianos, y pasó del modo siguiente: Dijeron al Sr. Cánovas que el señor marqués de Casa-Loring acariciaba la idea de vender los bronce; pero que, en atención al estado financiero de la nación, alguien había considerado absurdo ofrecérselos al Gobierno.

—¡Absurdo!—exclamó el Sr. Cánovas al oír esto.—Lo absurdo sería no adquirir esos monumentos.

Mandó en seguida preguntar el precio y dió prontas facilidades para la realización del pensamiento.



Es indudable que sin la iniciativa y la influencia de los hombres de Estado, no es posible se acrecienten los Museos; pero éstos no vivirían tampoco si los hombres de ciencia no dedicaran sus esfuerzos al estudio de las obras que nos han dejado los pueblos y las generaciones que pasaron, ó que produce la Naturaleza.

La Epigrafía en España ha tenido cultivadores ilustres entre los humanistas primero, los anticuarios y viajeros después, que tan alto colocaron el nombre de nuestro país. Dignos



continuadores de ellos son los epigrafistas que hoy podemos señalar en nuestros fastos científicos: el Sr. Rodríguez de Berlanga, el P. Fita, cuya incesante labor se encuentra en el *Boletín* de la Academia de la Historia, y sobre todo el gran colector de nuestros epígrafes, el profesor Hübner. Este, por lo colosal de su trabajo y por ser extranjero, y el Sr. Rodríguez de Berlanga por el retraimiento voluntario en que se mantiene, son las dos figuras que inspirarán más interés á los lectores.

D. Manuel Rodríguez de Berlanga, de cuyas obras queda hecha mención, y también de su noble afán por conocer nuestras joyas epigráficas, á despecho de los rústicos guardadores de las mismas, vive en Málaga, alejado, por sistema, de la vida oficial, y aun casi de la vida literaria, á pesar de los estímulos que de vez en cuando le ha dirigido su buen amigo el Sr. Cánovas del Castillo. Consagrado á la ciencia por la ciencia misma, los libros que escribe, libros que sólo por el esfuerzo que supone la erudición encerrada en sus páginas revelan un trabajo asiduo, de mucho tiempo, dálos á la imprenta, mas, según queda dicho, no para ponerlos á la venta, sino para regalarlos á los amigos, lo que sin duda les ha quitado toda la publicidad que merecen y que todo producto de las prensas parece reclamar. En la personalidad del Sr. Berlanga descúbrese al humanista, humanista á la manera clásica ó sea como Antonio Agustín y Antonio de Nebrija, de cuya cepa española son él y el P. Fita los únicos representantes.

En cuanto al Sr. Hübner, la historia de los orígenes de su obra *Inscriptiones Hispaniæ latinæ*, obra verdaderamente titánica, es por extremo curiosa. Vino Hübner á España por vez primera en 1860, y permaneció en nuestro país hasta 1861.

Discípulo del insigne Mommsen, y comisionado por el Rey de Prusia, vino á estudiar nuestras antigüedades, y especialmente á coleccionar copias y calcos de las inscripciones romanas. La tarea era enorme, abrumadora, capaz de poner miedo en el ánimo más esforzado. Pero Hübner era entonces muy jo-



ven, y, así que empezó á escudriñar nuestras bibliotecas y ver en los libros y manuscritos de los humanistas lo vasto del campo que intentaba trillar, sin arredrarse acometió la empresa con una serenidad de juicio y una perseverancia tenaz, tan germánicas, que le permitieron redactar en ocho años el segundo volumen del *Corpus*, y sin abandonar el hilo de semejante trabajo, á pesar de los muchos que sobre él pesan como profesor de la Universidad y miembro de la Academia de Berlín, ha publicado hace pocos años el suplemento á dicho volumen, y continúa publicando apéndices interesantísimos, en los que recoge las nuevas inscripciones que se van descubriendo y le comunican los numerosos amigos corresponsales que tiene en España. Pero su viaje fué una Odisea. Porque Hübner no se contentó con repasar nuestro tesoro literario en la parte que le interesaba: esto para él era no más que un trabajo preliminar, sino que para buscar las inscripciones mismas, los originales, que entonces éstos no estaban todavía recogidos en los Museos, le fué forzoso viajar por casi todo el país, á la sazón atrasado, y donde, por lo mismo, la presencia de un extranjero excitaba la curiosidad general, á veces importuna y nada benévola entre la gente del campo. Había que buscar las inscripciones, no tanto en las ciudades, donde la cultura insuficiente no se cuidaba de coleccionarlas, sino en los pueblos, en los caminos, en los despoblados, donde la seguridad personal era harto dudosa hasta para los nacionales. Sucedióle al animoso epigrafista lances pesados, que hubieran hecho desistir de su empresa á otro menos dispuesto ó de fe más tibia en el resultado. En más de una ocasión, y escarmentado de otras, hubo de pedir á los alcaldes de los pueblos que le acompañase la Guardia civil á lugares no tan faltos de vecinos como de malhechores ó mal intencionados.

Una vez, en Cartagena, quiso calcar una inscripción que estaba en paraje muy alto, en el castillo. Hübner calcaba y calca las inscripciones como todos los epigrafistas, por el procedimiento que del nombre de su inventor, Mr. Lottin, se



llama *Lotinoplastia*, y que consiste en aplicar sobre la lápida cuya reproducción se desea, un papel sin cola, mojado, y después de adaptarle cuidadosamente, y oprimirle con un paño, (*el pañuelo epigráfico*, que nos decía el mismo Sr. Hübner en una ocasión en que le ayudábamos á sacar unos calcos en el jardín del antiguo Museo), dar sucesivos y secos golpes con un cepillo, hasta conseguir que el papel se introduzca en los huecos de las letras, que después de secos queden marcadas en él con todos sus detalles. La citada inscripción de Cartagena estaba muy alta. Para alcanzar á ella le fué preciso pedir una alta escalera en la iglesia más próxima, y como el aire impedía retener el papel sobre la lápida, fué menester que los monaguillos de la iglesia le mantuvieran desde abajo con las cañas de encender las lámparas.

¡Con tal pena hizo Hübner muchos de sus calcos!

Tiene Hübner un ojo tan ejercitado, que yendo á El Escorial, por el tren, con D. Aureliano Fernández Guerra, poco antes de llegar á Villalba, iban recreándose con el paisaje, cuando de pronto exclamó, señalando á una piedra:

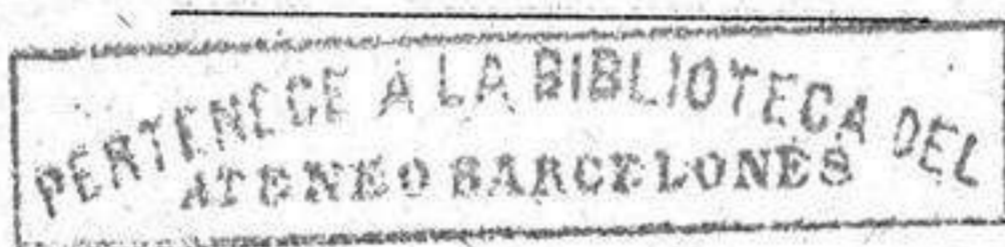
—¡Aquello es una inscripción!

Y con efecto, fueron luego Hübner y su amigo al lugar indicado y vieron que la piedra era un ara dedicada á Marte, y más lejos hallaron otra con análoga dedicación. Ambos monumentos fueron transportados á los pocos días á la Biblioteca Nacional, y hoy se hallan en el Museo Arqueológico.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.



# PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA



PERÍODO DE TRANSICIÓN DEL ABSOLUTISMO AL RÉGIMEN CONSTITUCIONAL

## I

MEDIDAS TOMADAS POR GODOY CONTRA LAS INSTITUCIONES  
VASCO-NAVARRAS

Los eminentes servicios que habían prestado á la Nación las Provincias Vascongadas y Navarra, salvando á Castilla de las invasiones francesas, los olvidó el Duque de Alcudia, ofuscado, como el Conde-Duque de Olivares, por la obsesión de una dictadura sin freno, y se propuso destruir el régimen foral de las Provincias Vascongadas.

Ya hemos visto con cuánta complacencia daba oídos á las patrañas del auditor Zamora, y para preparar el terreno en su obra de nivelación, encomendó al Canónigo D. Juan Antonio Llorente, persona de indudable talento, pero de escaso sentido moral, la tarea de revisar los archivos y de recopilar los materiales para dar á la estampa sus célebres *Noticias históricas de las tres provincias vascongadas*, obra que refutó en 1807 D. Francisco de Aranguren y Sobrado, Consultor del Señorío de Vizcaya, si bien se llevó la arbitrariedad hasta el punto de prohibir la impresión del tomo II de su *Demostración del sentido de las autoridades citadas por Llorente*.



No entra en nuestro plan engolfarnos en estas materias, proponiéndonos, además, huir cuidadosamente en el curso de este estudio de escribir un alegato en favor de nuestro país natal, procurando, por el contrario, inspirarnos en miras levantadas y en un sentido de recta imparcialidad y de acendrado afecto compartido entre la Patria española y la tierra eúskara.

Disfrutaba á la sazón el Reino de Navarra, entre sus Fueros, los de *sobrecarta* y de *promulgación*. Consistía el primero en la necesidad de someter las Reales cédulas y provisiones al pase del Virrey con el Consejo, pero después de oír á la Diputación permanente; si se concedía la *sobrecarta*, desatendiendo su dictamen, tenía varios recursos para reclamar contra el agravio y negar el servicio; el de *promulgación* tendía á robustecer el poder parlamentario, constituyendo ambos precauciones de distinta índole para contener al Poder ejecutivo en sus invasiones. Pero el Príncipe de la Paz, obedeciendo á los mismos móviles anteriormente indicados, acometió también en Navarra la obra de unificación por la Real orden de 1.º de Setiembre de 1796, en la que dispuso «se llevasen á efecto y observasen allí las Cédulas que se dictasen para Castilla, ínterin una Junta de personas competentes examinaba las pretensiones de aquel reino, y el origen, causa y motivo de sus fueros». (1)

La rivalidad y la discordia eran durante los siglos pasados el estado normal de las relaciones dentro de una misma región, entre pueblos limítrofes y aun entre distintas parcialidades de cada villa ó ciudad, y quizás por efecto del vigoroso individualismo de la raza eúskara, se mantuvo, á pesar de sus virtudes y cualidades, muy acentuada la tirantez ó la lucha entre las principales corporaciones vizcaínas. Terminadas las

---

(1) *Historia de la Legislación y recitaciones de Derecho civil de España*, por D. Amalio Marichalar y D. Cayetano Manrique. Navarra, sección IV, cap. III.



cruentas guerras de los banderizos que asolaron el país vasco en las últimas centurias medioevales y aun en el primer período de la Edad Moderna, comenzó otra contienda muy viva, aunque de carácter más pacífico, entre las villas y la tierra llana.

Fundóse Bilbao por D. Diego López de Haro con una Constitución municipal amplia y expansiva, que la convirtió rápidamente en centro populoso y mercantil, y mal avenidos los propietarios territoriales con la prosperidad creciente de la villa enclavada en la región marítima del Nervión, y muy celosos de sus viejas franquezas, inclinaron al Señorío á disputarle la mayor parte del término jurisdiccional, logrando, como fallo de pleitos seculares, dejar constreñido á Bilbao dentro de un perímetro extremadamente mezquino é insuficiente para su futuro desarrollo.

En este antagonismo crónico entre la villa murada, asiento natural de las artes y oficios, de la industria y del comercio, y por otro lado del régimen solariego y semi-feudal del infanzonado, sirvió á la primera de poderoso auxiliar la *Casa de Contratación ó Consulado de Bilbao*, creado por los Reyes Católicos, institución célebre que con sus fecundas iniciativas aplicadas á las obras de mejora de la ría y á la redacción de las famosas Ordenanzas mercantiles, echó los cimientos de la futura prosperidad de la capital vizcaína. En pugna con su desenvolvimiento se creó en Miravalles, ó sea en la orilla del mismo Nervión, otra villa rival; se limitó la representación de Bilbao en el Congreso foral al nivel de las aldeas más pobres, extremando en ocasiones el rigor, hasta privarla de asiento en las Juntas generales; la rivalidad con la tierra llana se manifestó en varias asonadas populares, pero á consecuencia de los cuantiosos gastos originados por la guerra contra la República francesa, estalló un conflicto de extremada gravedad, como epílogo de tan antiguas disensiones.

A los sacrificios enormes hechos por Vizcaya durante la invasión de Moncey, vino á unirse un pedido extraordinario



de 3,48 millones de reales, como parte alícuota reclamada al Señorío en el repartimiento de 300 millones de contribución extraordinaria echada á todo el Reino, y al crearse algunos nuevos impuestos para cubrir las deudas contraídas, surgieron grandes desabrimientos entre las corporaciones vizcaínas.

Para formar juicio en este linaje de asuntos, conviene oír á ambas partes, siendo el documento más notable de los cargos dirigidos al Concejo y al Consulado de Bilbao, el discurso exposición leído por el gran agitador y alma de aquel movimiento, D. Simón Bernardo de Zamácola, en la Junta de Guernica, celebrada en Julio de 1804 (1).

Pintó la apurada situación del Señorío, pobre de recursos, con la propiedad territorial recargada de tributos, consumida por la guerra hasta la plata de las iglesias, acosado de deudas contraídas con la Corona y los particulares, é imposibilitado de cumplir sus obligaciones mientras «Bilbao, rico *por su comercio exclusivo contra toda justicia*, aumentaba cada día sus recursos y agotaba las fuentes de la prosperidad del país; porque no sólo impedía que éste buscara el socorro para sus urgencias en una ú otra imposición sobre los objetos mercantiles, sino que aún dificultaba la recaudación de otras imposiciones territoriales ó personales. Varios amantes de nuestra patria iban descubriendo estos males y oponiendo algunos diques á su continuación y progreso, pero un acaso proporcionó el medio y *la ocasión fatal para Bilbao, y otro tanto dichosa para el país entero.*»

Aludía á los conflictos derivados del cupo pedido por el Gobierno en la mencionada contribución. La Junta de Merindades proyectó el establecimiento de varios arbitrios, obteniendo la Real aprobación, pero la Villa de Bilbao y el Consulado se opusieron á la cobranza de algunos impuestos. Reclamaron contra el gravamen de 6 por 100 sobre las utilidades de los

---

(1) *La cuestión del Puerto de la Paz y la Zamacolada*, por D. Camilo Villavaso.—Apéndice V.



comerciantes, prefiriendo, por razones de diversa índole y principalmente por guardar la debida reserva en las operaciones mercantiles, el encabezamiento en una cantidad alzada. También impugnó el Señorío con viveza los derechos cobrados por el Consulado, sobre todos los géneros que entraban por la barra de Portugalete, y el peaje impuesto por el Concejo de Bilbao con Real autorización, á todos los carros y caballerías que transitaban por la Villa, para resarcirse de los daños y perjuicios sufridos en la inundación de 1801.

## II

## EL CONFLICTO DE LA ZAMACOLADA

Consideró la Diputación oportuno el momento *para sacudir el yugo insoportable*, iniciando al efecto el proyecto de fundar á expensas del Señorío, en término de Abando y contigua á Bilbao, otra población dotada de un puerto grandioso, erigido con el propósito de absorber el tráfico comercial de la comarca.

Esta fué la señal de una guerra á muerte entre las Comunidades vizcaínas, y de un pugilato vergonzoso para alcanzar los favores de Godoy, es decir, del mayor enemigo de los fueros vascongados. Zamácola regalaba un millón de reales para las bodas del Príncipe de Asturias, haciendo otros gastos considerables á cuenta del país, y llevaba el servilismo hasta conseguir que por Real orden se bautizase con el título de *Puerto de la Paz* el nuevo fondeadero, y con los nombres del *Rey, la Reina y el Príncipe*, las plazas principales marcadas en el grandioso plano de la futura población, y á su vez la Villa de Bilbao, lanzada á la porfiada competencia, nombraba su Alcalde al Valido y ofrecía dos millones de reales por la anexión de una parte de los terrenos de la Ante-



iglesia de Abando, á fin de hacer abortar el maquiavélico plan forjado por sus enemigos.

No somos partidarios de los monopolios, y si se hubiera tratado de fomentar el tráfico mercantil de Bermeo, de Lequeitio, la ría de Guernica ú otros puertos del litoral vizcaíno, hubiera merecido aplausos el proyecto; pero resultó vituperable la gestión del escribano de Dima en la forma agresiva planteada, siendo impolítico el empleo de todos los recursos y de las fuerzas del Señorío en la anulación de Bilbao y de su célebre Consulado. Es posible que no careciesen de algún fundamento ciertos cargos dirigidos á la Junta de propietarios y á los comerciantes de la Villa, de egoísmo y tacañería en el pago de tributos, y esto hubiese autorizado las reclamaciones oportunas ante el Poder Real para conseguir la equidad debida en los repartimientos, pero nunca se debieron gastar las energías de Vizcaya, tan necesitada de la unión de sus hijos, en esta empresa desacertada y poco viable.

Es preciso desconocer la condición humana para suponer que los grandes intereses acumulados en Bilbao se habían de resignar á sucumbir sin extremar la defensa. Zamácola llegó al apogeo de la gloria en la Junta memorable de Guernica con su notable discurso; pero las complacencias con Godoy le impulsaron no sólo á hacer el espléndido donativo mencionado, que originó bastantes censuras, sino á proponer el plan de milicias locales con carácter permanente, harto parecido al servicio militar, siempre repugnado en el país vascongado.

Había á la sazón gran disgusto en Vizcaya por la insistencia con que el Gobierno de Carlos IV exigía la contribución extraordinaria, de la que los vascongados se consideraban exentos, y la implantación de los duros procedimientos de la ley de Vagos contribuían también á excitar la indignación popular, «creyendo descubrir en el plan militar que hizo votar Zamácola una especie de servil y vergonzoso pacto con la Corona para desatender y en cierto modo traicionar los intereses del país, explicándose, por tanto, que estallase la bomba.



Diéronse al olvido los servicios pasados, y enfriándose las alegrías recientes, se trocaron violentamente en antipatía y aversión los sentimientos de gratitud inspirados por el autor del plan» (1).

Empezó á manifestarse en Begoña el descontento popular contra los apoderados de las Juntas que aprobaron tan vidriosa novedad; cundió la agitación á Abando—en donde detuvieron las turbas al Corregidor y á los Diputados—y á otros pueblos de Vizcaya, logrando los alborotados la convocatoria de nuevas Juntas para revocar los acuerdos tomados anteriormente, pero no alcanzaron los sucesos de la *Zamacolada* tanto desbordamiento de las pasiones, ni dieron ocasión á los crímenes y venganzas de otras asonadas anteriores, gracias á la intervención eficaz de patricios tan altos como el Teniente General D. José D. Mazarredo y el ex-Ministro D. Mariano Luis de Urquijo. Aparece en la obra del Sr. Villavaso la ingenua y leal vindicación escrita por el Padre de Provincia D. José María Murga, testigo presencial de aquellos acaecimientos, trazada con elegante estilo y espontaneidad: documento que arroja mucha luz para conocer la historia de la algarada de 1804.

No guardaron proporción los tumultos del mes de Agosto con el aparato de fuerza desplegado por el Príncipe de la Paz para reprimir el desorden. Llegó á Bilbao el Brigadier San Juan con un Cuerpo de tropas y el Juez Comisionado regio don Francisco Durán, quien procesó á grandísimo número de personas de todas clases y condiciones, figurando á la cabeza las principales de Bilbao. Se les condenó con extremado rigor y suspicacia á fuertes penas pecuniarias ó corporales, y tanto á la Villa como á las anteiglesias que dieron algún contingente á la alteración se les impuso elevadas multas, amén de la costosísima carga de sostener el Ejército durante varios años. Tanto en la correspondencia oficial como en la dureza de los

---

(1) Villavaso: *La Zamacolada*, V.



castigos se comprobó la doblez y la inquina del Príncipe de la Paz contra la más importante de las poblaciones vizcaínas.

Juzgando el Sr. Villavaso con calma y frialdad el proyecto patrocinado por Zamácola, Ibáñez de la Rentería, Aranguren y algunos otros vizcaínos que no eran hombres vulgares ni adocenados, opina «que sería injusto y contrario á la verdad negar ahora que el plan del nuevo puerto fué original, atrevido, importante y con elementos serios de realización».

La intervención que como Ingeniero y Alcalde de Bilbao nos ha correspondido tanto en el proyecto de Ensanche, como en su planteamiento en la misma vega de Abando, en donde intentaron levantar una nueva población en el comienzo de la actual centuria, nos induce á juzgar como fantástica é irrealizable la idea patrocinada por Zamácola, aun reduciéndola á más modestas proporciones. Ha contado el novísimo barrio con las inmensas ventajas del progreso realizado en noventa años, en el vecindario, la riqueza, los medios de transporte, la industria y el comercio, y no obstante, se ha resentido la urbanización de los terrenos anexionados á Bilbao de ciertas rencillas y resistencias locales, y calcúlese lo que hubiera sucedido entonces. En pugna completa con la Villa y el Consulado, con las Ordenanzas draconianas aprobadas para la edificación, los obstáculos de las leyes forales para la inmigración de gentes extrañas, y sin capitales ni espíritu mercantil en los promovedores de tan magna empresa, ¿cómo era posible improvisar, aun con el concurso del Señorío, aquella vasta ciudad compuesta de una red extensa de canales, de muelles, plazas, alamedas y calles, ni levantar las manzanas de casas del magno proyecto?

Derrocado el antiguo régimen con la Constitución de Cádiz, recuperó la anteiglesia de Abando la plenitud de su autonomía municipal; desapareció en 1848 el odiado Consulado, y á pesar de la supresión de los privilegios mercantiles que antes molestaban á las anteiglesias vecinas á Bilbao, no realizaron éstas ninguna clase de obras para fomentar el tráfico



marítimo hasta la anexión á Bilbao, realizada en 1870. En resumen: el espíritu de discordia fomentado por algunos vizcaínos trajo grandes males sobre el país, y el disgusto que la asonada produjo al Príncipe de la Paz debió contribuir á exacerbar sus tendencias contrarias al régimen foral. D. Fidel de Sagarminaga coincidió con este juicio, calificando de *Delenda* el decreto dictado por las Juntas contra la Villa. «Por él se sacaron las diferencias entre las Corporaciones del recto camino de la defensa contra pretensiones que pudieron ser exorbitantes, para convertirlos en guerra implacable y casi de exterminio, á riesgo de dejar los destinos de Vizcaya á merced de los que habrían de aprovecharse de nuestras discordias para destruir los fundamentos de la constitución del país.» (1)

El Gobierno patrocinaba la publicación de las *Noticias históricas*, de Llorente y, al efecto, ordenó en 1805 que se franqueasen los archivos del Señorío al Alcalde mayor, y en 1807 comisionó al Consejo de Castilla para «que examine los Fueros y privilegios de Vizcaya y exponga si conviene confirmarlos *si fueren efectivos* y no ofendiesen á la Majestad, ó derogarlos si resultasen ficticios ó perjudiciales. También su real ánimo está enterado por lo que se ha escrito últimamente, que semejantes fueros ó no han existido ó no son de la calidad que quieren sus naturales».

A consecuencia de los deplorables sucesos de la *Zamacolada* se barrenó el régimen foral con el nombramiento de un Comandante militar que asumía las funciones de Presidente de la Diputación, Gobernador político y Alcalde de la Villa de Bilbao, estableciéndose, además, la Capitanía de puerto contra lo dispuesto en el Fuero de que no habría en Vizcaya Almirante ni oficial suyo; pero proclamado Fernando VII á consecuencia del motín de Aranjuez, acudió á presentarle sus homenajes en Vitoria la Diputación, en Junio de 1808,

---

(1) *Régimen foral*: tomo VI, capítulo II.



y consiguió del Rey la confirmación de los Fueros y que derogase las novedades introducidas por Godoy, restableciendo las cosas en el estado en que se encontraban antes de aquellos disturbios.

### III

#### GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

No pudieron ser más bochornosos los preludios de aquella explosión del entusiasmo nacional, cuyas energías se manifestaron en la gloriosa *Iliada Española*. La traidora entrega de las plazas fuertes de Cataluña, Navarra y las Provincias Vascongadas á las tropas de Napoleón; el motín de Aranjuez, la abdicación de Carlos IV, que dejó la Corona española y sus derechos al arbitrio del Emperador, puesta en vigor por el Consejo Real y por las Chancillerías, las autoridades civiles y militares del Reino; el viaje de Fernando VII al encuentro de Napoleón y su marcha á Francia; la constitución en Madrid de la Suprema Junta de Gobierno, presidida por el Infante D. Antonio, reconociendo como Lugarteniente general al Gran Duque de Berg, y la convocatoria por ambos de un Congreso en Bayona, compuesto del clero, la nobleza y el estado general para tratar de la felicidad de España, parecen sucesos inverosímiles y novelescos.

Apenas se concibe que una nación tan altiva y guerrera como España se humillase de tal modo sin protesta ni resistencia, hecho inaudito que sólo puede atribuirse al aturdimiento é incapacidad de las personas encargadas á la sazón de dirigir la nave del Estado. Y produjo tal desmayo la orfandad de España que, descorazonados no pocos buenos patriotas con la vergonzosa fuga de la Familia Real, abrazaron la causa del invasor, convirtiéndose en *afrancesados*, y así se tradujo en



desdichada guerra civil lo que sólo debió revestir el carácter de repulsión unánime contra el extranjero.

Todas las provincias de España enviaron sus Diputados á la Asamblea, incluso el Señorío de Vizcaya, en donde el descontento contra Godoy y Caballero fué grande en las postrimerías del reinado de Carlos IV, pero nada influyó esta circunstancia en favor de los franceses, puesto que se manifestó bien pronto la opinión contraria, constituyéndose en Bilbao, el 6 de Agosto de 1808, una Junta gubernativa formada por los Diputados forales, el Alcalde, los regidores, presbíteros y otras personas principales. Se pronunció por Fernando VII y designó sin tardanza, como delegación suya, la Junta de guerra, presidida por el Mariscal de campo Zarauz, y compuesta del Comandante de Marina y varios oficiales del Ejército y de la Armada, la cual prestó juramento *con vestido de ceremonia*, ocupándose en la organización de dos batallones.

No se hizo esperar la llegada de las tropas francesas, que penetraron en Bilbao después de un sangriento combate, entregándose durante algunas horas al pillaje, al saqueo y á las más cruentas violencias. Sucumbieron en la lucha muchos patriotas exaltados ó pundonorosos en extremo, pagando con la vida el intento temerario de defender la plaza, entre otros, D. Luis Power, oficial de artillería, á quien se llamó el Daoiz de Vizcaya por su heroico comportamiento.

El Capitán general D. José Mazarredo abrazó el partido de Napoleón, y habiéndole encomendado el Ministro O'Farril, en nombre del Rey José, la convocatoria y presidencia de las Juntas, se trasladó á Bilbao, en donde las congregó al amparo de las bayonetas francesas; anatematizó en el discurso inaugural «la insurrección, movida por unas cuantas malas cabezas sin honor, que arrastraron á la hez del pueblo para constituir la anarquía. No hay que vacilar: el Emperador no cejará en la determinación de que su augusto hermano José se sienta en el trono de España. Ejércitos formidables están ya muy cerca para llevar de un cabo á otro la empresa. Y si



la desgracia hiciese que se extremase la resistencia, todo el territorio comprendido desde la frontera hasta Santoña y la línea del Ebro, formaría parte integrante de Francia. Esperamos que no suceda así, sino que España en su integridad, y tal vez con creces, goce del dulce gobierno de un Rey padre, laborioso, sabio, prudente y justo como José Napoleón.»

Notóse en la Junta la ausencia de varios apoderados, á quienes impuso Mazarredo fuertes multas, y aun cuando los congregados dieron muestra de forzada docilidad, no consiguió con toda su elocuencia y prestigio cambiar los rumbos del sentimiento público, que correspondía al de las otras regiones del Reino, esperando los vascongados el remedio de los males del país de un Gobierno nacional, y no del Rey intruso. Vivió la Diputación de Vizcaya agobiada por las atenciones militares y en una situación difícil, por la proximidad á Francia y su repugnancia en secundar los planes de los afrancesados, quedando disuelta, así como las de Guipúzcoa y Alava, en Marzo de 1810, y reemplazadas por los Consejos provinciales.

El General Porlier envió en la primavera de 1811 un emisario á Vizcaya, con el encargo de explorar la actitud de los Diputados forales depuestos, que respondieron al patriótico llamamiento en cuanto fué posible organizar la lucha, y en el año inmediato se constituyó la Diputación interina, preparándose tres batallones de á 1200 plazas y un escuadrón de caballería, que mandaba Renovales. Presidió el General Mendizábal las Juntas que se celebraron en Bilbao, en las que resignó sus poderes la Comunidad del Señorío, procediéndose al nombramiento del nuevo Gobierno vizcaíno, que hubo de instalarse en Orduña como punto adecuado para proseguir la campaña y burlar la persecución de los invasores. Los Diputados forales designados por aclamación fueron los Generales Castaños y Mendizábal, probándose así la íntima unión entre el sentimiento del país vascongado y los guerreros de la Independencia.



El comportamiento de las tres Provincias y Navarra fué ejemplar en aquella epopeya. Por dos veces cortó el pueblo en Vitoria los tirantes del coche que en 1808 conducía al Rey cautivo á Francia, y en aquella lucha gigantesca, mantenida con indomable energía, las proezas de Mina, Manso, Jáuregui *el Pastor*, Renovales, Longa, Echévani, Aristegui, etc., como activos auxiliares de los Generales Porlier y Mendizábal, abatiéron en numerosos encuentros las águilas imperiales. La lucha sin tregua ni descanso de los célebres guerrilleros, sus frecuentes sorpresas y las duras refriegas sostenidas con indómita perseverancia contra los enemigos de la Patria española, contribuyeron muy eficazmente al éxito alcanzado, y así lo reconoció D. Antonio Cánovas del Castillo en el célebre prólogo de *Los Vascongados*, al consignar «que la campaña de 1813 se sostuvo, principalmente, por los voluntarios eúskaros, quienes demostraron su valor en Munguía, Ampuero y Castro.»

Condujéronse también los catalanes como buenos españoles, é irritados contra los franceses desde su traidora ocupación de las plazas fuertes, comenzaron la campaña el somatén de Sampedor y los tiradores de Sallent, derrotando en los desfiladeros del Bruch á las tropas del General Schwartz, victoria que enardeció la fogosidad del paisanaje, lanzándole á la lucha formidable por la Independencia. Napoleón I promulgó en 1810 un decreto segregando Cataluña de la Corona de su hermano José para incorporarla al Imperio francés; pero fué vano el intento, por hallarse definitivamente borrada en el Principado aquella inclinación.

Los hombres de Estado ingleses nos hicieron más justicia que sus escritores militares. Decía lord Caning en 1810 que no dominaba el Ejército francés más que las fortalezas y cantones, por no encontrar sino obstinado descontento, venganza premeditada, resistencia indomable y odio á muerte; «si España padece, en cambio cuesta á Francia esta guerra más que las sostenidas contra todo el resto de Europa», y Sheridan, jefe de la oposición, replicaba: «Bonaparte ha recorrido hasta



ahora un camino triunfal, porque ha tenido que habérselas con Príncipes y Gobiernos sin dignidad, y países en que el pueblo no se interesaba por el triunfo de la patria; ahora aprenderá lo que es una nación animada del espíritu de resistencia.»

Olvidando estos y otros muchos elogios de los publicistas coetáneos, se ha procurado desvirtuar los heroicos servicios prestados por España para abatir al Capitán del siglo; pero, por fortuna, el General Gómez de Arteche va terminando su magnífica obra intitulada *Guerra de la Independencia; Historia militar de España de 1808 á 1814*. Ha llenado con esta obra un vacío notorio al contestar punto por punto á los escritores extranjeros, tan desprovistos de caridad hacia los españoles, como pródigos de alabanzas para los suyos. D. E. Fernández San Román escribió en su notable prólogo: «Nuestros enemigos los franceses, á pesar de su arrogancia y de tratarnos con dureza, alguna vez lo hacen con respeto, y nunca mezclan el insulto y menosprecio á sus inexactitudes; nuestros amigos y aliados, los fríos ingleses, al consignar los más graves errores, nos niegan el sacrificio, nos disputan el triunfo sin ellos, y nos abruman con sus ofensas, con su petulante desdén y con sus agravios. Es llegado el tiempo de deshacer los errores y las acusaciones que dejó caer en sus despachos lord Wellington y lo que Napier escribió con mano harto ligera, y afirmó con el mayor énfasis y aplomo.»

¡Bien venida sea esta obra de reivindicación de nuestras legítimas glorias, reconocidas por Napoleón! Porque en el torcido empeño de los españoles de denigrar todo lo propio y de repetir como papagayos lo que aprenden de nuestras cosas en libros exóticos debidos á autores ensoberbecidos con prosperidades que, según la ley de la Historia, no han de ser eternas, estamos muy necesitados los españoles de escritores que den una dirección sana al sentimiento nacional, vigorizando la fe en los futuros destinos de la Patria.



## IV

## INFLUENCIA DE LA CONSTITUCIÓN DE CÁDIZ EN EL RÉGIMEN FORAL

En medio del estruendo de la lucha sublime mantenida con gran unidad de miras por las diversas regiones españolas contra las legiones del invasor, el insigne Jovellanos alzó su voz elocuente reclamando para la Nación abandonada por el Rey el derecho de proceder á salvarla. Triunfó su gran prestigio de todas las resistencias, y la Junta Central dictó en Mayo de 1809 un decreto prometiendo el restablecimiento de la representación legal de la Monarquía en sus antiguas Cortes. Consagró al mismo fin su eficaz propaganda el erudito escritor D. Antonio Capmany y Montpalau.

Reunidas las Cortes de Cádiz, la Comisión encargada de formular el proyecto de *Constitución política de la Monarquía española* lo presentó precedido de un notable y erudito discurso preliminar: consignaba que nada tenía su obra que no se encontrase del modo más auténtico en la legislación de los diversos reinos, consistiendo únicamente la novedad en el método adoptado para distribuir, ordenar y clasificar las materias, á fin de constituir un sistema fundamental provisto del debido enlace entre las antiguas leyes de España. Lo dispuesto en las de Aragón, de Navarra y Castilla en lo concerniente á la libertad é independencia de la Nación, á los fueros y obligaciones de los ciudadanos, á la dignidad y autoridad del Rey y de los tribunales, al establecimiento y uso de la fuerza armada y al gobierno de las provincias, se ordenaba conforme á los progresos alcanzados en Europa en estas materias.

La Comisión recordaba con dolor el velo que había cubierto en los últimos reinados la importante historia de nuestras



Cortes, las dificultades con que se tropezaba para adquirir sus actas «y el ahinco con que se prohibía cualquier escrito que recordase á la Nación sus antiguos fueros y libertades, hasta el punto de mirar con ceño y desconfianza á los que se manifestaban adictos á las antiguas de Aragón y de Castilla. Aunque la lectura de los historiadores aragoneses, que tanto aventajan á los de Castilla, nada deja que desear al que quiere instruirse de la admirable Constitución de aquel Reino, todavía las actas de Cortes de ambas Coronas ofrecen á los españoles ejemplos vivos de que nuestros mayores tenían grandeza y elevación en sus miras, firmeza y dignidad en sus conferencias y reuniones, espíritu de verdadera libertad é independencia, amor al orden y á la justicia».

Ensalzaba la Constitución de Navarra que, como viva y en ejercicio, no podía menos de llamar la atención del Congreso, por ofrecer su observancia un testimonio irrefragable en una de las más felices y envidiables provincias del Reino, en donde la voluntad del Gobierno hallaba un antemural inexpugnable en que iban á estrellarse sus órdenes y providencias cuando eran contrarias á la ley. En la fecha del dictamen—Diciembre de 1811—el Reino solía reunir las Cortes que, habiendo sido anuales como en Aragón en otras épocas, se celebraban entonces una vez en cada trienio, quedando encargada la Diputación en el intermedio de las legislaturas de ejercer la autoridad y ordenar la administración.

«Deliberan sin la asistencia del Virrey, y si convienen en el proyecto que se llama en Navarra *pedimento de ley*, pasa al Rey, que lo aprueba ó desecha. Aún en este caso pueden hacer *réplica* hasta llegar á un acuerdo, y de lo contrario, el Monarca resiste la promulgación. La *ley del servicio* ha de pasar por los mismos trámites, y ningún impuesto creado para todo el Reino de España tiene validez en Navarra hasta obtener la sanción de sus Cortes propias, que para conservar su autoridad absoluta llaman á cualquier contribución *donativo voluntario*. Las cédulas, pragmáticas, etc., no pueden ponerse en eje-



cución hasta conseguir de las Cortes ó de la Diputación el permiso ó *sobrecarta*. Este Cuerpo tiene extensas atribuciones tanto en el orden económico como en el político; la autoridad judicial es independiente del Gobierno, y en el Consejo de Navarra finalizan todas las causas, así civiles como criminales, sin que vayan las apelaciones á los Tribunales Supremos de la Corte, ni aun con el recurso de *injusticia notoria*. Gozan igualmente las Provincias Vascongadas de infinitos fueros y libertades que por tan conocidos no necesitan mención especial.

»Los españoles, que fueron libres antes de la reunión de Aragón y de Castilla, perdieron después la libertad, y el yugo se fué agravando de tal modo, que, últimamente, habíamos perdido—doloroso es confesarlo—hasta la idea de nuestra dignidad, si se exceptúan las felices Provincias Vascongadas y el reino de Navarra, que presentando á cada paso en sus venerables fueros una terrible protesta y reclamación contra las usurpaciones del Gobierno, y una reconvención irresistible al resto de España por su deshonoroso sufrimiento, excitaba de continuo los temores de la Corte, que acaso se hubiera arrojado á dar el mortal golpe que amagó más de una vez á su libertad en los últimos años del anterior reinado, á no haber sobrevenido la revolución. Convencida, por tanto, del objeto de su grave encargo, procuró penetrarse profundamente, no del tenor de las citadas leyes, sino de su índole y espíritu; no de las que últimamente *habían igualado á casi todas en el yugo y la degradación, sino de las que todavía quedaban vivas en algunas de ellas*, y las que habían protegido en tiempos más felices la religión, la libertad, la felicidad y bienestar de los españoles; extrayendo, por decirlo así, los principios inmutables de su doctrina y sana política, ordenó su proyecto nacional y antiguo en la substancia, nuevo solamente en el orden y método de su distribución.»

Se promulgó el Código fundamental en 18 de Marzo de 1812 por la Regencia del reino, encabezándole en nombre de la Santísima Trinidad, y en su corto preámbulo repetía lo más



esencial de las consideraciones anteriores como base de la Constitución del Estado, dictada para promover la prosperidad y el bien de España. Pero surgió en su discusión la pugna entre las dos tendencias: la federativa, patrocinada por el primer Presidente de la Cámara, el catalán D. Ramón Lázaro Dou y D. Gaspar Jovellanos, que tendía á inspirar el renacimiento de la Patria en cuanto había de bueno y fecundo en la vida tradicional de sus regiones, y la unitaria, mantenida por los progresistas imbuídos en la enciclopedia francesa y más propensos á novedades. En este choque de ideas y sentimientos contrarios, prevaleció el prurito de imitación á nuestros vecinos, triunfando la tendencia niveladora, según Coroleu y Pellá, *por las intrigas de los Diputados americanos, cuya presencia fué fatal para España en las Cortes de Cádiz.*

Analizando el articulado de la Constitución, se observan las innovaciones siguientes: Se consignó la apremiante necesidad de modificar la división del territorio, adoptando el vecindario como base del sistema electoral; se reformó el procedimiento para nombrar los Concejales; admitióse en principio la unificación del Código civil y criminal en toda la Monarquía, pero con esta importante salvedad: «sin perjuicio de las variaciones que por particulares circunstancias podrán hacer las Cortes.» Todas las causas debían fenecer en las respectivas Audiencias, pero se estableció el recurso de nulidad ante el Tribunal Supremo de Justicia para el efecto de reponer los procesos y hacer efectiva la responsabilidad.

Decían aquellos legisladores que el régimen económico y administrativo de las provincias debía encomenderse á Corporaciones interesadas en la mejora y adelantamiento de los pueblos, constituyéndolas periódicamente por un sistema de libre elección. Con tal objeto creó el Código fundamental las Diputaciones provinciales, ó sea una institución algo parecida á las que con anterioridad regían en las Provincias Vascongadas y Navarra, y aún en Cataluña aunque con menos atribuciones. La Constitución de 1812 organizó aquellos Cuerpos



con el Jefe político, el Intendente y siete diputados designados por los electores, dictándose al efecto la Ley-instrucción en 23 de Julio de 1813.

En tiempo de Carlos III se deslindaron las facultades de las autoridades de las provincias, encomendando á los Intendentes el gobierno económico y á los Corregidores las funciones de policía y de la administración de justicia, estas últimas bajo las órdenes de las Audiencias. Así continuaron hasta la Constitución de Cádiz que, al consignar el principio de la división de poderes, separó las de orden judicial de las políticas y administrativas, creando en cada población un Jefe superior, que se llamó político hasta 1833, en que tomaron el nombre de Subdelegado de Fomento, cambiándose por el de Gobernador civil en el año siguiente. Estableció también el Código de 1812 la obligación de todos los españoles de pagar las contribuciones con arreglo á sus medios, *sin excepción ni privilegio alguno*, y el deber de acudir al servicio militar cuando lo dispusiese la ley. Por último, ordenó la traslación de todas las Aduanas del Reino á las costas y fronteras, aunque aplazando el planteamiento de esta medida hasta que las Cortes lo determinasen.

Del examen de cuanto antecede se deduce, que á pesar de las pomposas alabanzas prodigadas en el discurso preliminar al régimen privativo de las Provincias Vasco-Navarras, predominó en el texto de la Constitución el espíritu unitario, consignándose, empero, como atenuante en el camino nivelador, la salvedad de la legislación civil y criminal, pero no se determinó la posibilidad de adoptar temperamentos especiales para los países regidos con arreglo á sus antiguos fueros, cuando estaba aún tan reciente el Código fundamental votado en Bayona, en cuyo artículo 144 se admitió taxativamente la facultad de establecer organismos diferentes para la administración de determinadas comarcas del Reino.

Don A. de Artiñano, diligente publicisca vizcaíno y poco afecto al nuevo régimen, consiguió con gran imparcialidad



que al hacer caso omiso del sistema excepcional de las Provincias Vascongadas lo hicieran aquellos legisladores sin sospechar siquiera que vulneraban un derecho respetable. «No culpamos á las Cortes de Cádiz por esta omisión; quizás no hubiera en ellas quien levantara su voz para recordar los derechos de los vascongados; acaso al penetrar por vez primera en el magnífico edificio de la libertad les deslumbrase su magnificencia» (1). A nuestro entender debió contribuir al contraste que se nota entre la salvedad del Código de Bayona y la omisión de Cádiz, la influencia decisiva de Urquijo como Ministro del Rey José, y la menor significación de los diputados vascongados enviados á Cádiz, porque aun en tiempos posteriores se vencieron varios escollos del régimen foral cuando brillaron en las esferas oficiales otros eúskaros de nota.

Al darse lectura en la Junta celebrada en Bilbao, bajo la presidencia del General Mendizábal, á la Constitución de 1812, hubo de reconocerse la íntima conexión de sus principios generadores con los que había inspirado el sistema secular del Gobierno de Vizcaya, y se acordó «tributarle el homenaje de obediencia y respeto»; mas á pesar de lo crítico de las circunstancias, surgió la alarma de si eran ó no conciliables los Fueros y aquel Código, resolviendo la Asamblea enviar á dos Padres de Provincia en nombre del Señorío, á fin de pedir á la Regencia ó á las Cortes soberanas las aclaraciones precisas.

La exaltación de los sentimientos patrióticos ocultó en un principio la incompatibilidad entre el texto de la Constitución y el régimen vizcaíno, lo cual se comprobó al procederse en 1813 al nombramiento de la *Diputación provincial* que sucedió tranquila y pacíficamente en sus funciones á la Diputación general del Señorío.

---

(1) *Biografía de D. Pedro Noria de Salcedo*, II.



## V

## TENDENCIAS NIVELADORAS DEL TIEMPO DE FERNANDO VII

En cuanto desembarcó el Rey *Deseado* en Valencia, se apresuró por decreto de 4 de Mayo de 1814 á derogar la Constitución, volviendo las cosas al estado antiguo, y al cesar la Diputación provincial de Vizcaya le sustituyó en aquella especie de turno pacífico su predecesora la Comunidad foral, reproduciéndose, como en todos los casos análogos, las demostraciones de regocijo por tales mudanzas.

No por esto cejaron — según observa Sagarminaga — «los peligros que amenazaban á los Fueros; el espíritu de Llorente revivió muy pronto en los Reales Consejos; los primeros años del reinado de Fernando VII no fueron sino la continuación de los últimos de Carlos IV en cuanto á la prevención con que se miraban en la Corte las libertades vascongadas.» (1)

En efecto, en 6 de Noviembre de 1815 se nombró una *Junta de reforma de Abusos de la Real Hacienda en las Provincias Vascongadas*, que presentó su trabajo cuatro años después en forma de estudio histórico-jurídico, «negando la independencia de la tierra eúskara y descargando en nombre de la autoridad Real y del Estado rudos golpes sobre los privilegios y exenciones cuya abolición se preparaba, sin duda alguna, con voluntad firme y resuelta.» (2)

Decía al Rey la referida Junta en su informe de 12 de Abril de 1819: «Es bien sabida la adoración que tributan á sus Fue-

---

(1) Tomo VII, Capítulo I.

(2) *La abolición de los fueros vasco-navarros*, por D. Francisco Calatrava. *Discurso preliminar*, por D. Manuel Ortiz de Pinedo.

E. M.—Setiembre 1897.



ros y privilegios, y que van ya corridos muchos siglos en que la autoridad soberana de S. M. experimenta allí continuos desaires, igualmente que los tribunales supremos del Reino. La Diputación de cada una de estas Provincias parece se ha establecido con el objeto de oponerse á las medidas del Gobierno. Nada hay allí de común con el resto de España; las leyes distintas, el comercio del todo franco, las contribuciones casi ningunas, las Aduanas infructuosas, los resguardos oprimidos en sus funciones, muy costosos y cuasi inútiles, la hidalguía se ha hecho universal; la Península parece que está abierta á todos sus tráficos y negociaciones, y son sin duda las que logran las mayores ventajas en el continente, pues son exentas de las contribuciones de Castilla, y aun del catastro y equivalente de la Corona de Aragón, del servicio ordinario, de la contribución general ó de los derechos de las ventas provinciales, de los arbitrios del crédito público y de los empréstitos y donaciones que han sido tan frecuentes y cuantiosos desde la revolución de Francia; y aun en los diezmos, subsidio eclesiástico y gracias apostólicas con casi nada contribuyen al Estado, de quien reciben la protección; se han hecho libres de quintas, milicias, utensilios, cuarteles y bagajes, de matrículas y expediciones marítimas, y toda otra gabela ó servicio de guerra, y el Rey y la Nación entera defienden allí su territorio y sus costas de las intrusiones enemigas; este es el cuadro que presentan las Provincias en sí mismas; y S. M., conducido por los principios de justicia y de conveniencia pública, que no permiten una desigualdad tan perjudicial en un mismo Estado, se ha propuesto poner el conveniente remedio, y esta importante resolución ha tenido á bien se examine por la Junta que mandó crear con este único objeto.»

No vamos á analizar este documento, cuya inquina y pasión saltan á la vista, pues prescindiendo de las cuestiones de derecho, parece imposible el olvido completo de los grandísimos servicios prestados por las Provincias Vascongadas en hombres y dinero durante las invasiones francesas, logrando



siempre con sus esfuerzos, unidos á los de Navarra, salvar á Castilla de las depredaciones que trae consigo la guerra, y la ocupación del país por ejércitos extranjeros. Pero resalta claramente demostrado en cuanto antecede, el contraste manifiesto entre el respeto y las alabanzas, prodigados por los constitucionales de Cádiz á las instituciones vasco-navarras, á pesar de su tendencia niveladora, con la hostilidad y detracción de los Ministros del Rey absoluto, antes y después de la restauración de Fernando VII.

Dada esta tirantez de relaciones, no faltaron conflictos en aquel período por cuestiones tributarias y de diversa índole, é insistiendo siempre en el empeño antifuerista, se envió á Simancas y á otros archivos al presbítero D. Tomás González, para acopiar los materiales destinados á los seis tomos de su obra, titulada *Colección de Cédulas, Cartas-Patentes, Providencias, Reales órdenes y otros documentos concernientes á las Provincias Vascongadas, copiadas de orden de S. M.*», que se publicó en la imprenta Real de Madrid en 1829. Los dos primeros volúmenes se dedican al Condado y Señorío de Vizcaya; el tercero á Guipúzcoa, el cuarto á Alava y los tomos V y VI á la Corona de Castilla, con el propósito de demostrar la semejanza de los fueros y privilegios de las ciudades y villas enclavadas en aquella región con los de la tierra eúskara.

Varios publicistas vascongados demostraron la poca escrupulosidad del Maestre-escuela de la Catedral de Plasencia en el desempeño de su cometido. D. Mateo B. de Moraza consignó en su discurso del Congreso de 1876 «que cometió González infinidad de alteraciones y supresiones; sólo en el capitulado de Chinchilla existen 39 modificaciones fundamentales, y tiene supresiones de cláusulas hasta de tres líneas, y después, en la escritura de la voluntaria entrega de Alava existen alteraciones también esenciales, etc.»

Bastaba, por otra parte, la tranquila y secular posesión de las extensas libertades y franquicias vascas para demostrar



sus extraordinarias facultades en el orden político, no obstante lo cual, es preciso reconocer que hay, entre las Reales cédulas y providencias, bastantes que demuestran la ingerencia del Gobierno en la administración pública de las Provincias Vascongadas durante los siglos pasados. Los servicios corrían entonces en su mayor parte á cargo de los pueblos y no del común del Señorío, representado por la Diputación. En el infanzonado, ó sea el conjunto de las anteiglesias y Concejos que constituían el país rural, el Municipio era más autónomo é independiente, por ser su poder ingénito y originario; pero las villas, fundadas por el *Señor*, se subordinaban en su gobierno á las cláusulas señaladas en las cartá-pueblas ó privilegios, hallándose sujetas á una centralización absorbente. Necesitaban Real licencia para crear ó modificar los arbitrios ó sisas municipales, para fundar establecimientos de beneficencia y tomar dinero á censo con destino á la construcción de murallas, puentes, acueductos ó muelles, según se comprueba en los archivos de los pueblos, que se encontraba entonces bastante mermada la jurisdicción conocida en el Derecho moderno con el nombre de Administrativa.

Desde que Fernando VII derogó en 1814 la Constitución de la Monarquía, se entabló la lucha tremenda entre los partidarios del viejo régimen y de la libertad; y cuando éstos triunfaron en 1820, las Juntas de Vizcaya, animadas de un espíritu de acomodamiento, apropiado á la gravedad de las circunstancias, acordaron «que la Diputación exponga al Gobierno lo conducente á preparar las transacciones y medidas que fuesen necesarias, sin que en el ínterin se innove el sistema foral.» Y el Cuerpo del Señorío dejó su puesto—como en 1812—á la Diputación provincial, sin el menor asomo de protesta, aceptando esta el Código fundamental animada de un temperamento conciliador.

Los antagonismos y desavenencias, tan generalizados en los tiempos antiguos, se robustecieron en las Provincias Vascongadas, dividiéndose en dos bandos irreconciliables, cuando



restablecido en 1823 el absolutismo con el concurso de los 100.000 hijos de San Luis, se inició una era de crueles persecuciones en la que se excluía con tesón inquebrantable á los *impurificados* de toda clase de cargos y destinos públicos. No pareciendo á los *ultra-realistas* bastante reaccionario el Gobierno de Calomarde, surgió en Cataluña, en el año 1827, una insurrección formidable encaminada al restablecimiento de la Inquisición y de la integridad del viejo régimen, y aun cuando Launsagarreta secundó en Alava el movimiento sedicioso, no tuvo eco la rebelión en las Provincias Vascongadas; pero estaba sembrado el gérmen de la discordia, y como los liberales desvirtuaban su platónico entusiasmo por las instituciones eúskaras con el afán de simetría y uniformidad, y sus adversarios venían preparando desde el tiempo de Godoy la derogación de los fueros aún vigentes en España, hallábanse éstos cada vez más amenazados al acercarse la guerra civil de los siete años.

En la Real orden suscrita en 13 de Setiembre de 1825 por D. Francisco Tadeo Calomarde, se mandó en términos secos y apremiantes que las tres Diputaciones nombrasen comisionados para trasladarse inmediatamente á la Corte, á fin de conferenciar con el Consejo de Ministros acerca «de diferentes asuntos interesantes á su Real servicio.» Seis meses permanecieron en Madrid el Sr. Novia de Salcedo, persona muy competente en materia foral, y sus compañeros, defendiendo con tesón los derechos del país vascongado. Las medidas niveladoras que entonces se proyectaban, consistían en la reforma del antiguo sistema electoral para la renovación de los Ayuntamientos, en una contribución cuantiosa, el planteamiento del servicio militar y la legislación del ramo de minas de 1825. Siete millones de reales tuvo que entregar el Señorío de Vizcaya, *sin dilaciones ni apariencias de excusa*; consiguió algún atenuante en punto al sistema electoral, y algunas concesiones respecto de la forma en el reemplazo del Ejército.

Las libertades vascongadas atravesaron recios tempora-



les durante el reinado de Fernando VII, tanto en el breve período del mando del partido constitucional, por efecto de sus tendencias unitarias, después de todo bastante platónicas é inofensivas, como por los repetidos golpes asestados al régimen foral vasco-navarro en los agitados tiempos de los realistas; quiere decir que las doctrinas del Gobierno absoluto, arraigadas en España desde la casa de Austria, y los principios modernos importados en España por los enciclopedistas, vinieron por distintos caminos á coincidir en su enemiga contra el *particularismo* de las regiones no niveladas. Los choques se sucedían con frecuencia: en 1824 por el pedido á las tres provincias de un donativo temporal de tres millones de reales anuales; en 1829, al promulgarse el Código de Comercio que establecía las matrículas, las apelaciones á nuevos Tribunales y el sistema electoral para los cargos, y luego por la enajenación de bienes de Propios, el uso de armas, los gravámenes del comercio marítimo, y, sobre todo, por la cuestión candente del reemplazo.

Vizcaya sostenía por cuenta propia los batallones de realistas, pero no le libró esta prueba de adhesión al Gobierno tradicional del cupo militar para el reclutamiento del Ejército que se le exigió en los años 1818, 1819, 1824, 1827 y 1830, (1), no lográndose, á pesar de las insistentes reclamaciones del Señorío, basadas en tan manifiesta infracción de los Fueros, sino el pago en metálico, logrado á fuerza de cuantiosos donativos.

D. Liborio Ramery, ardiente apologista del tradicionalismo, recordó en su obra (2) la frase de Sánchez Silva de «que fastidiado Fernando VII de tantas luchas y tantas dificultades é inconvenientes como le ocasionaban las Provincias Vascongadas en punto á *maravedís* se propuso concluir con los Fueros,

(1) Sagarminaga, tomo VIII, capítulo II.

(2) *El Liberalismo y Los fueros Vascongados*, capítulos XXI y XXII. Colección de artículos publicados en *El Fuerista*. Año 1896.



y añade por cuenta propia: «Parece increíble la ingratitud de este Monarca, al que le prestaron tantos y tan grandes como heróicos servicios durante la guerra de la Independencia y después de ella. En su tiempo se preparó por las malas artes de los *falsarios* el arsenal de documentos amañados contra el edificio foral. Si en todo eso hubo perfidia y deslealtad, la verdad es que Fernando VII tampoco pudo dar el rudo golpe *que contra nosotros preparaba*, porque la provincia provocó sin duda la revolución francesa de 1830 que distrajo su atención.

Desde la anexión de Navarra á Castilla por Fernando *el Católico*, se había observado el fenómeno de la influencia constante ejercida por el Gobierno en los Brazos noble y eclesiástico, así como lo inaccesible á los halagos del elemento popular ó de las Universidades, al que nunca se logró intimidar ni corromper, derivando quizás su fuerza del sistema de insaculación adoptado en las elecciones.

Hemos visto que Godoy derogó en 1796 el derecho llamado de *sobrecarta* y algunos otros favorables á la independencia de las Cortes de Navarra. Se suspendió su reunión en 1810 al enviar el Reino diputados al Congreso de Cádiz, renunciando por entonces á la autonomía parlamentaria, sin duda por el estado del país, para tomar parte por vez primera en una Asamblea nacional. Proclamada la Constitución en 1812, desapareció, como en las Provincias Vascongadas, el genuino organismo de su vida privativa, y si bien funcionaron de nuevo las Cortes navarras al restaurarse en 1814 y en 1823 el régimen absoluto, en sus últimas legislaturas de 1828 y 29 se reiteró la citada Real orden de 1796 (1), derogándolas definitivamente. El afán nivelador se manifestó en Navarra lo mismo que en las Provincias vecinas, dictándose medidas análogas respecto del contingente del Ejército, que se sustituyó también por donativos en metálico. Logróse, sin embargo, en tan

---

(1) Manrique y Marichalar. Sección IV. Cortes, capítulo III.



turbulenta época, hacer extensiva en 1829 la inviolabilidad parlamentaria que disfrutaban desde el siglo XVI los Apoderados en las Cortes á los Vocales de la Diputación permanente, cuerpo foral que adquirió desde entonces mayor importancia al absorber no pocas facultades que habían pertenecido al Real Consejo de Navarra y á sus Cortes.

Derogados por Felipe V los Fueros de Cataluña en lo más fundamental, se conservaban en las postrimerías del reinado de Fernando VII algunos vestigios de la vieja Constitución catalana, disfrutando, según Coroleu y Pellá, de varias exenciones: pagaban una contribución personal en equivalencia del servicio militar; se hacía el cobro de los impuestos por un sistema más parecido al de Aragón que al de Castilla; manteníase en vigor gran parte de la legislación civil y penal, y se usaba la lengua catalana; la Diputación general constituía en el orden administrativo, y aun en el político, un solo Cuerpo en todo el Principado, y subsistían las agremiaciones de artes y oficios. «De atenderse en las Cortes de Cádiz las inspiraciones de Jovellanos y de Capmany, se hubiera alcanzado en 1812 la solución más lógica que requería el cambio de instituciones.»

PABLO DE ALZOLA.

*(Continuará).*



# PALMAROLI Y SU TIEMPO

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

POR QUÉ HE DADO Á ESTE TRABAJO CIERTA FORMA Y PROPORCIONES

La vida privada de un hombre modesto y de buenas costumbres domésticas pronto está contada. Un poeta compuso el siguiente epitafio de un quídam:

«Nació, creció, y se casó con Liboria.  
Tuvo un hijo, se murió, y se fué á la gloria.»

Palmaroli, como particular, hizo exactamente esto; pero como era un gran artista y tenía un corazón de oro, hizo mucho más.

Juzgar su carácter, juzgar sus obras, tantas veces juzgadas, tampoco ocuparía mucho espacio siendo yo el encargado de hacerlo; porque tengo poca imaginación y fantasía, é instintivamente abrevio los relatos, que aun cuando alguna vez sazonan con sal y pimienta, nunca con galas ni digresiones que amenicen; cualidades que envidio á otros escritores.

No extender algo la narración tratándose de personaje tan importante y figura que cada día tomará más relieve en la historia del arte español, sería no darle la importancia que merece.



Una biografía de diccionario, los apuntes necrológicos que cuando ocurrió su muerte le consagré, no me parecen bastante.

Discurriendo qué hacer, porque á todo trance quiero dedicar un recuerdo serio al amigo querido desde la infancia, me ocurrió ir relatando, al mismo tiempo que su historia de artista, los sucesos que en su tiempo fueron pasando en asuntos de arte, estén ó no relacionados con él; tomando las cosas tan de raíz que comienzo hablando algo de su padre antes de tener tal hijo.

Digo esto, porque al titular este trabajo *Palmaroli y su tiempo*, temo que haya quien crea que el cariño me hace dar demasiada importancia al personaje; ó que, no leyéndome, suponga trato de demostrar una influencia sobre su época, que no tuvo.

No es eso lo que quiero; sino que haciendo el relato de muchas personas, de muchos sucesos y de muchas cosas, á través de las cuales va pasando Palmaroli, unas veces relacionado con ellas, otras no, su memoria se borre menos fácilmente de la imaginación que si fuera él solo para excitar la curiosidad.

Recuerdo á este propósito que hace años la Academia de San Fernando sacó á concurso la biografía de Pablo de Céspedes, exigiendo la mayor suma de datos desconocidos. No conozco más Memoria que la que fué premiada, tal vez por lo ingeniosa, pues los datos no aumentaban nada á los que habían recogido Palomino y Cean.

Como Céspedes había estado en Italia y el autor de la Memoria estuvo también, aprovechó la ocasión para trazar el itinerario que supuso debió haber seguido el pintor, y fué describiendo los puntos en que probablemente se detendría y las obras que debió ver y consultar; tratando de dar razón no de la Italia de ahora, sino de la que debió ver Céspedes en el siglo XVI. Como se cuenta que el pintor hizo dos viajes, presume el ingenioso literato que la segunda vez siguió otro camino para ir á Roma, y acaba de hacer la descripción hipotética



de la parte de Italia que le faltaba. Con este procedimiento logró formar un regular volumen de lo que sólo daba ocasión á un ligero folleto, y le exornó con sendos planos de aquellos viajes imaginarios, puesto que nada le costaba, pues costeaba el Estado la impresión.

Mucho me dió que pensar este libro cuando lo leí, y tal vez sea á esto á lo que debo la idea de hacer un trabajo en el que no todo sea enteramente pertinente, lo cual es muy opuesto á mi modo de pensar habitual. Pero ni trato de ganar ningún premio, ni ofuscar á nadie con mi erudición, ni presentar este escrito como mérito para pretender un sillón académico, como pretendió y logró el autor de la biografía de Pablo de Céspedes.

Empiezo hablando de cosas de que, aun cuando era muy niño, oí, ó fuí testigo presencial, y digo esto para asegurar su exactitud y verdad.

Nos sucede desde el primer momento de nacer, que todas las impresiones que recibimos quedan archivadas en nuestro cerebro, hasta que un trabajo de arreglo y coordinación se verifica. De otro modo no comprenderíamos todo, y aun hablaríamos algo cuando sólo contamos uno ó dos años de edad; pues de repente no es posible que sea, y no ha debido pasar ni un segundo sin almacenar conocimientos.

Cuando yo, á los cuatro ó seis años, oía y veía mucho de lo que ahora cuento, quedaba en el archivo, y por mucho tiempo, sin saber que allí estaba. Después, ya grande, todo aquello ha ido desembrollándose y apareciendo perfectamente claro.

Hay cuadros que ví muy poco, hace más de cincuenta años, de los que me atrevería á trazar el plan general.

Desde el capítulo V me he valido de notas y apuntes que pedí y tuvo la amabilidad de darme el hijo único del artista, hoy Vicecónsul de España en Cardiff; pero del orden, de la redacción y de las apreciaciones, desde el principio al fin soy el solo responsable. Advierto esto, tanto por agradecimiento al citado querido joven, como garantía de la autenticidad del relato.



## I

## ESTADO DE LA AFICIÓN A LA PINTURA EN ESPAÑA

DE LOS AÑOS 1833 Á 1845 (CAPÍTULO QUE PUEDE DEJARSE DE LEER)

El día 27 de Setiembre del año 1833 falleció el rey Fernando VII, pudiendo decirse en verdad que fué de dicha para la patria, á pesar de la herencia que dejó de una guerra civil que duró siete años, y retoñó después otras dos veces. No fueron estas solas las malas semillas de aquel tiempo, que aún germinan entre nosotros á pesar del plazo transcurrido. Para encontrar en los tiempos modernos algo parecido al despotismo y crueldad de este monarca, es menester trasladarse con la imaginación al Paraguay.

Quizá el único hecho digno de aplauso de todo aquel funesto reinado es la creación del Real Museo de Pintura y Escultura, base del actual Museo del Prado. Sin embargo, la vida de la inteligencia se hallaba tan decaída, que ciencias, letras y artes agonizaban.

La pintura, tanto por el número como por la calidad de los profesores, había llegado al nivel más bajo. Muerto Goya, no quedaba otro que mereciese el nombre de artista notable que D. Vicente Lopez; pero éste era un rezagado de ideales que habían pasado, y en la época á que me refiero se hallaba casi reducido á los retratos, por faltarle ocasión de ejercitarse en las grandes obras de otros tiempos.

D. José de Madrazo no fué más que un muy mediano discípulo de David, aun cuando algunos biógrafos le supongan émulo del gran maestro francés. Y á propósito de esto, bueno será advertir que semejante emulación no cabe *nunca* en un discípulo, aun cuando iguale al maestro, caso no muy probable, pues siempre tendrá la inferioridad de no ser creador. Po-



drá suceder, y es muy frecuente, que el discípulo supere al maestro, y sucede esto cuando crea algo nuevo importante que no estaba en las lecciones recibidas. David fué un reformador de gran talento y energía que por un período breve, pero de gran actividad, arrastró tras sí á los artistas de Europa entera. No me he de meter ahora en si aquella reforma fué un bien ó un mal, pero algo debió tener de excesivo y violento cuando terminó por una revolución en contra, que se llamó romanticismo.

¡A cuántas leguas de esto se encuentra Madrazo, sólo conocido entre nosotros, y que cuando le conocimos ya la escuela á que pertenecía se había casi desmoronado!

Bagaje tan corto como *El Beso de Judas*, *La Muerte de Lucrecia*, la de *Viriato*, *El Amor divino y el amor profano*, y el *Retrato ecuestre de Fernando VII*, necesitaba pesar mucho para ser contado como algo.

Si dijéramos que D. José Aparicio fué, aquí, en casa, émulo de D. José de Madrazo, ó éste de aquél, estaríamos más en lo cierto y la comparación no sería impropia, por pertenecer ambos á la misma escuela y tener en ella poca categoría.

D. Juan Ribera, también de la escuela de David, fué un pintor que logró cierto nombre y desempeñó los cargos más altos de la Academia sin haber pintado apenas. Su cuadro representando la virtud de Cincinato es lo que un crítico de hoy llamaría *discreto*; no pueden citarse con este pequeño elogio sus demás obras, que, ó son copias, ó manifiestas *indiscreciones*.

Todos los artistas citados eran pintores de Cámara y recibían la protección de Palacio, sin la cual hubieran podido vivir muy mal con su arte.

Más apreciables que las obras de los pintores citados, exceptuando á López, son las de D. Rafael Tejeo, que, aunque con ribetes de la escuela francesa clásica, tenía más originalidad y se apartó algo de ella.

No quiero dejar de citar á D. Juan Gálvez, que dejó algunas pinturas al temple, de tamaño pequeño, en el palacio de



Buenvista, y en los techos y paredes de los Sitios reales. Pero de las obras que más le honran es la patriótica colección de escenas del sitio de Zaragoza, que hizo en compañía del perspectivo D. Fernando Brambila.

El país estaba muy pobre, ó embrutecido, tal vez ambas cosas, para pensar en el arte. Años después de terminada la primera guerra civil aún continuaban siendo cosa rara ciertos lujos. Las casas de los magnates conservaban restos del mueblaje de sus antepasados, aunque algunos lo habían subido al desván para sustituirlo con obras desdichadas de la época, que fué la de peor gusto conocido y de una construcción de pacotilla. La talla de madera se había completamente olvidado, sustituyéndola horribles molduras de pasta. Las alfombras eran lujo extraordinario, y piezas muy principales de las casas grandes estaban cubiertas con esteras de pleita, blancas ó de color. No hay que decir que la clase media no conocía otra cosa, así como en materia de sillas las de Vitoria.

El día que en el salón del Prado se veían veinte ó treinta carruajes particulares, era un asombro. Eso sí, era costumbre de las casas de la nobleza que al lacayo acompañara un vistoso cazador vestido de gran casaca galoneada y sombrero tricornio con plumas; cosa reservada ahora para las grandes solemnidades.

Conservaban los grandes de antigua cepa colecciones más ó menos valiosas de cuadros españoles y flamencos, principalmente del siglo XVI, y tal vez por emular con ellos quisieron tenerlas también personas que se habían enriquecido haciendo contratos con el Estado, ó negocios de Bolsa, y habían tenido la vanidad de adquirir títulos de condes y marqueses. Por otra parte, se desarrolló la misma afición entre algunas otras personas incitadas con la idea de adquirir *gangas* procedentes de la *rebatña* que produjo la desamortización. En pinturas modernas no había que pensar como no fuera algunos retratos de los interesados, y estimo que, aun siendo inconscientemente, acertaron aquellos aficionados.



Naturalmente, esta demanda de pinturas creó especuladores de varias categorías. Unos que eran malos pintores ó despiadados restauradores, y otros, agentes subalternos que traían el botín; ladrones, ó poco menos, que habían encontrado ocupación menos arriesgada.

Entre estos agentes de los verdaderos comerciantes citaré dos tipos opuestos. El uno era un matón andaluz, á quien llamaban Barba, no sé si porque era su apellido, ó por mote: tal vez lo primero, porque no usaba más que patillas de chuleta. Había sido contrabandista y contaba alguna muerte en su hoja de servicios: no digo sobre su conciencia, pues tales sujetos carecen de ella. Traía cuadros de las provincias, que Dios sabe cómo fueron adquiridos, arrollados y á lomo de alguna caballería, con lo que sufrían el deterioro consiguiente á carecer de todo embalaje. Esto no importaba mucho al restaurador, por ser una ganancia para él. Barba no vendía al pormenor, sino por cargas, las más veces de basura; pero fueran como quisiera *exigía* siempre la compra al primer parroquiano á quien se presentaba. Vestía el traje cordobés de entonces, con sombrero de cubilete, polainas de cuero con herretes, y la manta al hombro.

Otra cosa era un tal D. Clemente Rojas, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, y el tipo de viejo truchimán más acabado. Había obtenido la confianza del *buen* Fernando VII, quien le tuvo encargada la comisión de la adquisición de alimañas raras y fieras para la casa del Retiro. Con esto debió Rojas hacer algún dinero, pues había sido dueño de una posesión en Vacía-Madrid, que no debía ser mala, teniendo en cuenta que el Rey solía ir á merendar cuando había algún animal nuevo que ver. En una de estas visitas parece que el *gracioso* monarca tuvo una broma de su gusto. Subió con la Reina á un balcón de la casa é hizo que soltasen algunas alimañas pretextando que se habían escapado, recreándose en ver el susto de la comitiva y los desmayos de las damas. Don Clemente, que siempre conservó cariño y respeto á tan



buen amo, celebraba la gracia con la mayor ingenuidad.

Por qué desgracias, vicisitudes ó vicios, se encontraba miserable hacia el año de 1843, no lo sé; pero sí que no tenía precio para embaucar á eclesiásticos, con el fin de que le vendieran, y él pagara con dinero ajeno, obras que no debían haberse vendido, y en lo que la desamortización no tuvo parte; ó para sustituir copias por originales, como sucedió en un pueblo cercano á Madrid, en que se hallaba la obra tal vez capital de Carreño, que hoy creo que se encuentra en el Museo de Berlín.

No citaré otros tipos por no ser pesado; pero pudiera citar muchos; entre otros un Sr. Mauricio (el Gallego), que vendía cuadros y restauraba en un portal de la travesía de Moriana, y el valenciano que ponía puesto en la feria, conocido por el *Rojo*, no porque entonces hubiera políticos de este color, sino por el de su pelo.

Era tal la ignorancia y la inocencia de aquellos tiempos de que voy hablando, que en 1837 vendió la parroquia de una población del obispado de Palencia cinco cuadros, que sacó á pública subasta, con las licencias necesarias, anunciando la venta en la *Gaceta de Madrid*, y atribuyendo las obras á don Diego Velázquez. No eran de este autor, pero sí originales auténticos de Bartolomé Murillo, muy importantes y de la mejor época. Se adjudicaron los cinco en muy poco más de trece mil reales, contando por la unidad de entonces, habiendo concurrido varios de los principales especuladores de Madrid, y no todos, por los temores y dificultades que ofrecía la guerra civil. Hay que advertir que los cuadros estaban en el mejor estado de conservación, y que es rarísimo que no constase, ó no se buscase, en los archivos de la iglesia algún documento sobre la procedencia de tan importante serie de obras de tal autor.

A pesar de que no faltaban compradores y todo se vendía, y se hablaba mucho del inglés que ofrecía cubrir de onzas de oro, como valor de tal ó cual cuadro, los precios eran siempre



muy bajos. Obras importantísimas como el citado lienzo de Carreño no alcanzaban mayor valor que el de tres mil pesetas. Contados serían los cuadros que en aquellos tiempos lograron adquirir algunos miles de duros, no muchos.

Era aquel un comercio muy extraño, como lo son muchas cosas en España; lejos de buscar el comprador publicidad que le sirviese de garantía, prefería realizar el trato en secreto. Se tenía por condición muy especial que el lienzo ó tabla que se intentaba vender acabara de llegar de fuera, y que no lo hubiera visto ningún otro aficionado. Si porque verdaderamente era así, ó porque la semejanza de autor y asunto podían hacer sospechar que Ponz en sus *Viajes*, ó Cean en su *Diccionario* habían registrado la obra, la venta era más segura y el precio más elevado; pero los aficionados españoles de entonces no eran muy exigentes en materia de auténticas, y creo que en esto hacían muy bien, porque se falsifican como otra cosa cualquiera. En este asunto no hay más auténtica que la inteligencia especial. No la tenían aquellos buenos señores, y no se asesoraban de nadie, y en esto *parece* que no hacían bien; pero aunque les dieron muchos petardos, ya intencionados, ya por ignorancia de ambas partes, á la postre, ellos ó sus herederos no debieron perder nada, y algunos ganarían, porque andando los tiempos lo que realmente valía centuplicó de precio.

A D. José Salamanca no sé si colocarle en la categoría de los compradores ó de los especuladores. Formó una mediana galería en sus primeros tiempos por los procedimientos en usanza, y recibió casi tantos engaños como obras; pero no tardó en trasladar la carga al Palacio Real, obteniendo ventaja. Más experto después, y valiéndose de personas de más conocimiento que él en la materia, reunió otra segunda galería bastante importante, de la que se deshizo en París en tiempos que le fueron menos bonancibles. Supongo que no perdería, como tampoco en la colección de antigüedades que adquirió en Italia y endosó á nuestro Museo Arqueológico. Pero todo esto es algo más moderno.

E. M.—*Setiembre* 1897.



Si no se enriquecieron los especuladores de los años 1834 á 1845, en que este comercio languideció ya visiblemente, algunos hicieron modestas fortunas, no tanto, como he dicho, por lo importante de las ventas, como por la multiplicidad de ellas.

Entonces todo se vendía: una carga de cuadros que Barba cedía en ciento ó ciento veinticinco pesetas, á los quince días había producido en venta mil ó mil quinientas. Un movimiento tan acelerado del capital tenía que ser muy beneficioso para el especulador.

Aun cuando la mayoría de las transacciones se hacía con obras españolas, no faltaban de Miguel Angel, de Rafael, de Durero, de toda la plana mayor. Los *cobres* de Rubens eran una inundación. En materia de clasificaciones no había medias tintas, todo era de los autores de mayor renombre. Andaban por el mercado más obras de Velázquez que las que hay en el Museo. ¡Gracias si alguna de ellas era de fray Juan Rizi, ó de algún buen autor flamenco desconocido!

No siempre estas clasificaciones eran obra de la mala fe de los especuladores; muchas veces procedían de la ignorancia general. Después de todo, un lienzo importante de Ticiano, ó una tabla de Sebastián del Piombo, fueran auténticos ó no, eran baratos en las tres mil pesetas que era, puede decirse, el precio reglamentario de las obras maestras.

Un coleccionista suponía tener nada menos que una *Venus* de Leonardo Vinci, siendo envidiado por los otros aficionados, y aun creo que está citada en alguna Historia de la Pintura publicada por entonces, como auténtica del gran pintor florentino. Naturalmente, era una ofensa mucho mayor al famoso artista que la que se le hace atribuyéndole la *Magdalena* que se halla en la sacristía de la capilla del Condestable de la catedral de Burgos, obra por la que el inglés legendario ofrece, según dicen los guías, dar sacos de onzas de oro. En tiempos modernos vi en venta la *Venus* en cuestión, y era un cuadro menos que mediano por el que nadie ofrecía nada, y creo que



no habría costado mucho más al feliz poseedor que vivió con la ilusión de que guardaba un tesoro, idea fortificada por la creencia de muchos otros tan poco inteligentes como él.

Los aficionados de entonces no eran exigentes ni escrupulosos en materia de asuntos. Lo mismo les daba una bacanal con el colorido brillante de la escuela de Rubens que la pintura más ennegrecida y del asunto más tétrico. La manía era coleccionar cuadros antiguos; aún no había llegado la de los muebles y otras antigüedades, que se miraban casi con desprecio.

Los restauradores hicieron entonces muchas atrocidades lamentables cuando se trataba de obras de algún valor. No sólo pretendían dejar *como nuevo* el lienzo más destrozado, sino que se metían á hacer arreglos y *correcciones*. Si el restaurador era además comerciante de cuadros, que más ó menos todos lo solían ser, los de su propiedad los multiplicaba á veces dividiéndolos en trozos, con lo que conseguía dos ó tres retratos de Velázquez, varios Murillo, etc., etc., de lo que había sido una sola composición.

Un rico aficionado, el Sr Paz García, propietario del principal periódico liberal de aquella época, *El Eco del Comercio*, me enseñó en una ocasión varios cuadros obtenidos de este modo. Procedían de una obra que debía haber sido de tamaño colosal, y embarazosa para colocarla en habitación que no fuera de un palacio. Me pareció que el asunto habría sido el triunfo de algún Emperador romano, y autor Sebastián Couca. Había sacado cabezas de caballo, bustos de hombres, un grupo de músicos, no recuerdo cuántas cosas más, una galería. Esta no había sido fechoría de restaurador, sino por iniciativa del propietario.

¡Pero todo acabó, como siempre sucede en este mundo! Hubo un pequeño paréntesis en esta absurda manifestación de la afición al arte antes de que lentamente se encaminase por los derroteros modernos, muy lejos aún de la ilustración que debiera tener. Los capitales que se empleaban en cuadros se



emplearon en las minas y después en las sociedades anónimas, en donde recibieron coscorrones más sensibles y más fuertes que los que el arte les había dado.

Como todo pasó como he contado, no quedaron catálogos, ni precios, ni datos. Lo más importante fué después pasando al extranjero.

A pesar de todo, si bien muy pocas, y que tenían que estar infestadas de la atmósfera en que vivían, había algunas personas verdaderamente inteligentes en cuestiones y asuntos de artes. Acababa de morir Cean Bermúdez, pero existía don José de Madrazo, que si como pintor me merece el concepto expuesto, como persona de talento, ilustrada, conocedora de la historia del arte, y promovedora de su adelanto entre nosotros, será siempre una figura notable á quien la patria tiene mucho que agradecer.

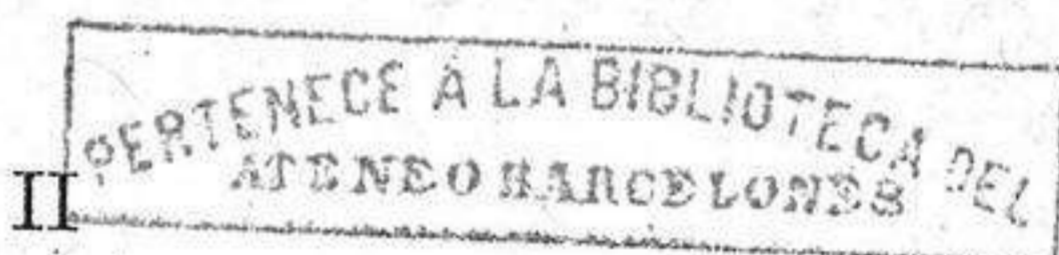
A él se debe la fundación del Real Establecimiento litográfico que tuvo por objeto la reproducción de los cuadros del Museo. Como la litografía era aquí entonces poco conocida, contrató artistas en Francia y en Italia para dar principio á los trabajos y que formasen escuela, como sucedió. Entre los más notables que vinieron se contaba el italiano don Cayetano Palmaroli, que llegó el año de 1829, cuando ya hacía tres ó cuatro años que el Real Establecimiento funcionaba, llamado por la fama de fácil y correcto dibujante de que gozaba á pesar de su juventud, pues sólo contaba veintiocho años de edad.

Se dedicó D. Cayetano á la litografía principalmente y á copiar cuadros. Por cierto que está muy mal grabada, por dibujo suyo, que debió ser bueno, la copia del cuadro de Coello representando la adoración de la Santa Forma, que dió el *Semanario Pintoresco* con motivo de haber Palmaroli presentado en la Exposición de la Academia del año de 1839 una copia pequeña al óleo, que fué muy celebrada. En el mismo *Semanario* hay algún otro dibujo original de este artista, que, aunque siempre malamente grabado, demuestra que á Palmaroli



no le faltaba talento para haber sido un buen pintor si las necesidades de la vida no le hubieran obligado á limitar sus trabajos á cierta esfera. Se conoce que en Italia no andaban las artes mucho más prósperas que entre nosotros cuando artistas de tanto valer como el que voy citando, Gaspar Sensi y Augusto Guglielmi, se vieron obligados á adoptar la litografía y las copias como *modus vivendi*.

Ya que he citado como malos los grabados del *Semanario Pintoresco*, no debo dejarlo de pasar por alto, porque son una muestra casi increíble de hasta dónde puede llegar la incapacidad. El grabado en cobre había descendido también tanto, que temería ofender á algunas tribus salvajes si comparara las manifestaciones de este arte entre ellas con el nuestro.



LAS EXPOSICIONES DE LA ACADEMIA.—LA ENSEÑANZA.—LAS PENSIONES PARA ROMA.—LAS EXPOSICIONES NACIONALES. (PUEDE DEJAR DE LEERSE ESTE CAPÍTULO, COMO EL ANTERIOR.)

Celebraba la Academia de San Fernando una Exposición de Bellas Artes por el mes de Setiembre, durante los quince días que duraba la feria de San Mateo, que servía de ocasión para que los artistas de todas categorías hicieran ver sus obras y nada más, pues ni había premios, ni compras por el Estado, ni ninguna otra clase de recompensas. Sin embargo, todo el que manejaba un pincel presentaba obras, demostrando lo escaso de la afición el que sesenta ó setenta cuadros, dos ó tres bustos de barro ó escayola, y otros tantos planos de arquitectura eran un contingente extraordinario.

Los salones y el patio de la Academia en donde se verificaban Exposiciones no podían ser menos á propósito para el objeto, tanto por lo pequeño del local, como por las condiciones de



la luz que entraba por los balcones, pues por la parte de la calle de Alcalá, que era el sitio destinado para las obras de los académicos y lo demás notable que se presentaba, entraba el sol, que había que cortar con unas cortinas blancas que daban muy mal aspecto á los cuadros. Los salones interiores recibían luz tibia y cansada del patio, llena de reflejos de los cristales de los balcones de la fachada de enfrente. Tener por fondo todos los cuadros los otros antiguos de la colección de la Academia no les favorecía nada, y muchos de los pocos visitantes se distraían más, si eran algo inteligentes, en contemplar los Murillos y las demás preciosidades, que lo moderno expuesto.

Todo se hacía en aquellos tiempos á la buena de Dios. Me parece que no había censura, y se admitía cuanto se presentaba. Las copias se aceptaban como los originales; no era obligatorio que los cuadros tuvieran marco.

En el patio completamente descubierto donde se colocaban las obras que por su tamaño grande no cabían arriba, la luz estaba también llena de reflejos, y los cuadros sin más resguardo que un cobertizo de hule para mal protegerlos contra la lluvia, tan frecuente en esta estación.

En tales cosas no se reparaba entonces. Se vivía en un estado de inocencia muy feliz; después nos hemos ido haciendo más exigentes y más señoritos. Años y años pasaron sin que en ningún periódico se presentase la menor queja, ni se indicase el modo de mejorar aquel estado de cosas tan primitivo. Creo que la Academia ya comprendería todo lo que le faltaba para preparar en otra parte una instalación conveniente, y que la escasez de recursos sería la causa de todo.

Las clases de dibujo y pintura, que tenía también la Academia, se hallaban en el mismo estado de inocencia que todo lo demás relacionado con las Bellas Artes; sobre todo los estudios elementales, en los que se estudiaban modelos dibujados por Mengs, Maella, Bayeu y D. Vicente López, hechos á pluma, y que, aun cuando eran buenos dentro de la manera á que



pertenecían, la mayor parte se hallaban muy deteriorados. La clase del yeso y la del natural de noche eran regentadas por diferentes profesores cada semana, de modo que servía de tribulación al discípulo someterse á diferentes criterios.

Indudablemente, la que estaba mejor dirigida, y de la que por todos conceptos se sacaba mayor provecho, era la de colorido y composición, á cargo de D. José de Madrazo, que no sólo era el alma de la enseñanza toda, sino el que fué solicitando, trabajando y consiguiendo la reforma de la Academia, la creación de la Escuela independiente de aquella, las pensiones para Roma, y las Exposiciones nacionales en la forma que hoy tienen. Lo repito otra vez: era mediano pintor, pero tuvo inteligencia grande, actividad y buen deseo. Su energía é iniciativa le granjearon enemigos; porque la pereza y la ineptitud no se avienen á ser turbadas ni empujadas, y Madrazo, como he dicho en otra ocasión, «fué durante muchos años el pontífice de nuestros asuntos de arte, *porque lo debía ser.*» Si encontraba en esto su interés, ni lo sé ni me importa: el caso es que su dictadura fué beneficiosa para el arte.

A pesar de todo, ni de la clase de Madrazo, ni de ninguna otra salían discípulos que prometieran gran cosa. Lo que verdaderamente dió impulso á la enseñanza fué la vuelta á España de D. Federico de Madrazo, hijo de D. José, después de sus diversas estancias en París y en Roma. Encargado de una clase que se llamó de «Antiguo y ropajes», no sólo aumentó el número de alumnos, sino la afición, el entusiasmo y la fe. Si todas las clases estaban más concurridas, la de D. Federico, que así se le empezó á llamar y se le siguió llamando, tuvo que dividirse en tandas, que alternaban por semanas, porque no había local donde cogieran todos los matriculados.

La fama de este maestro entre la juventud procedía de los retratos y cuadros que desde años antes venía presentando en las Exposiciones de la Academia, obras que causaban en todos una admiración indescriptible. Vistas hoy desapasionadamente siempre son muy apreciables, sobre todo los retratos; pero por



todas partes surgieron después discípulos que aventajaron notablemente al maestro.

La admiración que causaban las pinturas de D. Federico, se explica muy bien, porque abrían nuevos horizontes; pero aquello no era más que una *manera* agradable, que sólo por la novedad podía ser antepuesta á la de D. Vicente López, mucho más viril y más sabia, á mi entender, que la de D. Federico. No sacando á texto las obras importantísimas de composición que López había hecho al fresco y al temple, y citando sólo como comparación uno de sus últimos cuadros, que es el que representa la incredulidad de Santo Tomás, y se halla hoy en Toledo en la parroquia de Santo Tomé, lo creo muy superior, pero mucho, á la *Visión de Godofredo de Bouillon*, y *Las santas mujeres en el sepulcro de Cristo*, de Madrazo. Retratos como el de Goya, el de María Cristina, el del General Castaños y muchísimos otros, son mucho más importantes y serios que las *melosidades* de D. Federico, sin que por este adjetivo trate de negarle mérito, como no se lo negaría á López si recordara sus *acritudes verdosas*. Creo que este último siempre será una figura importante dentro de su escuela, al paso que el primero no figurará entre los modernos tan en primera fila como las circunstancias le colocaron en vida.

Aquel entusiasmo por D. Federico de los primeros tiempos había disminuído mucho cuando más modernamente se encargó de la clase de colorido y composición. Pero sea de esto lo que quiera, no puede negarse que tuvo una influencia muy beneficiosa.

Aunque no inferior en mérito, si bien por diversas cualidades, no tuvo tanta D. Carlos Ribera, hijo del citado D. Juan, contribuyendo quizá á ello las condiciones de su carácter raro y retraído.

D. Federico sustituyó á su padre cuando éste falleció, en el pontificado del arte español, y, naturalmente, esto le ensoberbeció é hizo creerse infalible é indiscutible, como lo demostró en la polémica que sostuvo con D. José Galofre sobre re-



formas en la enseñanza, en la que el artista catalán estuvo siempre comedido ante los desplantes históricos de su contrincante y las chirigotas de un ayudante que éste tuvo en el señor Eguren. Ni uno ni otro contestaban á los razonamientos de Galofre, sino que para tratar de confundirle se prevalían de que el catalán era un pintor muy mediano y no manejaba el idioma con gran pureza. No fué esta la única ocasión en que dió muestras de lo que le ofendía se dudara de su infalibilidad el D. Federico, á quien todos trataron siempre con el respeto que se merecía.

Volviendo á la Academia, vemos que donde hacía mucho tiempo no se presentaba un alumno que prometiera gran cosa, empezaron á surgir algunos que daban buenas esperanzas.

El que figuraba á la cabeza era el zaragozano Bernardino Montañés, á quien con esa justicia y desinterés tan propios de la juventud todos consideraban como superior, á pesar de que entre muchachos alocados tenía algunas cualidades que pudieran serle perjudiciales, como su carácter serio y retraído, su modo de vestir, semejante al de un seminarista externo, y sus ideas místicas, que hicieron se le pusiera entre los compañeros el apodo de «el Curita.» Pero el Curita dibujaba y pintaba mejor que los demás, y era querido y respetado de todos, tanto por esto, como porque á pesar de su seriedad era muy afable.

Establecidas en 1848 las pensiones para estudiar en Roma, se sacaron á oposición dos plazas para la pintura, y otras varias para la escultura, la arquitectura y el grabado.

Pretendieron las pensiones para la pintura: Bernardino Montañés, Luis de Madrazo, Francisco Sáinz, Francisco Lameyer y Carlos Múgica. Sólo los tres primeros llegaron á realizar el último ejercicio, que era un cuadro representando á «Tobías acompañado del ángel, devolviendo la vista á su padre.»

Desde que se supo que Montañés era uno de los contrincantes, nadie dudó que obtendría el primer lugar, como así fué,



pues su obra era notabilísima para aquellos tiempos, y muy superior á las de los otros opositores. Muy apreciables fueron también los trabajos de Madrazo y de Sáinz, habiendo sido el primero elegido en segundo lugar y el tercero excluído. No fué esto del gusto de todos, pues creían ver en Sáinz ciertas cualidades de atrevimiento y originalidad superiores á las de Madrazo. Además, ser éste hijo de D. José hacía suponer parcialidad en los jueces. El caso es que se produjo protesta tan acentuada, que para acallarla fué menester dar á Sáinz una tercera pensión de gracia.

Por mi parte no creo que la elección estuviera mal hecha como se hizo, pues si había alguna diferencia en el mérito de las obras era muy pequeña, y no es á académicos á quienes hay que pedir se presten á patrocinar innovadores como Sáinz pretendía ser.

Rarísimas son las veces que en oposiciones y premios no se oyen quejas y protestas, y muy raro también que el disgusto sea justo y desapasionado.

Poco resultado produjeron aquellas primeras oposiciones. Sáinz murió antes de concluir de disfrutar la pensión. Montañés, que en sus envíos reglamentarios siguió dando muestras de talento, á su vuelta se encerró y aisló en Zaragoza, atrassando más que adelantando, si bien siempre figurará como un artista apreciable, pero nada más. Luis de Madrazo, con ser de la familia que era y residir en Madrid, ha vivido obscurecido, sin figurar apenas y no aumentando en nada las glorias de su raza.

Por una desgraciada coincidencia, dos arquitectos de aquella misma oposición á las pensiones de Roma murieron locos; Gándara, de remate, é Inza, poco menos.

Lo que sí hizo aquel primer concurso fué avivar la aplicación y el entusiasmo de la juventud. Cuatro años había para prepararse para las próximas oposiciones, y este fué el sueño de muchos. Los que lograron llegar al último ejercicio en ellas entre los pintores, fueron: Isidoro Lozano, Germán Hernán-



dez y Juan García Martínez. Lozano obtuvo el primer lugar; Germán, nombre por el que siempre se le conoció en el mundo artista, el segundo; quedando excluido García, á quien decían sus condiscípulos que figuraría en los catálogos del porvenir con el sobrenombre de *el Gordo*, porque efectivamente lo era, y desearé que lo siga siendo. A pesar de este fracaso y el que volvió á tener en la oposición siguiente, García es artista que ha demostrado varias veces gran talento.

Germán, para las generaciones que le conocieron ya de alguna edad, fué D. Germán, y el origen de conocersele por su nombre y no por su apellido fué diferenciarle de su hermano Víctor, que era pintor también.

Esta vez tampoco faltaron protestas con respecto á los lugares, pues el crítico Manuel Cañete se declaró tan ardiente partidario de la primacía de Germán, que colocó coronas sobre el cuadro que prefería y hasta armó el gran escándalo porque los porteros las quitaron, como era su deber.

La Academia no podía consentir en su propia casa tamaño desacato. De todos modos, esto denotaba una vida en el terreno del arte que hasta entonces no había habido.

Hallarse todo dominado por Madrazo traía estos inconvenientes; pues no se tenía razón de más peso que alegar para la suposición de que había habido injusticia que ser Lozano discípulo particular de D. Federico.

No hubo un adelanto muy sensible con respecto á la oposición anterior, y los dos laureados, aunque después hicieron obras estimables, no figurarán nunca en primera categoría.

Indudablemente la oposición que dió mejores resultados en aquellos tiempos fué la en que obtuvieron las plazas Antonio Gisbert y José Casado del Alisal, que son los que empezaron á demostrar las beneficiosas consecuencias del impulso dado por estos certámenes.

Por otra parte, de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de Valencia, salían otros jóvenes á estudiar al extranjero, ya por su propia cuenta, ya protegidos por la Comisaría de Cruzada,



por las Diputaciones provinciales ó por potentados como el duque de Osuna, el de San Lorenzo y otros.

Es graciosa la causa que produjo algunas pensiones de la Comisaría de Cruzada. Vino á Madrid una bailarina extranjera, la Fuoco, que según malas lenguas mereció la protección del entonces omnipotente General Narváez, quien se supuso influyó para que se le diera una pensión de los fondos de Cruzada. Descubierta el *infundio*, se trató de justificar diciendo una cosa ignorada de los á quien podía interesar, cual era que, legalmente, una parte de los dichos fondos tenía por objeto proteger á los artistas. Tiempo faltó á algunos pintores para aprovecharse del descubrimiento, y tres ó cuatro que tuvieron influencia fueron pensionados.

Pero á todo esto, al entusiasmo y afición á las artes que la juventud iba demostrando, así como sus buenas disposiciones, no correspondía el público en general, ni aun aquel que antes se había apasionado por los cuadros antiguos. Era menester algo, y esta falta la remedió en cierto modo la protección del Estado, creando las Exposiciones nacionales, ofreciendo recompensas y comprando obras.

La primera Exposición celebrada con estas condiciones lo fué en el año 1856, en las galerías del claustro del convento de la Trinidad, en donde está el Ministerio de Fomento, medianamente habilitadas para el objeto. Sin embargo, había una enorme distancia de aquello á las antiguas Exposiciones de la Academia, tanto por el número y calidad de las obras, como por la concurrencia de las gentes.

De cincuenta á sesenta cuadros que se presentaban antes, de los que más de la mitad eran copias, se elevaron de repente á quinientos ó seiscientos, todos originales, y la concurrencia de visitantes fué grande aun el día de pago que se estableció como ensayo.

Indudablemente lo mejor que se presentó en aquella primera Exposición nacional fueron los retratos pintados por don Federico, entre los que, si no recuerdo mal, se encontraba el



de cuerpo entero de la duquesa de Alba, vestida con traje de raso blanco con encajes.

Se habían dividido por el reglamento los premios en géneros, y el primero de historia le ganó, con toda justicia, Eduardo Cano, con su cuadro representando á Cristóbal Colón en el convento de la Rábida.

Cano, que había estudiado en Sevilla y en París, era en Madrid un desconocido que adquirió gran crédito con este suceso. No verdaderamente porque su obra fuera cosa muy extraordinaria, juzgada con criterio elevado, sino porque el decaimiento anterior había sido tal que un lienzo que á duras penas merecería hoy una distinción fué entonces un asombro. Otro tanto sucedía con las obras del sevillano Manuel Rodríguez de Guzmán, las de Dionisio Fierros, en el género de costumbres, y otros artistas de los que sostuvieron aquellas primeras Exposiciones, alcanzando distinciones bien ganadas, si estos premios no tuvieran otro valor que el relativo, y no el absoluto que se les da, porque siguiendo este criterio resultan grandes injusticias en concursos y oposiciones.

Pero en la Exposición de 1856 hubo un suceso más trascendental que todo lo referido, cual fué la presentación de dos modestos paisajes, no de mucho tamaño, por Carlos de Haes. Aquellos lienzos fueron una revelación que los artistas empezaban apenas á presentir; encerraban el estudio ingenuo del natural, elemento el primero y más necesario, que aquí andaba completamente olvidado.

Es increíble la influencia del profesor citado, entonces muy joven, tanto en el género que cultivaba como en los demás. Cuando un año después quedó vacante la plaza de profesor de paisaje de la Escuela de Bellas Artes, por muerte de D. Fernando Ferrant, y se sacó á oposición, fué una novedad que no faltó quien no comprendiera, que dejara de darse un tema para hacer los ejercicios de memoria como hasta entonces se había hecho, y en su lugar estudios y cuadro se hicieran en el campo.



Como era natural, De Haes ganó la plaza, y en su clase siguió predicando la doctrina que cultivaba, cosa muy necesaria; porque si bien ya estas corrientes empezaban á venir de fuera con algunos de los que estudiaban en el extranjero, los que siempre habían permanecido en casa se mostraban algo refractarios á otra cosa que el maniquí, que es lo que D. Federico había traído de la escuela purista.

No sé si se ha estimado por otro ó si se habrá olvidado esta influencia que De Haes tuvo; pero es tan positiva que ninguno de los que alcanzaron aquellos tiempos la podrá negar. Como me unen á él la amistad más entrañable y el respeto al maestro, no digo más.

¡Dios quiera que nunca tenga que contar con más detalles todo lo bien que de él pienso!

CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.



# ESPAÑA EN 1679

SEGÚN MADAMA D'AULNOY

---

Se dan á la publicidad muchos libros nuevos, pero no estaría mal el reimprimir algunos antiguos, y en primer lugar éste. Por cierto que está muy bien escrito; Mad. D'Aulnoy pertenece al siglo de oro de la literatura, conoce perfectamente la buena sociedad, habla con imparcialidad y sencillez; no es pretenciosa, filósofa, ni pedante; está exenta de toda afectación; observa sin esfuerzo, censura ó elogia con discreción y prudencia; no exagera nunca; no pretende hacer, ni cree haber hecho, un monumento literario; relata como si conversara; tiene todas las cualidades de una francesa bien instruída y bien educada: buen sentido, libertad de juicio, tacto exquisito, gracia algo burlona, urbanidad delicada y continua. Por otra parte, ve á España en un momento interesante de su historia: se trata del fin de una brillante época; el último descendiente de Carlos V reina; después de él, la Nación, regida por una nueva dinastía, recorrerá nuevos caminos. Ordinariamente no se conoce á España más que por su literatura dramática, sus novelas picarescas y su pintura; cuando con tales datos se pretende formar una representación de la vida real, se duda, y es muy difícil llegar á una conclu-



sión; muchas costumbres parecen fabulosas, pero después de haber leído la descripción de este viaje, se ven, y aún se tocan, esas costumbres, tales como las obras artísticas las habían dado á conocer; ni los libros ni los cuadros habían mentido; los personajes de Lope, de Calderón, de Murillo y de Zurbarán, eran vulgares. El lector va á juzgar del carácter español, no mediante obras de imaginación que lo pongan en escena, sino por la descripción de un testigo de vista.

## I

El espectáculo es terrible y extraño; se desarrolla una devastación, y para el observador, la causa de todas las miserias que envuelve aparece de manifiesto á la primera mirada. Todas las cosas obedecen á las leyes, que son inexorables; unas veces obran contra el hombre y otras veces para el hombre, según los actos de éste; pero el hombre no es dueño de cambiarlas; en unas ocasiones las sufre y por ellas padece; en otras, á ellas se acomoda y las utiliza; en las cosas morales, como en las cosas físicas, la repercusión es segura; debemos estar prevenidos, porque seríamos arrollados si la provocásemos ó la esperásemos. España la provocó, y la esperó, y cayó en ruínas por efecto de su choque. A fines del siglo XVII se parecía á la Turquía contemporánea. Aunque de tanta extensión como Francia, se vió reducida á seis millones de habitantes. Unas veces sirvió de presa á Holanda, á Cromwell; otras veces á Richelieu, á Mazarino, á Luis XIV: en cada guerra perdía una provincia; le arrebatában las ciudades á la carrera. Si aún se sostenía era con ayuda de naciones protestantes; si conservaba los Países Bajos era con guarniciones holandesas. Su ejército se componía de 20.000 malos soldados; la escuadra consistía en algunos barcos prestados por los genoveses, y en



todas partes, al lado de la impotencia del Estado aparecía la miseria del súbdito. Ni una fuente en Toledo; el gran depósito que alimentaba la ciudad se rompió, no se pudo reconstruir, y era preciso andar 30 toesas (58 metros) hasta el Tajo para encontrar agua. En la Mancha y en Galicia había 80 leguas de desierto: «el mayor árbol que se encuentra en esa región es un poco de sérpol y de tomillo salsero.» Ni una hospedería. Se viajaba en caravanas, en grandes galeras de seis ruedas, que podían contener hasta 40 personas; enganchaban á estas máquinas 20 caballos y partían ocho ó diez juntas, para socorrerse en caso de necesidad. En las otras provincias, los albergues eran como las posadas en que pernoctó D. Quijote. A diez leguas de Madrid, las habitaciones eran agujeros oscuros, en donde «era preciso llevar luz hasta en pleno medio día.» No se usaba más lumbré que una lámpara infecta. «Se ha ido por todas partes, y hasta en casa del cura, para encontrar candela, y no se ha hallado en ningún sitio..... No hay chimeneas. Hacen un agujero en lo alto del techo, y por allí sale el humo.» En esta atmósfera, que perturba y sofoca, «gruñen una docena de hombres y otras tantas mujeres, más negros que diablos, hediondos y sucios como cerdos, y cubiertos de harapos.» Uno rasguea una mala guitarra y canta con voz de gato ronco; las mujeres, desgredadas como gitanas, hacen resaltar sobre su piel morena y amarillenta cinco ó seis collares de gruesos abalorios. «Ni puchero en el fuego, ni platos lavados. No hay en la casa más que una taza, y para utilizarla es necesario esperar á que los arrieros la hayan dejado.» El aspecto era de un campamento asiático, y en los pueblos, las frituras, las materias excrementicias y el lodo recuerdan la negligencia de las ciudades de Oriente. En Madrid las casas son de tierra y ladrillo, la mayor parte sin cristales. «Cuando se quiere hablar de una casa á la que nada falta, se dice que tiene vidrieras. Nada hay peor acondicionado que el pavimento de las calles; por muy lentamente que se ande por ellas, se va siempre tropezando.» Los arroyos, detenidos en



su curso, producían un lodo que «manchaba hasta los arreos de los caballos»; la suciedad salpicaba á las señoras que iban en carruaje, y para preservarse de ella bajaban los cristales y las cortinas; aun así, el agua entraba en los coches por debajo de las portezuelas. Un paseo era un peligro. En una ocasión, el carruaje del embajador de Venecia volcó al salir de su palacio en esta «marea negra», y los terciopelos, los bordados y los dorados de 12.000 escudos quedaron en tal situación, que no pudieron volver á servir. La policía de las costumbres no era mejor que la policía de las calles: los valientes asesinaban por precio convenido, y las gentes de justicia procedían peor que los valientes. En dando algún dinero á un Alcalde ó á un alguacil, detendrán á la persona más inocente, la arrojarán á un calabozo y la harán perecer de hambre sin proceso, sin orden, sin decreto. En cambio, los ladrones, los asesinos, los envenenadores, permanecen tranquilamente en Madrid, si no tienen bienes conocidos. Si los tenían, la policía explotaba su crimen para apoderarse de su dinero. Ninguna idea de la justicia. Se condenaba á muerte á dos ó tres culpables por año, y eso con repugnancia. Son hombres como nosotros—decían,—compatriotas nuestros y súbditos del Rey. En presencia del cadalso el pueblo llora, y, como en Italia, se declara contra el verdugo en defensa del criminal. Una población así, es, como en Oriente, un conjunto de hombres entregados á sí mismos para bullir en sus chiribitiles y luchar con sus propios instintos. Si el Gobierno interviene en la vida pública, no lo hace para prestar servicios, sino para cobrar impuestos: toma, deja hacer y no saca más provecho del hombre que el que el hombre saca de las cosas. Ni las aptitudes humanas ni las fuerzas naturales han sido organizadas inteligentemente y con una dirección determinada y útil; el desorden, la inexperiencia, la esterilidad primitivas subsisten en la sociedad lo mismo que en el suelo. Miseria y farsa, dorados y guiñapos. Hace ya cien años que en *El Lazarillo de Tormes* se escribía la novela del hambre. En esa decadencia común la falta no



está sólo en el Gobierno, sino en el pueblo. Lo que el primero ha hecho, el otro lo ha conservado, consentido ó aprobado. La intolerancia católica, la política absolutista, la Administración inepta y brutal han tenido á la Nación por cómplice. Si se busca la causa de este abatimiento continuo ó de esta barbarie persistente, no se hallará sólo en la ignorancia ó en la ceguera de los jefes, sino especialmente, y sobre todo, en esa estructura íntima de las almas, que en todo país impone á cada Nación su fortuna, buena ó mala, y la destina á los desastres ó á los éxitos.

El primer rasgo del carácter español es la falta de sentido práctico. No sabe y, sobre todo, no quiere acomodarse á las cosas. La soberbia es su fondo, y juzga que la preocupación por lo útil es indigna de él. En Vizcaya y en Navarra, todos, hasta los aguadores son caballeros; habiendo combatido toda la Nación contra los moros, todos los hijos del país se consideran descendientes de los Cruzados; la ley declara que los niños expósitos sean reputados nobles, y un noble no trabaja. «Cualquier humilde campesino tiene la persuasión de que es »hidalgo, es decir, caballero; en la más modesta casa hay una »historia fabulosa, compuesta desde hace muchos años, que »se deja por única herencia á los hijos y á los nietos de aquella gente rústica; en esa historia fabulosa interviene la antigua caballería y lo maravilloso, y figuran como tatarabuelos »Don Pedro y Don Juan, que hicieron tales y cuáles servicios »á la Corona, y, por tanto, no quieren *descender* y perder su »*gravedad*. Por lo mismo que así piensan, sufren resignadamente el hambre y otras necesidades de la vida antes que »trabajar, según dicen, á manera de mercenarios, lo que sólo »es propio de esclavos; de modo que el orgullo, secundado por »la pereza, les impide la mayor parte del tiempo sembrar sus »tierras, á menos que no vengan extranjeros á cultivárselas. Sucede que un campesino se repantinga en su silla y se pone »á leer un viejo romance, mientras que otros trabajan en su »lugar y se llevan su dinero.» El mismo orgullo existe en toda



clase de personas, cualquiera que sea su condición. El cocinero de un Arzobispo reprendido por su amo á causa de haber guardado la llave del lugar en que se guarda la marmita, se niega á entregarla, y responde: »No puedo sufrir que se me »reprensa, siendo como soy de raza de cristianos viejos tan »nobles como el Rey, y tal vez un poco más.» Los criados exigen respetos; «pretenden casi todos ser de tan buena casa »como el dueño á quien sirven, y si fueran ultrajados, serían »capaces para vengarse de matarlo á traición ó de envenenarlo. Se han visto muchos ejemplos.» Se dirige uno en Madrid á casa de un carnicero, «le pide la mitad de una ternera para »pagarla proporcionalmente á su peso, pero él no se digna responder ni dar lo que se le pide. Se limita el comprador á pedir una lonja de la ternera, y el carnicero le hace pagar por adelantado y le entrega por su ventanilla un trozo de carne-ro. El comprador se lo devuelve, diciéndole que no es aquello »lo que pide; el vendedor lo toma y entrega un solomillo de »vaca: grita el otro más fuerte pidiendo lo que había solicitado, pero el carnicero no contesta, tira el dinero y da al comprador con la puerta de la ventana en las narices.» No es el vendedor el que se muestra atento con el comprador, sino éste con aquél. «Hasta los mendigos cuando piden limosna lo hacen con aire imperioso y dominante, y si se les niega, es necesario hacerlo con cierta cortesía, diciéndoles: caballero, »perdóneme su merced; no llevo dinero.» Por veleidades de la fortuna, bajo la ropilla de cualquier mendigo se halla el alma de un rey que se cree nacido para el respeto y la ostentación. Un zapatero se aproxima al puesto de una mujer que vende salmón, y le pide una libra: «Sin duda, exclama la vendedora, »vuestra merced cree que este pescado está barato, pero se engaña: vale á escudo la libra.» El zapatero, indignado, le responde en tono altanero: «Si hubiera estado barato me contentaría con una libra; pero puesto que está caro llevaré tres. »Inmediatamente le da los tres escudos, se cala bien el sombrero, se atusa con arrogancia el bigote, requiere la formi-



»dable espada hasta levantarla á la altura del hombro, y no-  
»tando que escuchábamos su coloquio y que éramos extranje-  
»ros, nos mira con fiero desdén. Lo gracioso del asunto está  
»en que aquel hombre tan vanidoso no tendría quizás en el  
»mundo más que aquellos tres escudos, que serían su jornal de  
»toda la semana, y que el día siguiente, él, su mujer y sus hi-  
»jos, ayunarían rigurosamente con solos pan y agua; pero de  
»esa condición es esta gente: muchos individuos se proporcio-  
»nan las patas de un gallo capón y las llevan colgando por  
»debajo de la capa, á fin de aparentar que llevan efectivamente  
»un capón aunque no llevan más que las patas.» Pero, en suma,  
entre cueros y tirapiés pasan por señores. «No se encuentra un  
»carpintero, un sillero, ú otro cualquier artesano de taller, que  
»no se vista con veludos y satín como el rey, y no tenga la  
»espada, el puñal y la guitarra colgados en su accesoría. Tra-  
»bajan lo menos que pueden, y solamente obligados por extre-  
»ma necesidad hacen algo; después llevan su tarea. Si se tra-  
»ta de un zapatero, y tiene dos aprendices, se hace acompañar  
»de los dos, y da á cada uno un zapato para que lo lleve; si  
»tiene tres van con él los tres, y solamente con mucho disgus-  
»to se rebaja él mismo á llevar su trabajo. Cuando concluye  
»va á sentarse al sol con otros holgazanes como él, y allí, con  
»autoridad soberana, deciden acerca de los negocios del Esta-  
»do y arreglan los intereses de los Príncipes.» La discusión se  
enciende, los discutidores se acaloran, y se baten. Hace poco  
llevaron á la Embajada de Dinamarca á un frutero gravemen-  
te herido: había hecho uso de la espada para sostener que el  
Sultán debía estrangular á su hermano. En el teatro deciden:  
un zapatero es quien dirige en Madrid los aplausos y los silbi-  
dos; y cada autor va al taller del maestro de obra prima para  
consultarle sus obras. En fin, son galantes, músicos y poetas.  
En los días festivos, en el paseo ó cerca del Manzanares se les  
ve conversar noblemente, bebiendo agua y tocando la guita-  
rra ó el arpa. A un pueblo de esa condición conviene un pue-  
blo de esclavos; pero como sus individuos no tienen esos es-



clavos que los provean de trajes, víveres y de bienestar, se quedan en la cama el día en que dan á lavar su única camisa y ayunan en paños menores.

El ejemplo lo dan los grandes, y aun el mismo Rey. En suma, la administración es la de un *pachá* que corta el árbol para cogerle el fruto. Hay prohibición de plantar vides ú olivos en las Indias y de establecer manufacturas en ellas: los galeones del Rey son los únicos proveedores y la repartición indica á cada villa los abalorios que debe comprar. Un gobierno de provincia no es una carga sostenida para servicio de los súbditos; es un beneficio que el poseedor explota en su provecho. Con ese motivo y para que cada cual pueda enriquecerse cuando le llegue el turno, se dan aquellos empleos solamente por tres ó cinco años. «A ellos van pobres la mayor parte y apandan lo que pueden: un Virrey sin dificultad reúne cinco millones de escudos; un gobernador de plaza quinientos ó seiscientos mil; un religioso predicador treinta ó cuarenta mil.» Los españoles no se han desprendido todavía de las ideas groseras de las civilizaciones despóticas, en que la Administración no es más que una conquista permanente, en que el único medio de adquirir es la rapiña y en que no hay más valer que el del dinero; pero «guardan ese dinero en sus cajas y mientras dura tienen buena despensa;» no lo emplean en tierras, no lo colocan á interés; «consideran depresivo sacarle beneficio,» y piensan «que cuando se les concluya solicitarán un nuevo cargo.» No tienen idea de economía. «Cuando muere un padre que deja dinero contante é hijos menores, el dinero se encierra en una buena caja sin darle colocación productiva.» El Duque de Frías dejó tres hijas y 600.000 escudos en efectivo: se encerró el dinero en tres cajas, cada una con el nombre de una de las niñas; los tutores guardan las llaves, y diez años, quince años después, el día del casamiento se abren. Lo que nosotros llamamos crédito, empresas, trabajo en grande, se desconoce. La riqueza es un cúmulo de oro, que se encierra ó que se pone de manifiesto. El Duque de



Alburquerque tiene 1.400 docenas de platos de oro y de plata: 500 platos de entrada, 700 más pequeños, el resto en proporción, y 40 escabeles de plata para colocar junto á la mesa. El Duque de Alba, que no es rico en vajilla, tiene 600 docenas de platos pequeños, y 800 platos mayores, todos de plata. La servidumbre corresponde á este lujo, y cada individuo se halla tan ocioso como el dinero. Las dueñas, escuderos y pajes hormiguean con sus grandes mantos y sus libreas lujosas, en los grandes salones vacíos, y bostezan noblemente, haciendo figuras ó mascullando con sus rosarios. «Cuando un gran señor muere, si tenía cien criados, su hijo los conserva, sin disminuir el número de los que ya tuviera en su propia casa. Si muere la madre, lo mismo: todas las mujeres que estaban á su servicio, pasan al de su hija ó de su nuera; y esta costumbre se extiende hasta la cuarta generación, porque nunca se les despide: se les coloca en casas vecinas, y se les paga mesada; de cuando en cuando, se presentan más bien para hacer ver que no han muerto que para prestar ningún servicio.» La Duquesa de Osuna tiene 300 criadas; hace poco tenía 500. El Rey paga sueldo á 10.000 personas. Todos esos parásitos mueren de hambre. Un criado tiene de jornal dos reales diarios (siete sueldos y medio) para alimentarse y vestirse. Un gentil hombre tiene quince escudos por mes, y con este dinero debe sostenerse, vestir de terciopelo en invierno y de tafetán en verano. «Así no se alimentan más que de cebollas, guisantes y otros modestos géneros.» Ordinariamente no comen en la casa, excepto los dueños: los gentiles hombres y las damas van á la esquina de la calle, á las cocinas públicas, donde hay grandes calderos que hierven en trébedes. «Compran habas, ajos, cebolla y un poco de caldo, en el cual empapan el pan.» Así viven miserablemente, cargando su estómago. Los pajes son más felices, «porque son ladrones como hurracas... Al llevar los platos á la mesa, se comen más de la mitad de lo que contienen, y se engullen los trozos hirviendo, por lo cual tienen los dientes echados á perder.» Algunos in-



dividuos acomodados han hecho construir una marmita de plata, cerrada con un candado; el cocinero observa por una rejilla si la sopa está en punto; de esta manera se preserva de los pajes. «Antes de este procedimiento, ocurría muchas veces que cuando se iba á poner la pasta para la sopa, no se encontraba ni carne ni caldo.» La vida doméstica parece un campamento con todos sus azares y todos sus desórdenes. «Frecuentemente hay en una cuadra 50 caballos que no tienen paja ni cebada, y perecen de hambre.» Nunca se guardan provisiones. Todos los días hay que ir á casa del panadero, del carnicero y del pastelero para comprar fiado lo que hace falta. «Si el dueño de la casa durante la noche se pone enfermo, ocurrirán muchas dificultades; porque ni vino, ni agua, ni carbón, ni bujías se encuentran en la casa: todo lo sobrante del día se lo llevan los criados á su domicilio particular, y al día siguiente hay que comenzar de nuevo la provisión.

Con estos detalles, referentes á la casa, se puede adivinar la manera con que los españoles gobiernan su fortuna. El orgullo reina en sus almas, y las quimeras refinadas que ese orgullo arrastra consigo predominan con él, tanto más imperiosamente cuanto más se oponen al interés visible y á la vulgar razón. El príncipe Destillano tiene empleos y comisiones que deben producirle unas 80.000 libras de renta, pero sólo dan de cuatro á cinco mil libras, y «cuando su secretario le presenta las cuentas, aquél las rechaza, alegando su condición y diciendo que aquello es una bagatela.» El Duque de Arcos, creyéndose despojado de la corona de Portugal por los Braganzas, se niega á rendir á éstos homenaje por las tierras que tiene en aquel reino, y pierde así anualmente 40.000 escudos de renta, y además los atrasos inmensos que deberían pagarle. Muchos grandes no quieren ir á sus Estados, «así es como llaman á sus tierras, ciudades y castillos»; ponen todos sus negocios en manos de un intendente, cuyas cuentas no revisan, y á quien permiten arruinarles como tenga á bien. «Un hombre ó una mujer de calidad preferiría morir antes que re-



gatear el precio de una tela, de unos encajes, de unas alhajas, ó de admitir la vuelta de una moneda de oro; la ceden al vendedor por la molestia que éste hubiera tenido en vender por diez doblones lo que no vale más que cinco. Los proveedores ordinarios fijan en sus facturas lo que quieren y el precio que les parece. Así marchan las cosas, hasta que los bienes se concluyen; entonces el propietario cede lo que le resta por una pensión vitalicia. La misma incuria y el mismo desorden hay para la educación de los hijos; tan pronto como los destinan á la profesión militar, no les enseñan latín ni historia; no los hacen viajar, no los instruyen en el uso de las armas ni en la equitación; verdad es que en Madrid no hay ni siquiera una Academia en que se enseñen ejercicios corporales; se pasean y hacen la corte á las damas. «Los jóvenes de calidad, que tienen dinero, comienzan desde la edad de doce ó trece años á proporcionarse una novia, es decir, una dama, para la cual toman de la casa paterna todo lo que pueden atrapar. Añádase á esto, que se les casa, por decirlo así, al salir de la cuna. Se da colocación á los dieciséis años á un hombrecito en su casa con una mujercita, que no es más que una niña, y esta costumbre hace que el joven no aprenda lo que debería saber, y que se entregue desordenadamente á los vicios cuando se encuentra hecho dueño de su conducta; de manera, que pasa frecuentemente su vida al lado de la chimenea, como un anciano en su decrepitud: y porque este noble holgazán es de una ilustre casa, tal vez sea escogido para que vaya á gobernar pueblos, que serán víctimas de la ignorancia de su gobernador. Lo que es aún más lastimoso, es que este tal hombre se llega á creer un gran personaje, y no se rige más que por su propio parecer, sin consultar con nadie: de esta manera, todo lo hace al revés. Su mujer no tendrá genio ni habilidad, y consistirá todo su mérito en una gloria insoportable, de la que estará orgullosa. Y frecuentemente, personas de capacidad reconocida tendrán que obedecer á estos dos estúpidos, que les han dado sus superiores.»



Lo más triste del caso es, que esta esterilidad y este desorden son voluntarios. «La naturaleza ha sido con ellos menos avara, que ellos mismos lo son para sus propios intereses. Tienen más inteligencia que otros; poseen gran vivacidad y gran cordura; hablan y se expresan fácilmente; tienen mucha memoria, escriben de una manera clara y concisa; comprenden con rapidez; les es fácil aprender todo lo que quieren; entienden perfectamente la política; son laboriosos y sobrios cuando es preciso... Dan pruebas de grandes cualidades: generosidad, reserva, amistad, valentía, en una palabra, todos aquellos sentimientos del alma que hacen el perfecto hombre honrado.» Ningún pueblo ha recibido de la naturaleza y de las circunstancias tan magnífico lote de prosperidades y de esperanzas. Por la fuerza y por la inteligencia los españoles dominaron en Europa, á la cual impusieron el ascendiente de su política, de su literatura y de su gusto. Cuanto el genio, el trabajo y las circunstancias del Renacimiento llegaron á acumular con respecto á invenciones, descubrimientos y tesoros, les tocó en suerte; heredaron las artes de Italia; gozaron de la industria de Flandes, recogieron las riquezas de América. La fortuna fué con ellos pródiga, y la verdad es que su corazón estaba tan alto como su fortuna. Un solo don les ha faltado: la capacidad para comprender y la voluntad para sufrir las condiciones vulgares é insuperables de la vida humana. Al tratar de los españoles, se piensa en aquel hijo de príncipe colmado desde su nacimiento de inteligencia, de virtudes, de grandezas, pero que habiendo sido cegado por una mala hada, languidecía enfermo, impotente, miserable, en su cuna cargada de coronas y bordada de oro.

H. TAINÉ.



## CRÓNICA LITERARIA

---

### CÁNOVAS

Θελω λέγειν Ἀτρείδας..... Quisiera hablar, como de costumbre, en esta crónica, de algunos de los libros recientes que se amontonan en mi mesa del trabajo. Pero el pensamiento y la pluma se me van irresistiblemente hacia otra parte. Hacia esa gran figura española que acaba de desaparecer trágicamente, y á la cual podemos ya rendir libre homenaje de admiración los que la admiramos en silencio, en los días de su poder, cuando el elogio podía parecer á la malicia adulación interesada.

¿Qué libro más interesante que la realidad? Y dentro de ella ¿qué asunto de tan magno interés como la vida de los grandes hombres, de los conductores de los pueblos, ya por el áspero camino de la vida real, ya por las etéreas y luminosas esferas del pensamiento?

La obra literaria de Cánovas, pues como habrán comprendido los lectores á él me refiero, daría motivo para llenar no una sino varias de estas crónicas. Fueron muy diversas sus aptitudes como cultivador de las letras, y muchos y diferentes los géneros en que ejercitó su ingenio. En la poesía lírica, en la historia, en la oratoria política y académica, en la novela histórica, en la literatura didáctica, á la que pertenecen sus nu-



merosos y profundos estudios filosóficos, sociales y jurídicos, en la crítica literaria y artística mostró Cánovas la universalidad de sus facultades, si bien no pudo, naturalmente, sobresalir y perfeccionarse por igual en tan diversos géneros, que no fueron tampoco, como es sabido, la principal y más constante ocupación de su laboriosa existencia, consagrada en primer término al ejercicio práctico de las artes de Gobierno.

Considerábase Cánovas por esta razón como un desterrado de las letras, á las que sólo pudo consagrar, fuera de los primeros años de su juventud, los ratos de ocio, que le dejaban sus ocupaciones y cuidados de gobernante y hombre público.

Teniendo en cuenta esta circunstancia, es verdaderamente prodigiosa la labor literaria que pudo realizar, casi á ratos perdidos, como suele decirse vulgarmente, aunque en realidad no lo fueran, sino todo lo contrario, este hombre verdaderamente excepcional, uno de los pocos contemporáneos de quienes con razón puede mostrarse orgullosa España.

No menos sorprendente que el fruto con que cultivó Cánovas las letras, en condiciones tan poco favorables como las que supone la continua y obligada preocupación de su espíritu con otro género de problemas que los pertenecientes al reino de la estética, es esa gran variedad de sus aptitudes de literato, á que antes aludía. No llegó, ciertamente, en todos los géneros cultivados por él (ni era, en lo humano, posible) al grado superior de perfección, pero mostró en todos ellos condiciones tales de buen gusto, de claro entendimiento y de sólida preparación, que de haberse consagrado exclusivamente á cualquiera de ellos, hubiera podido emular á sus más celebrados y sobresalientes cultivadores.

La obra literaria de Cánovas no ha sido, hasta ahora, juzgada imparcial y completamente. Tuvo, como todos los poderosos, aduladores, pero también apasionados enemigos que quisieron cobrarse en el literato los agravios del político, ó llevar al examen de sus obras la prevención nacida de la oposición de ideas ó del odio hacia lo que Cánovas en la vida pú-



blica representaba. Se le juzgó, por lo común, de un modo pequeño, con microscopio, buscando menudas imperfecciones de detalle en obra de tan grandes alientos y elevada inspiración como la suya. Más que la crítica serena y razonada, se ensañó con él la sátira mordaz, que á pocos grandes perdona, si por ventura se libra de ella alguno. Estas mismas críticas delataban á veces, en medio de su saña, la alta idea que tenían de Cánovas sus censores. ¡Poco ufanos que se ponían por haberle sacado á relucir un ripio, ó por haberle pedido cuentas de un arcaísmo! ¡Ahí era nada hombrearse con tal personaje y erigirse en juez de sus obras! Este sentimiento vanidoso y el espíritu de imitación de los abundantes carneros de Panurgo que por acá tenemos, hizo que muchos hablaran mal de las poesías de Cánovas..... sin haberlas leído.

No me propongo ahora hablar de sus numerosos libros, ni señalar siquiera las cualidades que desarrolló principalmente en cada género. Trataré tan sólo de bosquejar algunos rasgos característicos suyos y de mostrar lo que me parece más saliente de su obra como historiador y como político, como autor de historia, en los dos sentidos, de escritor y de agente, que puede admitir la frase.

\*  
\* \*

Cánovas ocupaba en la sociedad española un lugar aparte, una posición especial por lo preeminente. Desde la Restauración acá, sólo Castelar ha compartido con él esta hegemonía espiritual, esta autoridad moral que nada tiene que ver con la autoridad material del mando, ejercida en igual medida por otros hombres, ni con el prestigio pasajero de la popularidad que tan rápidamente cambia de titulares. Uno y otro, Cánovas y Castelar, eran para los extranjeros las dos grandes figuras españolas de nuestra época, y lo mismo para sus compatriotas, aunque entre estos negase la pasión política lo que el



convencimiento íntimo de la generalidad afirmaba. Poco antes de la tragedia de Santa Agueda, discutióse cierta alusión que un escritor francés hacía en una revista al «hombre que en España conocía mejor su tiempo y los tiempos pasados, su país y los demás países». A nadie se le ocurrió que el texto pudiera referirse sino á Castelar ó á Cánovas, y hay que decir, en honor de la verdad, que primeramente se señaló á éste como la persona de tal manera designada. En ambos aparecen los talentos políticos y la pericia de gobernantes, realizados por el prestigio del saber y de la fama literaria.

¿Era Cánovas impopular, como se ha dicho? Lo era y no lo era, según la impopularidad se entienda. Si por pueblo se toma á la plebe y por popularidad el sentimiento que inspiran los ídolos populacheros de un día ó de una semana, no era popular ciertamente. Mas si por representación del pueblo tomamos á la masa de personas desinteresadas de las luchas políticas, que forma esa opinión neutral, tan numerosa en España, y por popularidad la confianza en las dotes y en la buena fe de un hombre público, bien puede decirse que era popular Cánovas. En los momentos de pesimismo respecto á la cuestión de Cuba y la actitud de los Estados Unidos, era frecuente oír á personas imparciales: «¡Gracias que está Cánovas! ¡Sólo él puede sacarnos de este atolladero!»

Era, sin embargo, más respetado que amado, aunque inspiraba viva afección á los que le trataron con alguna intimidad, y ejercía grandísimo ascendiente, verdadera seducción — la seducción del genio — sobre cuantos á él se acercaban. Pero los que no le conocían, ó le conocían sólo superficialmente, se le figuraban muy otro de lo que era. De ahí la leyenda de su soberbia, que interpretada caprichosamente por personas que sólo conocían á Cánovas por las caricaturas y los chistes de los periódicos, hacía creer á muchos que Don Antonio era un señor de muy mal genio, que miraba á todo el mundo por encima del hombro, y que hablaba siempre con el entrecejo fruncido.



No; no era soberbio Cánovas en el sentido que se figuraba el vulgo. Tenía, sí, el noble orgullo del hombre que se lo debe todo á sí mismo; la plena conciencia de la dignidad debida á lo que era y representaba en España: pero esa altivez la ejercitó sólo con los grandes y poderosos, ante los cuales puede decirse que nunca cedió poco ni mucho, dando un ejemplo de decoro y de respeto á sí mismo, por demás raro en estos tiempos de flexibles espinazos. Pero cualquiera de los personajes nulos á quienes hizo D. Antonio de la nada, en un momento de condescendencia disculpable en aquel hombre que lo podía todo, tiene más soberbia y se da más tono que Cánovas, el cual se humanizaba con los humildes y no tenía á menos departir un rato con la Canuta del Retiro, ó tratar como á compañeros á los *chicos de la prensa* que le esperaban en las escaleras de la Presidencia. Mejor que nadie saben los periodistas que no era Cánovas el hombre intratable y endiosado por que se quería hacerle pasar. Era de más fácil acceso y de trato más llano y afable que cualquiera de los infinitos Ministros que han llegado á serlo en España, sin haber debido pasar jamás de jefes de negociado de tercera clase.

Esta justa altivez de Cánovas, tan desfigurada por la leyenda, era uno de los rasgos, eminentemente españoles, de su carácter. Era la altivez del *Castellano leal* que pinta en su maravilloso romance el Duque de Rivas; la conciencia de la propia dignidad y del propio valer, sin la careta de la falsa modestia, que es una forma solapada y embustera del orgullo.

Cánovas era un espíritu eminentemente aristocrático que rendía culto á las más nobles aspiraciones intelectuales. Pero convencido de que pertenecía por derecho propio á la más elevada, más antigua y natural de las aristocracias, á la aristocracia del genio, jamás quiso buscar en distinciones y títulos exteriores la consagración de su categoría. Él, que después de la Restauración recompensó con honores y títulos nobiliarios á sus auxiliares, no quiso nunca llamarse más que D. Antonio Cánovas. Como Bismark, cuando Guillermo II, al despedirle,



le decoró con un aparatoso ducado, podía decir que un título no le hubiera servido más que para viajar de incógnito.

No se dice ciertamente una cosa nueva al decir que Cánovas tenía temperamento autoritario y no era dado á sufrir la contradicción. Bien miradas las cosas, tenía razón para ser así. En su larga vida política tropezó muchas veces con colaboradores torpes ó desleales; tuvo que luchar con preocupaciones del vulgo, con intereses de clases, con intrigas y conjuraciones diversas; vió en diferentes ocasiones estropeados los planes que sagazmente concibiera, por errores y torpezas de otros. No es extraño que, conociendo mucho á los hombres y no haciéndose ilusiones sobre el estado de cultura del país, se inclinase más al pesimismo que al optimismo. Confiando en sí, viendo sancionadas por la experiencia sus previsiones y establecido y triunfante el régimen político que era su obra, parece natural que se mostrara celoso de su autoridad para conservarle y que usara de ella en interés público, que en interés propio jamás la usó, pues aparte de su honradez acrisolada, de que ha venido á dar nuevo testimonio el hecho de haber muerto pobre, fué acaso el político menos accesible á los achaques de nepotismo, tan generales en España.

Tenía Cánovas verdaderas condiciones de dictador. No en el sentido antipático y faccioso que se ha dado modernamente á esta palabra, llamando dictador al hombre que atropella las leyes y gobierna por la fuerza, con la complicidad y el apoyo de alguna clase ó institución poderosa. Era demasiado hombre para este papel de tiranuelo á la americana. Hubiera podido ser dictador y acaso lo fué de hecho en algún instante, en el noble y alto sentido que dió á esta magistratura Roma, la maestra política de las naciones. Un patricio eminente á quien el Estado confiaba en momentos de peligro todos los poderes: eso era un dictador en el sentido clásico, y para eso tenía Cánovas condiciones no superadas ni igualadas por ningún otro español de su tiempo.

Aunque estas viriles cualidades de aquel gran hombre,



despertaran muchas veces iras, temores y hasta odios, jamás fué menospreciado ni tenido en poco. Pudieron llegar hasta él las imprecaciones de la cólera, mas no la carcajada del desprecio. Hasta el mote popular con que la sátira designaba á Cánovas—el *Monstruo*—revela el aprecio que hacían de él sus mismos adversarios. Hasta en burlas lo tomaban en serio, y en vez de buscarle una representación ridícula le daban la representación de algo espantable y fiero, de algo, en fin, que era, según la frase vulgar, cosa de cuidado.

\*  
\* \*

Prescindiendo del *Bosquejo histórico de la casa de Austria*, obra de su juventud que en cierto modo repudió Cánovas cuando se hallaba en la plena madurez de sus facultades literarias, y que empezó á refundir ó á hacer nuevamente, mejor dicho, en sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, son estas y *El Solitario y su tiempo*, las principales obras históricas que deja publicadas, si bien tenía entre manos, y debe de dejar adelantada ó quizás concluida, aunque inédita, otra muy interesante sobre la desmembración de la Monarquía española, estudio destinado á servir de prólogo á las Memorias del Marqués de la Mina y del cual sólo se ha publicado un extenso capítulo que apareció en *La Época* (1). Han dicho algunos, pretendiendo rebajar el mérito de Cánovas, que era un mero prologuista, pero solían ser sus prólogos obras de mayor interés é importancia que las prologadas, ocurriéndole, por su abundancia de erudición y pensamiento, que se ponía á escribir un prólogo y le salía un libro completo.

No parece, así á primera vista, muy grande la obra histórica de Cánovas, y sin embargo pocos de su país y de su tiempo han podido aspirar, con iguales merecimientos que él, al título de historiador. Tenía en grado eminente las cualidades li-

---

(1) Del día 13 de Enero de 1895. Creo que es el primer capítulo.

E. M.—Setiembre 1897.



terarias exigidas para el cultivo de la historia como arte. Poseía el don de evocar lo pasado en representaciones de vivo colorido; su estilo clásico y majestuoso se amoldaba á maravilla á la severidad de las relaciones históricas; sin incurrir en el arcaísmo exagerado de su tío el Solitario, pertenecía por su castizo estilo á la familia de los Melo y los Hurtado de Mendoza, como éstos á su vez fueron, en algún modo, sucesores de Tácito, Tito Livio y Salustio. Y no eran menores en Cánovas las dotes pertenecientes, no ya á la forma sino á lo interno de la historia, al esclarecimiento, interpretación y juicio de los sucesos.

Historiador de sucesos particulares en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, cultivador de la historia anecdótica y biográfica en *El Solitario*, penetra, sin embargo, Cánovas en las profundidades de la historia pragmática y filosófica. Su teoría de la parte de azar que hubo en el predominio de España en el siglo XVI; de la desviación causada en el cauce natural de nuestra historia por el matrimonio de Doña Juana la Loca; y de lo inestable y pasajero que había de ser forzosamente aquel período de grandeza, debida á causas que no tenían por base las condiciones naturales y económicas del país, es de lo más profundo que se ha pensado y dicho sobre la historia de España. Por eso quizás, la ignorancia y la patriotería de oropel se cebaron con preferencia, en sus ataques á Cánovas, en estas verdades más útiles y patrióticas que las ficciones de la historia no *ad usum desphinis*, sino peor: para uso y adulación del vulgo.

Cánovas amaba la tradición española, pero no con pasión irracional que le cegara el entendimiento. Veía, pues, el carácter accidental de aquella grandeza, lograda por otros caminos y en empresas diferentes de las que la naturaleza de las cosas parecían haber marcado á España; contemplaba luego el desarrollo y consumación de la inevitable decadencia, el agotamiento, la pérdida del poderío, la desmembración del enorme imperio y tras tantos sacrificios y luchas, no lograda



ni en camino de lograrse, la unidad peninsular que parecía ser el término natural de la evolución histórica de los Estados regionales españoles. De ahí su deducción amarga, pero verdadera y de provechosa enseñanza, de que debíamos limitarnos á conservar nuestro patrimonio, si nos era posible, absteniéndonos de todo linaje de aventuras y de todo sueño de engrandecimiento.

Es de notar y muestra cuán sólido era el juicio histórico de Cánovas y cómo no enturbiaban la claridad de su inteligencia esos vapores de orgullo y endiosamiento de que tanto se ha hablado, que aquel hombre que había sido uno de los principales factores de la historia de su tiempo y de su patria, que *había hecho la historia*, en algún momento, no se dejó arrastrar por la seducción de esa teoría aristocrática, según la cual la historia de los pueblos es en primer término creación y obra de los genios, de los grandes hombres ú hombres providenciales. Lejos de seguir esta doctrina histórica que viene á representar la etapa del pensamiento que, en el orden lógico, inmediatamente sigue á la interpretación teológica de la historia, y aun se confunde con ella presentando en cierto modo á los héroes ó personajes providenciales como sucesores de aquellos dioses y semidioses que, según las fábulas primitivas, fueron los instructores de la humanidad en artes, leyes y costumbres; lejos de esto, Cánovas entendía la historia á la moderna, como resultado de muy complejos factores, pero principalmente de las condiciones naturales de cada pueblo, así las tocantes al territorio, como las referentes á la raza de sus pobladores.

Es tanto más notable esta elevación del pensamiento de Cánovas como historiador, cuanto que en España los estudios históricos han tenido modernamente muy escaso florecimiento. Con raras excepciones, apenas hemos tenido otra cosa que investigadores de segundo orden, de esos que pudieran llamarse albañiles de la historia, á los cuales corresponde la indispensable pero no genial tarea de ir acopiando datos y materiales



para el verdadero historiador. La historia no se reduce á eso, como la arquitectura no se reduce al acopio de piedras, ladrillos y argamasa, sino que supone el plan inteligente del arquitecto y la disposición armónica y adecuada de los materiales, con arreglo á ese plan. No hay que decir lo mucho que se destaca la figura de Cánovas historiador (que era, siguiendo la comparación, arquitecto) de entre todos esos modestos operarios de la historia nacional, rebuscadores más ó menos afortunados en Archivos y Bibliotecas, embebidos por lo común en la persecución de las migajas históricas que dejaron abandonadas ú olvidadas sus predecesores, y consagrados casi siempre á la averiguación de esos menudos antecedentes y detalles más propios para satisfacer la curiosidad de los eruditos que para hacer variar el curso del pensamiento histórico, presentando bajo nueva faz y con nueva luz personajes y sucesos.

No quiere esto decir que sean de desdeñar, ni que desdeñara Cánovas los laboriosos trabajos de investigación de los monumentos de lo pasado. Por el contrario, era, como nadie ignora, aficionadísimo á los libros y papeles viejos, de los cuales tenía gran copia en su selecta biblioteca. Pero su gran entendimiento no se limitaba al trabajo, de orden secundario, de la comprobación y acumulación de hechos: veía en ellos datos que interpretar, símbolos de la realidad que pasó, hilos conductores para orientarse en el laberinto de las épocas que fueron, y llegar á reconstruir su imagen con las cortas é incompletas reliquias que va dejando el tiempo de los siglos que devora.

\*  
\* \*

Se juzgará paradójica, pero es lo cierto que era Cánovas uno de los hombres á quienes más debía la libertad en España. Contribuyó como ninguno á consolidarla y á hacerla compatible con el orden, sin el cual sólo puede tener existencia efímera y azarosa. Los reaccionarios, que nunca transigieron



con él, y que fueron sus más resueltos enemigos, lo han reconocido con franqueza á su muerte.

La época culminante de la vida política de Cánovas es la de la Restauración, aquella en que se echaron las bases y se marcaron los derroteros del régimen existente en España. Están todavía recientes los sucesos, vivos algunos de los actores, fresca la tumba de otros, para que pueda todavía la historia dar con toda serenidad y completo conocimiento su sentencia sobre los sucesos de aquel período. Pero ha transcendido al público, y anda ya en historias escritas lo bastante para que podamos figurarnos el drama íntimo que se representó entonces entre los partidarios del restablecimiento de la Monarquía constitucional, y los obstáculos con que tuvo que luchar y que tuvo que vencer Cánovas, no siendo los menores los procedentes de sus auxiliares en la común empresa. Mucho se ha dicho de las desavenencias entre el elemento civil y el elemento militar alfonsino, de la intemperancia de los *ultras*, que acusaba de tibieza á Cánovas, de lo inopinado del movimiento de Sagunto, fraguado á espaldas de aquel, según muchos, que aseguran lo calificó severamente de *cadetada*. Pero sea de esto lo que quiera, que no ha llegado aún el momento de esclarecerlo, ni ahora se trata de ello, es lo cierto que si no le fué dable á D. Antonio Cánovas traer la monarquía de Don Alfonso por medios completamente pacíficos y legales, como era sin duda su aspiración, procuró borrar el sello pretoriano que podía imprimirla aquel origen; establecer un régimen amplio y liberal en que cupiesen todos, para que con el tiempo no hubiera vencedores ni vencidos, y extirpar el militarismo sedicioso, que fué la plaga del reinado de Doña Isabel II.

Este fué el gran mérito y esta la obra de Cánovas. La restauración que él hizo no fué una restauración, sino, como dijo en uno de sus discursos parlamentarios, una conciliación, una continuación de la historia de España. La gran inteligencia de Cánovas comprendió que no pueden borrarse los



hechos consumados, ni puede interrumpirse con una vuelta hacia atrás la continuidad de la historia, sin correr la más ciega é insensata de las aventuras. Su poderosa voluntad se impuso á todos, y obra suya fué el carácter liberal de la restauración, que no hubiese podido consolidarse de otra manera.

Vienen las restauraciones, no tanto por adhesión al régimen que se restaura, como por cansancio y aversión al estado revolucionario al que sustituyen. Pero rara vez lo comprenden los que son en ellas vencedores. Embriagados por el triunfo toman por fuerza propia, lo que es, en realidad, fuerza negativa, fuerza de repulsión á otra cosa, que á ellos les encumbra. Se creen fuertes para todo, pierden el freno de la prudencia y tratan de resucitar el régimen antiguo con los mismos vicios y errores que le condujeron á su ruína. De ahí el carácter efímero, de reacciones pasajeras, que han tenido comunmente las restauraciones, derribadas, más que por sus enemigos, por las torpezas de sus partidarios.

El que no haya sido así la restauración española, á Cánovas se debe principalmente; y bien puede decirse, en este sentido, que los veinte años de paz y de relativa prosperidad que ha tenido España desde 1875 hasta 1895, en que comenzó la crisis presente con la insurrección cubana, fueron obra suya.

Tuvo en este largo período algunos momentos de eclipse la estrella política de Cánovas. Hombre hecho para magnas empresas, sus grandes facultades no se acomodaban á las cosas menudas. En el juego de la política pequeña pudieron alguna vez aventajarle sus adversarios ó dejarse él llevar por auxiliares indiscretos y perjudiciales, cediendo á su desdén hacia las menudencias y tramoyas de la parte más baja de la vida pública, en que él, por repugnancia patricia, no quería penetrar. Pero llegaba el momento difícil, la ocasión solemne, el lance apurado y salía al encuentro de la dificultad el Cánovas de siempre, vigoroso y entero, como si los años no pesaran sobre su altiva frente de genio.

Así ocurrió, cuando en edad avanzada ya, que más le con-



vidaba al bien ganado reposo y á los nobles ocios del estudio, que á los cuidados y preocupaciones del Gobierno, tuvo que salir de nuevo á la arena, esta vez á defender los restos del patrimonio colonial de España. Hacía treinta años que él mismo, desde el ministerio de Ultramar, abriera aquella información sobre el régimen de las Antillas con que acreditó ya su previsión de gobernante, cuando aún no era conocido como político de primer orden. El curso de los sucesos impidió que la información diera los resultados prácticos que de ella pudieron esperarse. Y al cabo de un tercio de siglo correspondió al mismo hombre que la iniciara recoger la espino- sa herencia de toda la larga serie de errores cometidos en el régimen ultramarino. Tocáronle al ocaso de su vida días de lucha y de peligro. Su esfuerzo no se desmintió, no flaquearon su voluntad ni su inteligencia, no vaciló su entereza. Alejó el peligro de un conflicto internacional que podía presumirse desastroso para España, cambió radicalmente el régimen ultramarino, improvisó ejércitos y escuadras, puso en la empresa todo el vigor de su alma; y si no murió vencedor, no murió tampoco vencido ni sin esperanzas de victoria.

\*  
\* \* \*

La vida de Cánovas es armoniosa, completa; envidiable, en cuanto se puede juzgar por apariencias. Una de esas vidas que ofrecen la realización de las más altas aspiraciones del hombre. Llenó plenamente su misión en el mundo. Realizó cuantas ambiciones generosas pudo abrigar en los días de su mocedad pobre y obscura. La gloria, el poder, la felicidad doméstica, cuantos fantasmas seductores pudieron cruzar por sus sueños de mancebo, le acompañaron luego en su peregrinación por la vida. Hasta el amargo trance de la muerte, que á todos los hombres hace iguales, se revistió para él de formas trágicas y apartadas de lo vulgar, que provocaron general consternación y pusieron un coronamiento dramático á aquella



---

noble y bella existencia. La muerte, mirada desde el lado humano y prescindiendo de la fe en otra vida mejor, es siempre un mal. Cuanto la anticipa es también un mal. El mismo Aquiles dice á Ulises que más vale ser humilde patán bajo la luz del sol, que príncipe y soberano de las sombras. Pero, parece que á los grandes hombres les disminuyen menos que la muerte natural, estas muertes trágicas en que se cae en postura de combatiente. Así ha muerto Cánovas: en la plenitud de su poder, esperanzado acaso con el triunfo, tras la áspera y penosa lucha de los dos años últimos; como el general que recibe de improviso una bala, cuando la batalla está indecisa y las banderas ondean aún con promesas de victoria...

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# LA PRENSA INTERNACIONAL.

---

## LOS CLUBS FEMENINOS EN LONDRES

---

Aristóteles dijo que el hombre es un animal sociable; los ingleses, y á ejemplo suyo todos los pueblos civilizados, prueban además que este extraño animal es «clubable», es decir, apto para ir todos los días á un local más ó menos fúnebre, á matar el tiempo fumando cigarros puros, jugando innumerables partidas de billar ó de naipes y leyendo monstruosos periódicos, desde el artículo de fondo hasta el último anuncio. Plantéase aquí una grave cuestión: ¿es *clubable* el bello sexo, y lo es en el mismo grado que el sexo fuerte, según pretende, y feo según es de cierto? Hasta ahora podían caber dudas, pues nunca se había oído hablar de clubs femeninos, aunque la institución estaba tal vez en germen en las reuniones de café provincianas y en los *five o'clock* de la *high life* (¡qué demonio de palabras inglesas!, decía el tío Van Buck). En nuestra época de feminismo exasperado no podía existir por más tiempo semejante laguna, y las ciudadanas de Londres se han encargado de llenarla. La Sra. A. Zimmern, en *Le Forum*, nos da acerca de la finalidad y organización de los



clubs femeninos del otro lado del canal de la Mancha, detalles que insertamos aquí, sobre todo para dar vergüenza á la vieja Galia por haberse dejado una vez más tomar la delantera por la pérfida Albión. ¿Cuándo va á fundarse en París el «Círculo de señoras solas?»

Digamos ante todo algunas palabras acerca del fin que se proponen. Este parece ser doble: en primer término matar el tiempo, como en los clubs masculinos, excepto en lo de los cigarros puros, reemplazados, sin duda, por la conversación picante, ó á lo menos por el gracioso cigarrillo; en segundo término (y de seguro que esto no deja de tener su valor), cuando el marido anuncia después de comer que se va á su casino, poder contestar la señora por su parte que también ella se va al suyo. Kingsley ha dicho en algún sitio que el hombre debe trabajar y la mujer llorar. Pero la Eva moderna rechaza con desprecio ese aforismo de otras edades; á su vez quiere trabajar para no verse ya obligada á llorar. También pretende que la dirijan la frase consagrada, pues de lo contrario se la dirigirá ella misma: «¡Pobrecita, todo el día trabajando; lo menos que puede hacer es distraerse un poco por la noche!» He aquí en dos palabras por qué las señoras y señoritas inglesas han fundado para su uso personal clubs, que al parecer son ya una legión.

El primero (no por orden de antigüedad, sino más bien por su renombre) es *The Pionner*, fundado y dirigido todavía por Mrs. Massingberd, una de las apóstoles más fervientes de la gran causa de la temperancia. El local del club está en Bruton Street, no lejos del palacio de lord Rosebery. La cuota de entrada es de tres guineas, y lo mismo la cuota anual; lo cual no tiene nada de exagerado, pero, no obstante, impide el ingreso en el santuario á las fortunas de una mediocridad poco áurea. Sin embargo, la idea democrática igualitaria reina como soberana y halla su expresión en el hecho de que cada miembro se designa en las relaciones diarias del círculo, no por su nombre, sino por un número de orden. Los *pionners*—



no nos atrevemos á decir las «gastadoras» (1)—tienen por misión trabajar en el progreso moral, intelectual y material de la humanidad; necesitan abrirse camino con el hacha á través de las malezas de las preocupaciones sociales y del espíritu de casta. En efecto, sus insignias son un hacha de plata, que llevan prendida como un broche; y su divisa, inscrita encima de la entrada del *hall* («Si dicen, que digan; dejadlos decir»), es una apremiante invitación á no hacer caso ninguno, en su marcha triunfal, de las murmuraciones y pareceres de las personas ñoñas y asustadizas.

Conocido el carácter de la fundadora-presidente, claro es que el alcohol está proscrito de su dominio con todo rigor, y que todo miembro, al ser admitido, adquiere el compromiso tácito de ser abstinente. En cuanto á las creencias, á las reglas de conducta, á los medios de acción, conserva una libertad absoluta, como lo indica este otro lema inscrito en el salón de recepciones: «Unidad en lo grande, libertad en lo pequeño, caridad en todo». Aparte de su gran misión roformista, el club se ha propuesto diversas tareas, más modestas sin duda, pero más fácilmente realizables, de un interés más inmediato y que se proponen también el mismo fin. Ha permitido á mujeres unidas por una comunidad de sentimientos y de ideas trabajar de consuno en obras caritativas. Sucesivamente, se han fundado: un pequeño hospital, un asilo para doncellas pobres, una fonda de temperancia, una taberna (claro que de temperancia también) para obreros y obreras, una sala de evangelización, sin hablar de una liga contra la vacuna; y una Asociación de sastras, donde, triste, profundamente triste es confesarlo, ¡son hombres quienes trabajan!

---

(1) En francés *pionnières*. Dado que en castellano la palabra *pionnier* equivale á «gastador» en el sentido ingenieril, y la palabra «gastador» viene á decir casi tanto como «derrochador» ó «manirroto», resulta de todo ello un juego de palabras que no está en el propósito del autor.—  
(N. DEL T.).



Las sesiones nocturnas de los jueves se consagran á discutir asuntos vitales: manumisión de la mujer, igualdad entre los sexos; la ciudadana del porvenir, sus derechos y deberes; la mujer debe tener otro interés en la vida que el de limpiar á sus nenes é impedir al asa de la cesta bailar una danza frenética; la novela moderna ¿es fiel retrato de la sociedad actual, trabajada por el movimiento feminista? He aquí otros tantos temas que ofrecen á la elocuencia de esas damas inmenso campo de actividad oratoria, donde siempre está segura la cosecha de flores retóricas. Entre los miembros más ilustres de dicho club, se cuentan: Sarah Grand, cuyo nombre no necesita comentarios ni aun en Francia; Mona Caird, autora del genial descubrimiento de que el matrimonio *debe* concluir por declararse en quiebra; Mrs. W. Phillips, la encantadora abogada de los derechos de la mujer; María Corelli, la más popular, y Annie Swan, la más fecunda de todas las novelistas del mundo; por último, lady Henry Somerset, campeón de las más nobles causas, defensora de los oprimidos, providencia de los derrotados en la vida.

La fundación del *Somerville Club* se remonta á 1881, y esta fecha señala el origen del movimiento clubista femenino. Tal es la verdad exacta: habiendo pasado tanto tiempo fatigas el *Somerville*, justo es que hoy se le honre. El fin que se propone es, poco más ó menos, el del *Pionner*; pero lo que le distingue de éste es su carácter esencialmente democrático. Su cuota anual se fijó al principio en cinco chelines, para ponerla al alcance de todas las fortunas; esperábase que la gran señora y la humilde esclava del mostrador, del taller ó de la escuela, se darían allí cita para trabajar con intimidad fraternal en la tarea común. ¡Ilusión bien pronto desvanecida! La esclava respondió al llamamiento, dichosa con sacudir por un instante su cadena de miseria, pero la señorona no se dejó tentar: si el programa era grandioso, desarrollábase con un lenguaje bastante malo en un local obscuro y falto de comodidades, de Mortimer Street, ¡*Uncomfortable!*



Quien conozca el peso de este calificativo terrible en el pueblo más idólatra de la comodidad, no se asombrará de que un club, afligido con semejante desdoro, fuese condenado á una muerte lenta, pero segura. Después de una agonía de siete años, no debió su salvación sino á una medicina enérgica: la cuota fué subiendo, primero á diez y luego á doce chelines, lo cual permitió alquilar un local en el barrio más elegante de Oxford Street y amueblarlo con decencia. La sala de lectura está abundantemente provista de periódicos; dentro de poco habrá una sala de billar y otra de fumadoras en el primer piso, reservado hasta aquí á la austera meditación y á los *lunches*; pero debe añadirse que esa reforma no parece obtener todos los votos de las socias. Lo mismo que el *Pionner*, el *Somerville* celebra sesiones nocturnas, donde se discuten los puntos más graves, si no con una elocuencia tan florida como en Bruton Street, á lo menos con tanto calor y convencimiento. A pesar de las dificultades económicas, no vencidas aún por completo, el nuevo *Somerville*, á diferencia de su rival más aristocrático, goza de verdadera autonomía: á sus mismos miembros corresponde redactar los estatutos, elegir la junta, admitir nuevas socias, discutir los presupuestos, etc.

Mientras que el *Pionner* y el *Somerville* representan el partido de la guerra, caliente y bullanguero, el «Club universitario de señoras», en su local coquetón, con vistas á la pintoresca animación de Bond Street, respira la serenidad apacible y algo irónica de la inteligencia bien ponderada. No es que las discípulas del *Alma mater* no tengan en política miras muy claras, que esperan hacer que algún día prevalezcan; pero, en el seno mismo de la Universidad, numerosas asociaciones ofrecen ya campo muy suficiente para los torneos oratorios. Aquí se ha refugiado la amena conversación; aquí, después de pasar junto al Caribdis del sastre del piso bajo y al Escila de la modista del entresuelo («cuidado con los escalones que hay en seguida de la puerta», dice un caritativo cartel), nos encontramos en una especie de pequeña Tebaida, amueblada con senci-



llez, pero con comodidades, á la que cierto número de veladorcitos dan un carácter muy especial: son las mesas del té, en derredor de las cuales se toma asiento para leer ó charlar, bebiendo en general té. Esta es la bebida universitaria por excelencia; pero no se ha puesto veto al vino y á los licores, y papá Weller hubiera podido presentarse en el club universitario con su nariz como un pimiento y su panza saltona, sin correr peligro de ser tratado de «*vas iniquitatis*, Sammy!» Pero no, ¡ni pensarlo! ningún ser masculino debe pisar los peldaños fatales, pues los estatutos lo prohíben terminantemente. Aquí no se trata de animosidad sexual, sino que la falta de sitio para abrir un salón de recepciones impone esta bárbara regla. Más tarde, si continúa progresando el número de socias como en estos últimos años y sigue una marcha ascendente la prosperidad económica, podrá tratarse de tomar en arriendo un local más vasto; entonces ya no quedará excluido de las partidas de te el elemento barbudo, y recobrará sus derechos el *flirt* delicioso.

Después del magisterio, la carrera literaria es la que sin duda ninguna suministra en Inglaterra medios de existencia al mayor número de mujeres. Sabido es qué plaga social ha llegado á ser allí la marisabidilla emborronapapeles y hasta qué grado de futilidad, de bobería y de mal gusto ha hecho descender el arte en general y el estilo en particular. Aunque la *woman journalist* y la *lady novelist* hayan sido muy bien recibidas en los círculos ya descritos, compréndese perfectamente que, formando una corporación tan potente y numerosa, hayan preferido estar en su propia casa. El «Club de Escritores» (claro es que la palabra «escritores» se toma en una acepción puramente femenina), desdeñando las frivolidades de Piccadilly y de Bond Street, ha establecido su *home* en el barrio del Strand, ó, con más exactitud, en Norfolk Street. Hastings House, donde está el local del círculo, es un gran edificio de ladrillo, de un color rojo sucio, lleno de oficinas de hombres de negocios y bufetes de abogados, que rezuma tris-



teza y tedio. *Las* escritores han tenido que contentarse con una humilde habitación en la planta baja, pues los alquileres son carísimos y la gente de letras no forma una raza opulenta, lo mismo allí que aquí, según parece.

La cuota de entrada es de una guinea, como también la cuota anual; y la condición *sine qua non* para el ingreso es que la candidato haya publicado por lo menos una obra en que cobrase derechos de autor. Esto sirve para tener á raya á quienes escriben de afición, plaga aún más funesta que la gente del oficio en todos los ramos de la actividad artística, y á las personas de buena sociedad que echan á perder la profesión pagando para que su nombre aparezca al pie de un trabajo. El *Writers'* es estrictamente un club de trabajadoras, una colmena sin zumbidos: en el mezquino escritorio, bien provisto de anuarios, de toda clase de libros de consulta y de enciclopedias, no se ven más que cabezas dobladas sobre la austera labor, no se oye más que el chirrido de plumas garabateando el cándido papel. Sólo una vez por semana, el viernes por la tarde, se despoja el club de su lúgubre aspecto y se metamorfosea en *tea-room*, donde aparecen las tazas relucientes y las golosinas apetitosas. Las socias pueden invitar á esas partidas de té á sus amigas y amigos; y generalmente hay allí algún huésped distinguido á quien corresponden los honores de la sesión. Por de contado, el mismo círculo tiene en su seno más de una persona ilustre, bastándonos citar á mister Humphry Ward, que durante un año ha sido presidente de la Junta; la señora Adam, la duquesa de Sutherland, Mrs. H. Burnett, que son vicepresidentes; y la princesa Christian, presidente vitalicia. En cuanto á los fines que el club se propone (aparte del ya indicado, de ofrecer en el barrio mismo de la prensa un retiro donde se puedan «emborronar cuartillas» al abrigo de importunos), hay los más generales de estrechar los vínculos de confraternidad entre gentes del oficio, crear relaciones entre principiantes tímidas y veteranas curtidas, ayudar eventualmente á tal ó cual hermana desgraciada, y quitar



el pellejo á tal ó cual otra cuyo buen éxito llega á ser molesto para las demás. Claro es que esto último no figura de una manera explícita en los estatutos.

Hasta ahora hemos hablado nada más que de los clubs donde se trabaja con el cerebro, con los diez dedos, ó por lo menos con la lengua; pero sería un error el creer que junto al tipo profesional ó filantrópico no exista el de la *sociedad recreativa*.

Para las mujeres de mundo, á quienes darían jaqueca sólo las palabras «política» y «sociología», el club de Green Park abre sus elegantes salones, con sus tapices de tonos armónicos y sus muebles cubiertos de suntuosos brocados. La luz discreta, el conjunto artístico, la cualidad de miembro limitada á las señoras que pueden presentarse en la corte, todo habla aquí de una dorada nata y flor que se cierne muy por encima de las miserias y de los cuidados de la vulgar humanidad. Cada quince días, durante la *season*, se organizan conciertos ú otras diversiones por los propietarios del club, los cuales se encargan de la gerencia económica, permitiendo así á los *fashionables* miembros coger las rosas de los placeres clubistas sin pincharse los dedos con las espinas, á veces muy agudas, de las responsabilidades. El club *Alexandria*, de Grosvenor-Street, impone á las aspirantes las mismas condiciones de fortuna y de linaje; y en sus grandes líneas, está organizado de una manera idéntica.

Además de estos Edenes aristocráticos y opulentos, existen otros menos pretenciosos y menos lujosos; pero que, sin embargo, ofrecen á las damas un lugar de descanso muy agradable después del paseo ó de la fatigosa sesión en casa de la costurera y de la modista. Tal es el *Club Victoria*, cuyos estatutos declaran expresamente que sólo es un elegante *apeadero* para las señoras que pasan algunas horas en la calle; y que no se propone ningún fin político, social ni profesional de ninguna especie. Tal es también el *Comity Club*, de Hannover Square, al principio modesto locutorio de señoras para el *five* ó



*clock* tradicional, hoy círculo que se cuenta entre los más ricos y prósperos: el número de sus miembros asciende á un millar. También hay clubs empingorotados, como el *Albemarle*, donde fraternizan los dos sexos bajo un pie de absoluta igualdad; pero por lo común, su frecuentación trae consigo mayores gastos que la de los círculos reservados al sexo más parlanchín, pero más sobrio y modesto en sus gustos. En todo caso, los clubs femeninos se multiplican con espantosa rapidez, y dentro de poco, la mujer que no forme parte de un club cualquiera llegará á ser un bicho tan raro como la mujer que no pedalea.

Mujeres clubistas, mujeres ciclistas, mujeres artistas, mujeres políticas, doctoras, autoras, abogadas, ¿qué sé yo cuántas cosas más? ese es el porvenir, según dicen. *Suave mari magno*..... Es dulce, sentado en la ribera, contemplar la tempestad desencadenada y pensar en el valor que necesitarán nuestros tataranietos hasta nuestros mismos nietos, para embarcarse en la galera conyugal bamboleada por todos los caprichos del movimiento feminista, emancipador y desfacedor de entuertos.

G. ART.

(*Revista Azul.*)



# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

Pérdidas irreparables. — Oraciones fúnebres. — Cánovas. — Pretensiones carlistas sobre un gran espíritu. — Testamento político de Cánovas. — Necesidad evidente, para no recaer en las revoluciones, de impedir los retrocesos. — Movimientos regresivos hacia las ideas muertas que deben impedirse. — La cuestión lusitana. — Agitación de Portugal. — Fenómenos sociales y políticos de nuestro tiempo. — Consejos á Portugal. — Observaciones sobre su estado político. — Conclusión.

## I

Dicen por ahí las gentes que una larga vida cosecha celestes bendiciones y significa en quien la consigue, no sólo robustez del cuerpo, fortaleza del alma. Sesenta y cinco años tengo yo; por causa y razón de mi salud, puedo prometerme algunos más en el discurso natural de este río sin reposo llamado la vida; y por grande bendición que los muchos años sean, créame quien me leyere, los temo, no los deseo. Y no deben desearse por nadie que de sentir afectos humanos se precie, si considera cómo bosteza el hambre de la eternidad á diario, tragándose allá en sus abismos insondables tantos y tantos seres queridos, que nos abandonan y nos dejan solos en las tristes playas del tiempo, cuando nos creíamos de ellos inseparables hasta por la muerte, cuya guadaña esperábamos en Dios se embotaría sobre lazos tenidos en nuestro corazón por indisolubles é inmortales. Yo he visto el cerebro de Cánovas, radiante un día y difundiendo éter ideal, atravesado por unos



adarmes de plomo y roto en pedazos á manera de cualquier mísero ladrillo amasado con cal fría; yo he visto exangües, con amarillez de cirio mortuario, aquellos labios rojos donde vibraba el verbo de la más alta elocuencia: no quiero ver más, pues experiencias y enseñanzas tales hacen desesperar del destino de nuestra especie, y temer se interrumpa en lo vacío la escala misteriosa de Jacob, por donde nos imaginábamos subir á lo infinito en busca y posesión de lo perfecto. ¡Cuántos muertos! Y á la vista de tantos muertos, en vano el sol brilla, el cielo sonrío, la ola espuma sus aguas celestes en el escollo estriado como un diamante, las arboledas exhalan su oxígeno vivificador de la fresca fronda, visten las montañas del color de la violeta, los prados del color de la esmeralda; el Universo se nos aparece como un cruento campo de batalla donde reina la muerte con absoluto imperio, y los mortales se nos aparecen como tiburones, quienes después de haber devorado á sus semejantes más débiles, se comen unos á otros con resoplidos de cóleras, coletazos de combate, quijadas de exterminio, movidos todos á estas obras carniceras que de sangre tiñen el Océano, cubierto con disoluciones de levadura vital, por el genio de las tinieblas, diciéndonos cómo superan, no obstante, nuestras soberbias al amor, y á la caridad el odio inextinguible.

## II

Tres muertos hemos llorado en estos días: Vacherot, Cánovas, Monescillo: gran filósofo el primero, gran estadista el segundo, gran prelado el último, los tres á una entrañables amigos míos en este mundo triste, donde tengo tantas y tan preclaras amistades juntamente con innumerables enemigos. Todavía recuerdo al Vacherot del año setenta y cinco, tan reflexivo en el pensar como claro en el exponer; sobre las playas de Normandía sentado, por los topes de las altas dunas, entre



cuyas raíces el mar hervía; departiendo de lo invisible y de lo perdurable conmigo en un diálogo, que, por su parte, no por la mía, bien podíamos calificar de coloquio científico á lo Platón. Ciertamente no estábamos en el sitio donde los diálogos platónicos revelaron al mundo atónito el Verbo de Dios y la inmortalidad del alma; no se veían allí lucir bajo cielo meridional crestas opaladas del Hibla, henchido de áticas mieles y arrullado por las estivales cigarras y las áureas abejas; el aire no estaba cargado con el aroma voluptuoso de las rosas y de los jazmines helénicos; no corría entre adelfas de Apolo el arroyo cristalino derivado de la fuente ubérrima, en cuyos bordes los artistas se congregan y de cuyas aguas beben la inspiración los poetas: el horizonte gris, el helecho boreal, el olor de algas, el suelo compuesto por las mareas, al aire de tormenta cargado inspiraban tristezas profundísimas y tiraban del ánimo hacia consideraciones sobre la muerte. Añadíase á esto que acababa de caer Francia, en su derrota, bajo una República, cuyo primer lustro iba entonces cumpliéndose con suma inquietud y trabajo sumo. Reveses de tal gravedad influyen hasta sobre pensadores que han procurado aparecer como seres abstractos. Vacherot, discípulo de Hegel hasta Sedán, de Hegel, esencialmente germano, buscaba otra doctrina, la cual no hubiese nacido en tierras tan funestas para su patria como Alemania. Yo le felicité por su patriotismo, de todo corazón; pero le argüí por su filosofía de poco circunspecto. ¿Porque ganaron la batalla de Waterlío los ingleses sobre Napoleón habría que cambiar la ciencia del Cosmos á lo Newthon, revelador verdadero, con cualquier otra explicación perteneciente á un sabio nacido en pueblo aliado de Francia? Vacherot me pronunció un discurso admirable de forma y fondo, para decirme había encontrado su nueva doctrina en la lectura y meditación del sabio Spencer, inglés. Debe notarse que aún reinaba en Egipto el condominio de Francia con Inglaterra. Ignoro si tras la exclusiva ocupación inglesa el gran maestro francés habrá de doctrinas cambiado, como se creyó



en la obligación de cambiar tras el nefasto Sedán. Mas debemos recordar como, acogiéndose á Spencer, mi amigo ilustre no se preservaba de Hegel. Imposible una doctrina que sea prole sin madre. Toda idea produce otra idea. Si el dogma de la concurrencia vital fué trasladado por Darwin desde los principios fundamentales del mayor sistema económico moderno á la explicación del origen de las especies, el dogma de la evolución universal, explicado tan prolijamente por Spencer, al aplicarlo así á lo espiritual como á lo material, es un dogma recogido en las entrañas del pensamiento hegeliano. Si la ciencia de Kant y de Hegel no ha podido desasirse de Platón y Aristóteles tras tantos siglos; ¿cómo desasirnos ahora nosotros de Kant y de Hegel? Historiador fiel de las escuelas alejandrinas, á quienes alzó un verdadero monumento; profundísimo comentador de la filosofía contemporánea en sus diálogos científicos; político al modo sabio en su libro de la Democracia; como Vacherot cambió Hegel por Spencer en las ideas filosóficas, también en sus preferencias sociales cambió la República por la Monarquía, pero movido de honradas convicciones, y dejando nuevo ejemplo de una vida sin mancha de una honradez en el pensar y en el proceder sin desmayos ni eclipses.

### III

Puedo discurrir con serenidad y aplomo de Vacherot, y no puedo discurrir de Cánovas con la misma serenidad y el mismo aplomo. Vacherot era un amigo del pensamiento; Cánovas era un amigo del corazón. Vacherot me llevaba muchos años de edad; Cánovas tenía poco más ó menos mis años. A Vacherot le guardaba un culto científico; por Cánovas sentía un afecto exaltado de camarada escolar. Imposible comparar el dolor sufrido á la muerte natural de Vacherot, con el dolor



sufrido á la muerte violenta de Cánovas. Nuestra misma perpetua contradicción de ideas aproximaba nuestros perennes sentimientos. Eso de contradecirse y disputar á la continua sin reñir nunca, era un encanto. Si por espacio de un lustro llegamos á no saludarnos, obra fué de nuestros partidarios ésta, no de nuestros corazones. Hubo más canovistas que Cánovas y más castelaristas que Castelar, aun pasando los dos por muy pagados de las sendas personas nuestras, tenido él generalmente por soberbio á lo déspota y tenido yo por vanidoso á lo artista. Cuando leo estos juicios, no les contradigo; levanto los hombros y exclamo: todo sea por Dios. Una vez dije yo en cierto escrito que me había encontrado en mi vida con dos amigos ilustres, uno en Francia, otro en España, los cuales ejercieran poder omnímudo sobre sus dos Naciones: Gambetta y Cánovas, dotados por el cielo de cuantas cualidades concede á sus predilectos, pero aquejados uno y otro de cierta debilidad grave: no poder sufrir ninguna contradicción. El artículo se publicó en un periódico de la mañana y hubo en la embajada inglesa baile aquella noche, al que asistíamos los dos. Apenas en el salón entré dí de manos á boca con Antonio, como le llamaba yo siempre cariñosamente, y al verme clama: ¡Oh! ¿cómo, Emilio, te atreves á decir que no puedo sufrir ninguna contradicción, cuando hace cuarenta años que te estoy sufriendo á tí, contradicción perdurable conmigo, en el diario, en el libro, en el Parlamento, en el hogar? Pues yo, cuanto menos asentía en mis riñas intelectuales con él á sus ideas, más admiraba su genio incomparable. Cánovas fué toda su vida el primer polemista de la tierra. Leía refunfuñando contra el libro que pasaba por sus ojos aquel incansable lector. Amigo de sus maestros como nadie, les azotaba, mejor dicho, azotaba sus ideas en las academias sabatinas con una dialéctica realzada por su maravillosa facundia, pues las palabras abundaban tanto en él como las ideas, y en un aparente desorden predominaba el método y en unas amplificaciones perpetuas predominaba el pensamiento. Yo he visto inteligencias



telescópicas que sólo saben ver lo inmensamente grande, así como inteligencias microscópicas que sólo saben ver lo infinitamente pequeño. Cánovas tenía un microscopio y un telescopio en su inteligencia. No continúo. Cuando haya traído el tiempo algún calmante á mi dolor, lo historiaré con fidelidad escrupulosa y le juzgaré con juicio sereno. Ahora lo veo tras mis lágrimas: dejad que lo llore.

#### IV

Don Antolín Monescillo ha muerto casi al par que Cánovas, y enterado del fin cruel de éste, cuando le asaltaba su postrer agonía, entre los estertores dolorosos del cuerpo y las beatíficas visiones del alma, escribió desde su lecho, parecido á un túmulo, pésames iguales á los que habían de suscitar su cuerpo y su recuerdo pocas horas después. Era un celtíbero Monescillo, en quien lo ibero y el ingenio ibérico predominaban sobre lo céltico y la metafísica celta. Erguido, corpulento, el traje talar le prestaba una verdadera majestad y le disponía mucho para el primero de los efectos oratorios, el efecto que sin necesidad de hablar produce una gallarda presencia, pues Monescillo, tanto al hablar como al escribir, era un orador verdadero. Así profesaba grande amistad á los del oficio, á Cánovas, á Moret, á mí, á todos los demás conocidos, con excepción de Pidal, á quien toda la vida detestara, por razones teológicas, creía él, en realidad por razones puramente políticas, esfera de la vida donde nunca se hallaron acordes tan grandes oradores, consagrados por sus sendos caminos al servicio de la religión y de los sentimientos religiosos. Estatura esbelta, gesto irónico, ojos penetrantes, labios finos, color pálido, pelo castaño, Monescillo, con la púrpura eclesiástica, me parecía siempre, por la distinción de sus maneras y por la brillantez de su inteligencia y por la facundia de su palabra y



por la gracia de su trato, un prelado como los que dejara vivos el pincel de Pinturriceno en la divina librería de Iena. Hoy, que las clases altas no dan á la Iglesia en España príncipe ninguno eclesiástico, y que las clases medias sólo dan uno que otro, sacándose los sacerdotes del mismo seno de donde se sacan los soldados, del más humilde pueblo, Monescillo, aunque algo rural por su origen, mostraba distinción elegante, sin haber jamás pertenecido á la corte y menos á los cortesanos. El objeto de toda su vida fué la mitra de Toledo, y con la mitra de Toledo en su frente ha muerto el gran prelado. Por obtenerla tuvo alguna impaciencia; pero no hizo jamás ninguna bajeza. Su primer escrito, pues era un escritor clásico, el que lo mostró resaltando entre nuestros más eximios doctores eclesiásticos, cuando había ya muerto Balmes, fué la refutación de los anatemas lanzados, á fuer de neófito, por el gran Donoso Cortés, sobre la humana razón; y las últimas palabras que yo le oyera, hoy hace dos meses, dentro de su palacio arzobispal, tendido en la cama donde había de morir, fué una elocuente apoteosis de León XIII, fundada en el amor de tan glorioso Pontífice á la libertad, y en los esfuerzos hechos por hermanar la República con la religión en Francia. Dicen los carlistas que fué siempre de D. Carlos, y tengo documentos irrefragables para demostrar que perteneció á la democracia. Dejémoslo, pues, en paz.

## V

Los espíritus excepcionales no se apagan al trasponer el horizonte sensible permitido á la vista y alcance de nuestros ojos; antes bien, desde la eternidad, es decir, desde los espacios del horizonte racional, donde se han ocultado, trascienden á la vida corriente de cada día, y nos dejan signos espirituales, no indescifrables enigmas, no geroglíficos tallados so-



bre tumbas frías, focos de ideas luminosas y vivificantes, cual estrellas fijas, cual soles de primera magnitud en torno de cuyo disco los cuerpos opacos, planetas ó satélites ó aerolitos, habrán de girar, suspendidos á ellos, porque resultan en la mecánica social núcleos de misteriosas, pero visibles, llamas, centros de mágicas, pero reales atracciones. Las ideas no se alcanzan en sí mismas y por sí mismas se definen: se alcanzan y se definen por medio de sus contrarios. Las síntesis resultan de las antítesis. Los términos componentes de un juicio forman irreductibles antinomias. Toda grande afirmación trae aparejada su negación formidable como la verdad el error, como el mal el bien. Lo que no puede la razón abstracta demostrar, se prueba en la razón práctica. Toda vida corre al impulso de principios, que parecen falsos, vistos desde ciertos puntos en el espacio y en el tiempo, aparecen verdaderos desde otros puntos como las figuras, invertidas en una parte de nuestros órganos visuales, se rectifican luego y enderezan en la totalidad de nuestra visión. La pura lógica, irrealizable por completo en ciertos períodos y estados sociales, se cumple luego por manera fatal, como las leyes morales, cuyo cumplimiento no vemos á las primeras miradas, nunca están destituídas de su verdadera sanción en el conjunto infinito de la Historia. Nadie comprende á Cánovas como quien lo ha combatido, y al combatirlo, ha necesitado conocer y definir sus ideas para conocer y definir las ideas propias. Cánovas en los días de su muerte se preparaba, por una intuición connatural á su genio, la inmortalidad. Y muriendo muy fijo en los principios conservadores, para él inmutables, en la existencia y arraigo del trono histórico, en la supremacía del culto católico, en el respeto á las tradiciones antiguas, pensaba que todo esto no podía subsistir si no se aligaba con los derechos individuales, con el jurado popular, con el sufragio universal.



## VI

Y ha permanecido en este juicio con firmeza, por más que le hayan muchos de sus correligionarios contrastado con furor; y deduzco esta fortaleza personal de Cánovas en sostener los principios democráticos, no de palabras oídas en privadas conversaciones, de las cuales no tengo derecho alguno á usar; lo deduzco del ejemplo visible dado por su política desde las alturas del Gobierno, donde siempre molestan, incomodan, marean los fragores tempestuosos y oceánicos de la libertad. Le habrá tentado mil veces, entre los acerbos dardos despedidos sobre su cuerpo vivo por la calumnia en boga, tan homicidas como las balas del infame asesino, restaurar, disponiendo de mayorías propensas á la reacción, los códigos cesaristas del primer período restaurador, en que no pudo tener periódico suyo ningún correligionario mío, por causa de las previas autorizaciones, que convertían el derecho de todos en privilegio de algunos; pero si algún vértigo de tal género le prestaba cualquier malestar pasajero, su firme voluntad y su claro juicio se han sobrepuesto á todas esas insanas solicitudes, y la libertad de hablar, con la libertad de escribir, ha permanecido incólume, intacta, íntegra, entre los embates de la guerra y los estremecimientos del Estado. Cito la libertad completa de imprenta, por ser la más ruidosa de suyo, y á los estadistas todos la más molesta, siquier sea también la más necesaria; pero le ha sucedido lo mismo con otra libertad madre, por la cual reñimos antaño batallas horribles, con la libertad de enseñar en la cátedra, muy amenazada de conjuras formidables, y salva por completo en su postrero tormentoso Gobierno. Necesitaba tener muy segura cabeza y muy firme voluntad, circuido como se veía siempre de sectarios que prefieren se abra una taberna ó un garito, á que se abra una iglesia ó una



escuela protestantes, para reconocer el derecho de un catedrático en Barcelona y el derecho de un catedrático en Salamanca, el uno anatematizado por su Obispo y el otro despedido por su rector, para pensar y enseñar según sus creencias, con arreglo á los decretos sugeridos por la creadora revolución de Septiembre, y dados en las expansiones mayores del readvenimiento y restauración de nuestra democracia bajo los Gobiernos liberales.

## VII

Y hacía esto Cánovas, no por mera voluntariedad ó arbitrario capricho; hacía lo por una honradísima convicción, que determinaba sus complejos actos en el último período de su vida y en la postrera fase de su espíritu; por la convicción de que necesitaba la política española en su derecha un partido alejado de la reacción, propia sólo á generar guerras civiles y revoluciones continuas; un partido conservador á la inglesa, el cual combatiese á las ideas y á las leyes democráticas, mientras estuvieran en período de proposición y debate, con verdadera tenacidad para luego aceptarlas y sostenerlas con igual tenacidad, así que las admitiera el consentimiento público y las diluyese una larga práctica en las generales costumbres. El pensamiento humano tiene su natural tricotomía, y no se constituirá jamás una escuela política, ni se constituirá jamás una escuela filosófica, sin agruparse, cual si las ideas fuesen átomos y pasaran por las cristalizaciones de los átomos, en derecha, izquierda, centro; y como no puede menos de suceder esto, porque así lo quieren la química y la mecánica sociales, el partido conservador tiene su centro de todos conocido; su izquierda, cuyos extremos con los revolucionarios confinan; y su derecha, cuyos extremos confinan, por ne-



cesidad, con los íntegros y con los carlistas. Pues bien, Cánovas sustentaba el equilibrio entre todas estas fuerzas contrarias, la concordia entre todos estos espíritus discordes, pero inclinándose á la izquierda para mantener con ella los principios de la Constitución del sesenta y nueve, ingeridos, tras largos esfuerzos, en la doctrinaria Constitución vigente por un triunfo en toda regla de nuestra democracia. Un ejemplo reciente demostrará de modo evidentísimo este mi aserto incontestable. Se ha organizado un enorme Consejo de Instrucción pública, donde, por un absurdo frecuentísimo en nuestras corporaciones literarias, predominan los viejos principios llamados en el habla contemporánea regresivos, sobre los principios luminosos y progresivos que tarde ó temprano se implantan en la realidad y encarnan en las leyes. Este Consejo votó un dictamen relativo á escuelas normales, contrario del todo al principio de los principios democráticos, á la libertad pura de conciencia, garantida por la declaración de que los españoles pueden optar á los cargos públicos, sean cualesquiera sus creencias, declaración derogativa de la intolerancia religiosa, contenida bajo el destruido antiguo principio de la unidad católica. Pues no prestó á este dictamen el Ministerio de Fomento asenso. Y no lo prestó, porque tendía de suyo á contrastar la política de Cánovas, basada en escrupuloso respeto á las leyes democráticas vigentes sobre nuestra libre y progresiva sociedad. ¿Puede revelarse con mayor claridad la política del mártir á quien todos lloramos?

## VIII

Y se necesita recordar esto, porque hay factores importantes de nuestra política, empeñados en promover una reacción legal, preñada, digan lo que digan y hagan lo que hagan, de innumerables catástrofes. No conozco labor de reacción más



fin a que la presentada con el aspecto modestísimo de reformar el Código penal; primero para ponerlo en verdadera consonancia con los adelantos de nuestras ciencias antropológicas modernas; segundo para ponerlo en consonancia con la Constitución vigente. *In cauda venenum*. Este último factor del razonamiento encierra el daño y el peligro de reacción, daño y peligro sólo comparables á la proposición de forjar monarcas parecidos á los del siglo décimoquinto, cuando apenas puede tolerar nuestra patria los monarcas propios del siglo décimonono, tan rebajados de talla, y cuando la madera en que modelar tales imposibles reyes de la Edad Media hoy solamente la guarda un político entre nosotros, solamente la guarda don Carlos. La democracia no se opone á que nuestro Código penal pueda reformarse con arreglo á los adelantos modernos, con cuya progresiva obra debe siempre compadecerse; mas si oye añadir á esto la congruencia del Código con la Constitución dice, como experta y experimentada, en sus adentros: á otro perro con ese hueso. La Constitución es doctrinaria y el Código es democrático. Se le quiere con grande habilidad reformar para restringir la libertad completa de creer, la libertad completa de escribir, la libertad completa de reunión; para deshacer el Jurado popular, para limitar el sufragio universal; y todo esto no puede suceder en España. Si hay que reformar el Código democrático para ponerlo en armonía con la Constitución doctrinaria, más natural es reformar la Constitución en sentido progresivo, que no reformar el Código en sentido represivo á príncipes por siempre apagados, á fetiches rotos para siempre. Se intentó esto mismo un día por la extrema derecha del partido liberal, que representaba en sus Consejos de Ministros un jurisconsulto ilustre; no se pudo conseguir, porque la unanimidad del partido liberal descansa en inmovibles bases democráticas. Hemos pasado, y pasamos, por dos guerras, á cual más espantosas; hemos sufrido, y sufrimos, reveses con desgracias, bastantes en otro tiempo á producir desórdenes sin número; hemos tolerado, en medio de nuestra movilidad



meridional, el gobierno continuo de dos partidos y dos hombres, aquí, donde tanto escasean las cabezas y tanto abundan los cabecillas; el culto de la estabilidad se ha en términos tales arraigado, que habiendo tenido el servicio militar obligatorio en la República, se piden y sacan los soldados sólo del pueblo ínfimo bajo la Monarquía; y nadie se ha movido, ni con doscientos mil hombres á nadie le ha pasado por las mientes el fantasma de la dictadura pretoriana, triste aparición, facilísima en estas noches de ahora, donde sólo se cuentan muertes y sólo se oye por los aires el toque de ánimas; pero toda esta profunda tranquilidad proviene del triunfo de nuestros principios democráticos, y como los hemos establecido, si tocais á un cabello no más de esa libertad, temed la revolución.

## IX

Durante todo el transcurso de Julio, y aun parte de Agosto, la prensa europea nos tuvo en bilo, anunciándonos para fecha próxima, en plazo breve, una revolución lusitana. Estamos ya tan lejos del período revolucionario, que se necesitaría en los dos pueblos más dados á la revolución de todo el continente nuestro, en España y Francia, para de nuevo reabrirlo con fortuna, ó la restauración de una política como la que precedió al destronamiento de Doña Isabel II, ó la recaída en un error tan craso como aquel conflicto franco-prusiano, generado tan sólo para dorar la diadema de una regencia é inaugurar el reinado de una minoridad. En Grecia, donde han sucedido tantas cosas horribles, no ha sucedido una revolución. Desastres sobre desastres en Macedonia, en Tesalia, en Epiro; aproximación de los turcos al desfiladero de las Termópilas y retroceso de los helenos, representados por su coronel Vassos, en Candía; dominio de una sociedad secreta sobre Atenas, como la Comunidad revolucionaria, que produjo en



París á fines del siglo pasado la revolución del diez de Agosto y al último tercio de nuestro siglo la revolución del dieciocho de Marzo; desengaños del pueblo respecto de la influencia del Rey ó de su dinastía en los regios é imperiales consejos europeos; calumnias al heredero de la corona por sus procederes en la guerra, que lo pusieron á dos dedos del deshonor y del suicidio; insistencias y persistencias de Turquía en guardar los despojos de su infame conquista; invasión de todos los elementos cosmopolitas revolucionarios, anhelosos por devorar, obedeciendo á sus instintos, un trono más; disgustos del ejército nacional, y subversiones del voluntario extranjero; condensación de la demagogia universal en aquel pueblo resquebrajado por la derrota cruel; todo esto ha sucedido en Grecia, y no se ha forjado entre mares tan extensos é intensos de copiosa electricidad, el rayo de una revolución fulminante, que parecían pedir las olas tormentuosas de los más encrespados hechos y las profundas perturbaciones de los muy agitados ánimos. Y no se condensa el espíritu revolucionario en las alturas y no se cristaliza la revolución material en lo profundo porque falta el medio ambiente, ó sea un medio social predispuerto y apercebido á la producción de tan espantosos fenómenos. Seguros los individuos de que nadie podrá los derechos humanos arrebatárles, y seguros los pueblos de que nadie podrá tampoco arrebatárles su inmanente soberanía colectiva; la reacción por completo conjurada; el régimen, apropiado á cada pueblo, ya establecido sin propensiones de ningún género al retroceso; republicana Francia, independiente Italia, redimidos los principados del Danubio, libre y democrática España, una Germania, constitucionales y parlamentarios todos los Gobiernos escandinavos; no existen los productores de corrientes eléctricas que antaño cargaban el cielo de tempestades, y abrían voragines sobre la tierra en profundos y continuados terremotos.



## X

Así, por muchos motivos que para sublevarse Portugal tenga, no se subvierte ahora, se agita dentro del orden establecido y bajo las leyes vigentes. Ni hablarse puede, ni hablarse desde aquí, desde nuestro suelo, del tierno afecto sentido por todos los españoles hacia Portugal, sin que los portugueses exagerados atribuyan estos requerimientos de amistad á propósitos de conquista. Nada tan lejos del espíritu español, siempre, y mucho más ahora, en que nuestras desgracias nos reducen á limitadas ambiciones, como conservar el territorio sin disminución alguna ni mengua, tal y como lo recibimos en legado intangible de nuestros padres muertos. Pero los portugueses debían reconocer cómo el espacio y el tiempo, anejos, no al Universo exterior, al humano espíritu, que lleva en sí la cuenta y la medida, no pueden suprimirse, sino después de suprimirnos nosotros mismos. Y cómo un latido del corazón, afectado, ya sea por el amor, ya sea por el odio, ya por una sospecha de ambición, ya por un sueño de conquista, no pueden jamás borrar nuestra Geografía y nuestra Historia. No es dado evitar la identidad é identificación de nuestros dos territorios; no es dado evitar que las raíces de nuestros árboles se abracen, por los campos patrios; que las líneas de nuestras fronteras se borren por los territorios comunes; que las aguas de nuestros mares y de nuestros ríos se confundan en las mismas playas y en los mismos cauces; y no es dado tampoco evitar que nuestros siglos respectivos se identifiquen todos en la misma Historia y encuentren las mismas creencias en la misma religión, como si dijéramos que la misma eternidad sea centro de nuestras sendas almas. No estuvimos separados al tomar en los senos de las edades prehistóricas los in-



manentes caracteres que perduran hoy en nuestro ser y esencia fundamentales; no estuvimos separados al extender desde Braga á Hispali y desde Hispali á Tarragona, y desde Tarragona á León, y desde León á Lugo, la espiral de una civilización iberolatina que fué un ornamento de Roma, y por consecuencia del mundo; no estuvimos separados, ni bajo el yugo árabe ni en la reconquista cristiana, ni al sentarse con sus Borgoñas las hijas de Alfonso VI en tronos feudales, aunque fueran estos tronos enemigos; ni bajo los reyes santos del siglo décimotercio y los reyes árabes del siglo décimocuarto; ni en las invenciones intercontinentales é interoceánicas, ni en las grandezas del siglo décimosexto, ni en las jesuitadas del siglo décimoséptimo, ni en la filosofía del siglo último, ni en la libertad de nuestro siglo, porque no basta existan dos gobiernos distintos para dividir dos pueblos identificados en el espacio infinito por la Geografía en el tiempo eterno por la Historia, en el Universo material por la misma sangre y en el Universo moral por el mismo espíritu, provenientes unos y otros de idéntico protoplasma primordial de la vida y ascendiendo unos y otros en nuestras constantes ascensiones hacia el mismo cielo, hacia el eterno Dios de nuestros padres.

## XI

Así no digo nada nuevo, si digo que los asuntos portugueses me interesan cual si fueran asuntos españoles. E interesándome así, parécenme los males públicos en Portugal, no de carácter político, de carácter económico. Y los males económicos son de aquellos que no se curan ó extirpan al hierro candente de la revolución. Para que produzcan remedios económicos las revoluciones, se necesita sean de suyo, no meramente políticas, sociales, muy sociales. Engrandeció á Inglaterra la revolución religiosa, porque trasladó las propieda-

E. M.—*Setiembre* 1897.



des de los clérigos ortodoxos á los nobles; engrandeció la revolución universal á Francia, porque trasladó los bienes de los nobles á los burgueses, produciendo esa clase media que hoy sustenta la democracia, la libertad y la República. Pero no cabe hoy más revolución social que la evolución socialista. Y la evolución socialista, ensayada en pueblos imperiales por el poder omnímodo de un Ministro como Bismark y por el genio multiforme de un artista como Guillermo II; ensayada en los pueblos soberanos por una libertad como la fecunda libertad de Inglaterra, y por una democracia directa como la democracia suiza, da tan poco y tan malo de sí, hasta donde hay en el Gobierno socialistas de suyo tan sabios como el inglés Chamberlain y republicanos tan sólidos como los que constituyen el Consejo federativo helvecio, que no valdría un coscorrón tan enorme cual el coscorrón de las revoluciones, un bollo tan mísero cual el bollo de unas cuantas reformas ya ensayadas, las cuales empeorarían el Tesoro sin aliviar al pueblo. Además, paréceme una vulgaridad insigne atribuir al hambre revoluciones humanas, promovidas todas por el ideal. Dentro del horrible sistema económico, propio del absolutismo, jamás gozó Francia prosperidad superior á la prosperidad alcanzada en tiempo de Luis XVI. La Enciclopedia fué causa permmanente y primera de la revolución; fué causa ocasional y segunda, la correa. En la serie revolucionaria, como en todas las series lógicas, el aspecto económico es un término y nada más que un término, posterior, muy porterior al aspecto político.

## XII

O ando yo muy trascordado en mis nociones políticas respecto de Lusitania, ó era más fácil allí una revolución popular con los Gobiernos anteriores, que una revolución popular



con el Gobierno presente. Hubo Gobiernos con aires de reacción y con procedimientos dictatoriales, más odiosos al pueblo que este Gobierno de ahora, un día sostenido y auxiliado por los republicanos mismos. Y se necesita conocer poco el mundo para ignorar que la pléyade brillantísima republicana se halla compuesta de insignes pensadores, polígratos admirables, catedráticos é ingenieros de primer orden, factores componentes de luminosa escuela, más que políticos y estadistas dispuestos á componer un verdadero Gobierno. Cierta filósofo inglés, muy célebre, oyendo á otro colega suyo lamentarse de la poca ciencia conocida por aquellos gobernantes consolábale con esta observación: «á un filósofo henchido de ideal, podrían en el Estado antojársele forzar la sociedad, concediendo derechos, tan dañosos á un pueblo atrasado, como sería sacar un animal nacido en atmósfera de hidrógeno, prometiéndole vida y salud en una para él irrespirable atmósfera superior de oxígeno.» No queramos que respiren hoy en el aire pueblos acostumbrados á respirar ayer en el agua. La filosofía y la religión pertenecen á todos los tiempos; la Historia pertenece á lo pasado, el arte á lo porvenir, á lo presente la política. Si Portugal necesita economizar, no conozco nada tan caro en el mundo como la revolución. Yo, republicano de toda la vida, he dicho cuando se han intentado revoluciones sin medida ninguna por conspiradores sin acuerdo: es más cara que una lista civil una guerra civil. La República debe ser fundada en paz y para continuar la paz. De las revoluciones se conocen los bienes tarde, muy tarde, como conocemos tras un siglo los bienes de la revolución francesa, como conocemos, tras cinco lustros, los bienes de la revolución española del mes de Septiembre, que hoy proclaman próspera y santa los españoles más reacios á reconocer los bienes del progreso universal y á proclamar los principios del humano derecho. En toda revolución hay favorecidos y agraviados. Los favorecidos son siempre más que los agraviados. Pero como éstos experimentan el agravio pronto, gritan, y como aquéllos el



favor tarde, callan, encontrándose así las revoluciones rodeadas de implacables enemigos, á los cuales nada tan fácil como promover una espantosa reacción.

### XIII

Sucedan fenómenos bien extraordinarios á nuestra vista. Mientras crecen los medios de comunicación, por el progreso de las ciencias aplicadas á la industria, menguan los cambios y las comunicaciones de productos. Los dos pueblos destinados á focos de luz en América y en Europa, los Estados Unidos y Francia, dos Repúblicas, se nos aparecen ahora, no como auxiliares del cambio libérrimo en la producción y en el comercio universales, como prohibicionistas chinos, llevando á sus respectivas cabezas dos reaccionarios en economía política, tan conocidos como el buen Meline y el buen Mac Kinley. Un Emperador, el joven utopista que reina sobre Alemania, capaz de probar y ensayar todos los progresos económicos para que contrasten la estabilidad, mejor dicho, la reacción imperial, concluye por entregarse y rendirse al arbitrio de los intransigentes feudales agrícolas, empeñados, no sólo en impedir la circulación de los pensamientos humanos, sino también la circulación de los humanos productos: empresa tan vana, como si quisieran impedir el movimiento de la luz en los espacios, la circulación en nuestros pulmones del aire, la circulación de la sangre en nuestras venas. Y hasta Inglaterra hoy retrocede. Antaño llamábamos á esta nación gloriosa la patria de Cobden; hogaño, un individuo de la Cámara de Comercio en Manchester, la Roma del librecambio, es osado á proponer se quite la efigie del apóstol de la libertad mercantil al salón histórico, donde se le prestaba culto análogo al prestado por los devotos en iglesias y cofradías al santo de



sus devociones. Y alucinados los ingleses por el fantasma de un Imperio universal, compuesto con sus colonias unidas por un cambio interior de productos, como el existente hoy entre las provincias, merced á nuestras revoluciones que han producido la idea nacional y quitado las aduanas interiores, restringen la comunicación mercantil con el resto de la tierra y denuncian, á ruegos del Canadá, su tratado con Alemania en un sentido, digan lo que quieran, resuelta, francamente proteccionista. Y lo que pasa con la protección mercantil, pasa con el socialismo. Aquellos mismos para quienes apareció un tiempo como sistema odioso y abominable, lo cultivan ahora como un árbol, á cuya sombra puede prosperarse la triste condición del que tan impropiamente llama la jerga revolucionaria cuarto estado. Cuando el socialismo de la Cátedra, formulado por un catedrático tan famoso como Wagner y puesto en práctica por el colosal Bismark, marra en Alemania, lo aplican suizos y sajones. Chamberlain, ministro eximio de las Colonias en Inglaterra, pasado desde las filas del partido radical á las filas del partido conservador, queriendo cohonestar con algún viso republicano su cambio, no progresivo hacia la democracia, regresivo hacia los torys, propone la célebre ley protectora del trabajo en las minas y del trabajador minero, sustituyendo al principio individualista viejo de la contratación libre una serie de intervenciones del Estado en la relación entre jornaleros y patronos, como las que piden los comunistas más exagerados y sueñan los innovadores más decididos contra el principio divino de la libertad humana. Y esto mismo hacen los radicales helvecios, idólatras de la entidad Estado, al proponer el seguro forzoso impuesto por las leyes al capitalista y al jornalero, como el que predicó Lasalle, propuso Wagner, realizó Bismark, y frustró la gran piedra de toque, así en economía como en política, la experiencia. Existen, pues, tres neurosis en nuestra Europa contemporánea: la neurosis del proteccionismo, la neurosis del socialismo, á la cual se une otra que llamo yo neurosis de la colonización. Por la nativa propensión



del hombre á las imitaciones del simio, las tres entran en todos los pueblos, y no podrá evadirse á la moda Portugal. Las tres son muy caras.

#### XIV

Portugal debe comprender cómo todos estos caracteres de la sociedad contemporánea, todas estas corrientes de las ideas vivas, todas estas fases del espíritu reinante, todo esto que ahora predomina, razonable ó erróneo, impone sobre los demás ideales el ideal económico, y embarga los pensamientos y los ánimos con finalidad singular, con la finalidad de mejorar el estado material de las clases sociales, si hay clases en pueblos como los nuestros, donde todo es accesible á todos, pero con especialidad de las clases, mejor dicho, de las gentes menesterosas. Y puesto que el ideal económico se impone hasta la extremidad de que soldadotes de hierro, como Bismarck, acepten remedios casi comunistas para las enfermedades colectivas, y un tribuno de la libertad, como Chamberlain, retroceda á la idolatría cesarista del Estado, vulnerando en bien más ó menos efectivo de los pobres la facultad esencialmente humana de contratar libremente; los pueblos deben penetrar con resolución en la economía, y sacrificarlo todo al interés económico. Yo no pienso decir á Portugal que medite si le conviene ó no le conviene mantener él solo un Estado carísimo, una representación dispendiosa, un ejército abrumador, el peso de colonias que lo arruinan, las cargas innumerables que lo matan: si la voluntad suya es que perdure todo eso, ya puede perdurar en buen hora, cueste lo que cueste. Hágase la voluntad del pueblo, así en la tierra como en el cielo. A la postre, contra la voluntad del pueblo nada puede intentarse. Pero sí puede una cosa decirse, y es que, aun estando los sentimientos portugueses tan apartados de los sentimientos es-



pañoles en esto de juntarse los dos pueblos; por la proximidad de sus respectivos territorios y por las analogías de sus sendas historias, á las mismas causas perdimos nuestro cuantioso patrimonio continental en América ellos y nosotros: á causa de la funesta política que siguieron nuestros malhadados reyes absolutos, cuando disponían del pueblo, así los Braganzas como los Borbones. Si el mal nos coge igualmente á los dos pueblos, y en el mal podemos unirnos, ¿por qué no habría de hallarnos el bien unidos? Mas dejemos esto por ilusorio é imposible, y vamos al estudio de la fase económica en que hoy entra Europa y con Europa Portugal y todos los pueblos segundos, á quienes llamamos así, no porque á nuestros ojos aparezca secundario y subordinado su espíritu eminente, porque aparece pequeño su territorio en parangón, sobre todo, con las enormes potencias europeas. Queramos ó no queramos, se impone á éstas el desarme, ó sea la conversión de sus ejércitos de ofensa y conquista en ejércitos de defensa social dentro de cada pueblo, contra los perturbadores del orden, en ejércitos de seguridad interior. Tiene gracia que se halle armada Europa hasta los dientes y esos ejércitos de las grandes potencias, de Austria, de Francia, de Alemania, de Rusia, no sirvan para cosa ninguna, porque su excesivo número impone un respeto tal mutuo de los unos hacia los otros, que nadie se atreve á declarar la guerra y alzarse con la responsabilidad terrible de haberla declarado. Pues el comienzo de la fase contemporánea económica está en el desarme, y el desarme habrá de comenzar por una disminución en las cargas militares, y esta disminución de las cargas militares por una metamorfosis del ejército de ofensa y de conquista en ejército de defensa y de seguridad. Y para esto del desarme, para esto de la disminución en los presupuestos militares, sirven, como nadie, las naciones que llamamos nosotros naciones segundas. Tiene gracia lo que sucede ahora en Europa, de lo cual es un ejemplo vivo la sublime y desgraciada Grecia. Se hacen allí los mayores sacrificios para mantener la inviolabilidad del te-



territorio contra los soldados extranjeros, y luego, por causa de estos mismos sacrificios, entran en el territorio, atropellando su inviolabilidad, irruptores más dañosos que los soldados á la independencia nacional, entran los usureros internacionales. Y la heroica Grecia, servida por soldados de una fibra increíble y de un valor incomparable, pierde por las armas un territorio que salva después por las ideas, por el entusiasmo sentido en todos los pueblos cultos, hacia la Musa divina del verbo, del pensamiento, del arte. Portugal se queja de lo mismo que se queja Grecia, temiendo ver el extranjero entrar por las puertas del Tesoro tras los enormes sacrificios hechos para que no entrase por las puertas del territorio. Pues no puede impedir tal irrupción, porque justo es pague quien deba, sino subordinándolo todo, Estado, diplomacia, ejército, á la economía. Mucho ha escandalizado á mis compatriotas el presupuesto de la Paz; pero yo lo sostengo, y lo sostendré mientras viva para mi patria, óigame ó no me oiga. Pues Portugal, más que nosotros, lo necesita. Nada de guerras extrañas, y nada de revoluciones internacionales: economía, paz y libertad.

EMILIO CASTELAR.

Llodio, 30 de Agosto de 1897.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

**El Empleo de la vida**, por Sir John Lubbock. Traducción del Dr. Luis Marco. Un vol., 151 págs. LA ESPAÑA MODERNA.—Madrid 1897.—Su precio, 3 pesetas.

Un libro hermoso, de lectura agradable y aprovechadísima. No tiene una página que no contenga una enseñanza. Sir John Lubbock, el originalísimo autor de *La dicha de vivir*, tan conocido en el mundo científico por otras obras interesantísimas, ha escrito su *Empleo de la vida*, manteniéndose en este libro á la altura de su envidiable reputación de filósofo, de moralista y de erudito.

Porque *El Empleo de la vida*, como *La dicha de vivir*, revelan eso, un gran escritor, que es á la vez un moralista, utilitario, sí, pero lleno de ideal, un filósofo y un gran erudito. Sir John Lubbock escribe, ó mejor, sabe escribir para todos. Los dos libros á que me refiero, contienen algo que puede interesar al pensador más preocupado con los problemas metafísicos, y al hombre de sociedad y de mundo.

En *El Empleo de la vida*, Sir John Lubbock nos dice cómo debemos vivir para ser felices; es la obra de un optimista, pero no de un optimista inocente, sino de un conocedor de las fuentes inagotables que la vida natural y social ofrecen para el placer honrado y bien entendido. No es un asceta Lubbock, pero tampoco es un epicureista; es un conocedor del mundo,



estoico y edonista al propio tiempo en el fondo, equilibrado, sereno, que sin irreflexivos entusiasmos ni idealismos exagerados presenta el lado bueno de las cosas, advierte sus peligros y aconseja con calma admirable, cómo debemos proceder para utilizar los bienes sin cuento que la naturaleza y nuestra propia constitución orgánica ofrecen á todos: altos y bajos, ricos ó pobres.

Consta *El Empleo de la vida* de diez y ocho capítulos, en los cuales examina el autor las diferentes fuentes que al hombre pueden proporcionar alguna felicidad y placer en la tierra: plantea en el primer capítulo la cuestión: la vida es un gran negocio; vivir bien una aspiración justísima; aprender á vivir lo más importante en la vida. Su tesis fundamental es que «la felicidad y el buen éxito no dependen de las circunstancias, sino de nosotros mismos.» En los capítulos siguientes nos habla Lubbock del tacto, del dinero, del recreo, de la salud, de la educación, de la lectura, del deber social, de la aplicación, de la vida social, de la fe, de la esperanza, de la caridad, del carácter, de la tranquilidad de ánimo y de la religión: y de todo esto nos habla con el mismo espíritu indicado, y con la misma erudición verdaderamente pasmosa.

A. POSADA.

---

**Histoire du Trade Unionisme**, por Sidney y Beatriçe Webb. Un vol. de 615 páginas de la *Bibliothèque socialiste internationale*.—Paris 1897. Giard y Brière, editores.—Su precio 10 francos.

Por el asunto, tan interesante desde el punto de vista económico y social, por la manera de tratarlo, por la erudición completísima que en las notas y apéndices se revela, y por otras varias circunstancias, la *Historia del Trade Unionismo* de los Sres. Webb es un libro en extremo recomendable á cuantos se interesan en el estudio de las cuestiones sociales que hoy



tanto preocupan en el mundo civilizado. Y no importa, en verdad, que se trate de instituciones nacidas y desarrolladas sólo en el Reino Unido; «en su más amplio aspecto, considerada como manifestación de una organización democrática, que cumple su propio desenvolvimiento en el dominio político y en el económico á un mismo tiempo, la historia del *Trade Unionismo* inglés no deja de entrañar enseñanzas para los obreros y los patronos, para los economistas y los políticos de los demás países.»

«Una *Trade Union*—añaden los autores de este libro—es una asociación permanente de los asalariados que se proponen defender ó mejorar las condiciones de su contrato de trabajo.» Ofrece el estudio detenido y documentado de este género de asociaciones un doble interés: técnico y político. Técnica-mente interesa dicho estudio para conocer una de las manifestaciones más parmanentes de la organización obrera; dos siglos de existencia cuenta: políticamente importa, porque la organización de las *Trade Unions* presenta resueltos problemas difícilísimos en la formación y estructura del Estado. Con gran exactitud aprecian esto último los Sres. Webb. «Para el que estudia—dicen—la democracia, ofrece la historia del *Trade Unionismo* el espectáculo de un millar de repúblicas independientes y autónomas, que han hecho en diversas maneras la experiencia de todos los expedientes conocidos en la ciencia política, para llegar á combinar una administración eficaz con la intervención popular. En parte alguna puede estudiarse tan completamente como en la experiencia de las *Trade Unions* los resultados del *referendum*, del derecho de iniciativa popular en materia legislativa, del mandato imperativo y de todos los demás artículos de un programa de gobierno democrático.»

La obra de los Sres. Webb principia por un largo estudio acerca de los orígenes del *Trade Unionismo*, y luego, en capítulos distintos, contiene investigaciones, todas muy documentadas, acerca del desarrollo de aquél en los diferentes períodos



á partir de 1799. Son de gran interés los dos últimos capítulos, uno de los cuales habla del antiguo y del nuevo Unionismo, y el otro del *Mundo de las Trade Unions* (1892-1894). Al final insertan los autores seis apéndices, de los cuales el sexto es una lista muy nutrida de publicaciones relativas á las *Trade Unions* y á las asociaciones obreras.

La *Historia del Trade Unionismo*, aun cuando constituye una obra independiente, no representa todo el trabajo realizado por sus autores con el estudio de la materia. Anuncian éstos la futura publicación de la *Democracia Industrial* (*Industrial Democracy*), que ha de contener un más amplio y completo resultado de sus largas y complejas investigaciones.

A. POSADA.



## OBRAS NUEVAS

---

- Alvaro y Miranzo (F.) y Rodríguez (V.)—Taquiografía cíclica. En 8.º, 64 págs. de texto y 24 de cuadros: 2 pesetas.
- Antología hebráica, con vocabulario comparado, traducciones, análisis y raíces al margen, por el P. Miguel González, de la Compañía de Jesús. En 4.º, 87 págs.: 2 pesetas.
- Arnaiz Hinojosa (F.)—Soledad, drama en tres actos y en prosa. En 8.º, 72 págs.: 2 pesetas.
- Arniches (C.)—La banda de trompetas, zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 8.º, 37 págs.: 1 peseta.
- Arpal y Daina (F.)—Intervención quirúrgica en los traumatismos del cráneo. En 8.º, II-218 págs.: 3,50 pesetas.
- Arteaga y Pereira (F. de).—Quinientos cantares. En 8.º, 131 páginas: 1,50 pesetas.
- Arroyo y Villaverde (T.)—Músculos intrínsecos del ojo en estado normal y patológico. En 8.º mayor, 64 págs.: 2 pesetas.
- Autric (E.)—La vuelta del soldado. En 8.º, 14 págs.: 1 peseta.
- Baró (T.)—Cuentos del hogar. En 8.º, VIII-160 págs.: 1,25 pesetas.
- Brañas (A.)—Amor y patria, drama de actualidad en un acto y dos cuadros en verso. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Burgess (J. W.)—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, por Juan W. Burges, decano de la Facultad de Ciencia política en el Colegio universitario de Nueva York. *Soberanía y Libertad*. En 4.º 316 págs.: 6 pesetas.  
Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é historia.
- Canós Sanmartín (F.)—Instrucción primaria educativa; enseñanza gradual cíclica de la geometría, dibujo y agrimensura. En 12.º, 32 págs.: 0,50 peseta.
- Cens y Roquer (J.)—¡Compuesta y sin novio! monólogo original. En 8.º mayor, 12 págs.: 1 peseta.
- Clapés y Corbera (J.)—Englantines y violes, poesías. En 8.º, VIII-160 págs.: 1,50 pesetas.
- Cortés (R.)—El bautizo, sainete lírico en un acto y en prosa. En 8.º, 29 págs.: 1 peseta.  
Galería dramática de Arregui y Aruej.



- Cospedal (J. de).—Cosucas que cuentan, ensayo de novela. En 8.º, 228 págs.: 2 pesetas.
- Costi y Erro (C.)—El fondo del armario, juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.º, 28 páginas: 1 peseta.
- Cotteau (M. G.)—Descripción de los equinoides fósiles de la isla de Cuba. En 4.º mayor, 100 págs. y xxix láminas.
- Tirada aparte del «Boletín de la Comisión del Mapa Geológico.»
- Cuaderno de faros de la costa E. de Asia, Japón, Australia é islas del Pacífico en 1.º de Enero de 1897. En 4.º, 15 págs.: 1,50 pesetas.
- Díaz Macías (J.)—Fabianelo, poema social. En 8.º, xxxii-27 págs.: 1 peseta.
- Dolcet (M.)—Muerte de Maceo, monólogo. En 8.º, 16 págs.: 0,50 peseta.
- Echegaray (M.)—El último drama, comedia en dos y en verso. En 8.º, 74 págs.: 1,50 pesetas.
- Escalante (E.) (hijo).—Un alcalde de barrio, juguete bilingüe en un acto y en verso, original. En 8.º, 36 págs.: 1 peseta.
- Exposición (La) nacional de Bellas Artes en 1897. Reproducción autotípica de las obras más notables, reseña crítica, por D. Francisco Alcántara. *Cuaderno I*. En 4.º mayor, 16 págs.: cada cuaderno 0,75 peseta.
- Fairen (H.)—Discurso leído en la sesión inaugural de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Zaragoza el año 1897. En 4.º, 59 páginas.
- No se vende.
- Fernández Arreo (A.)—En el garlito, juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.º, 25 páginas: 1 peseta.
- Idem.—¡No hay mujeres!, juguete cómico en un acto y en prosa, original. En 8.º, 28 págs. 1 peseta.
- Fernando y Arnau (F.)—El misterio de la fe, ó sea catecismo eucarístico. En 12.º, 304 págs.: 1,50 pesetas.
- Flores García (F.)—El señor Tromboni, comedia en dos actos y en prosa. En 8.º, 59 págs.: 1,50 ptas.
- Forcat y Ribera (A.)—Cuadros sinópticos de legislación de Hacienda pública: 0,50 peseta.
- García y Aparicio (B.)—Estudios sobre organización militar. En 4.º, viii-385 págs.: 12 pesetas.
- González (Martín R.)—Cartilla higiénica para Filipinas y demás países tropicales. En 8.º, 70 páginas: 1 peseta.
- González y Meléndez (C.)—Apuntes judiciales. En 4.º, 288 págs.: 3 pesetas.
- Guía del bañista en Portugal, descripción de las playas y principales poblaciones. En 12.º, 72 páginas: 0,50 peseta.
- Janet (P.)—La familia, lecciones de filosofía moral, por Pablo Janet, obra premiada por la Academia Francesa, traducida al castellano por el Dr. Luis Marco. En 4.º, 221 págs.: 5 pesetas.
- Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é historia.
- Kreinter (P. W.)—Recte et immobiliter ó ¿cómo se habría hecho santo en medio de nuestra sociedad Luis Gonzaga? Su espíritu y firmeza de carácter. En 12.º, 60 págs.: 0,50 peseta.
- Lanchetas (R.)—Morfología del verbo castellano, ó explicación



- del verbo castellano actual, según los principios y el método de la gramática comparada é histórica. En 4.º, xxviii-212 páginas.: 3,50 pesetas.
- Lara y Pedrajas (A. de).—La Gaceta anual; extracto de las disposiciones publicadas en 1896. En 8.º, viii-271 págs.: 2 pesetas.
- López Tuero (F.).—El trabajo. En 8.º, 55 págs.: 1 peseta.
- Lubbock (J.).—Elemplo de la vida, por John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco. En 4.º, 151 págs.: 3 pesetas.
- Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Lucio (C.) y Palomero (A.).—El juicio del año; humorada en un acto. En 8.º, 36 págs.: 1 peseta.
- Mario (E.) y Santoval (D. de).—Los gansos del Capitolio; comedia en tres actos y en prosa. En 8.º, 89 págs.: 2 pesetas.
- Martínez Añibarro (J.).—Apuntes acerca de la fabricación de los diferentes cartuchos Maüser. En 4.º, 30 págs. y 2 láms.: 1,50 pesetas.
- Meseguer y Costa (J.).—La bula y la cuaresma. Reflexiones piadosas sobre estos dos importantes asuntos. En 4.º, 16 págs.
- No se vende.
- Montero (A.).—Vibraciones: colección de versos. En 8.º, 84 págs.: 1,50 pesetas.
- Montesinos (E.) y Jiménez Prieto (D.).—La nieta de Don Quijote; juguete cómico-lírico en un acto y en verso. En 8.º, 45 págs.: 1 peseta.
- Moraleda y Palomares (V.).—Estudio clínico, terapéutico é higiénico de la viruela en los seres irracionales. En 4.º, 297 págs.: 3,50 pesetas.
- Notas ampliadas para contestar las preguntas de legislación notarial en las oposiciones á Registros de la Propiedad. En 4.º, 55 págs.: 1 peseta.
- Pando y Valle (J.).—Regeneración económica; croquis de un libro para el pueblo. En 8.º, 227 páginas.: 3 pesetas.
- Presa (J. de la) —Las grandes ideas escogidas y comentadas. En 8.º, viii-211 págs.: 2 pesetas.
- Prieto (E.).—Los guerrilleros; opereta cómica en un acto y en verso, original. En 8.º, 47 págs.: 1 peseta.
- Ramonet.—Cent refrans estiragasats y comentats; imitació á Fra Anselm. En 4.º, 15 págs.: 0,25 peseta.
- Ramos Carrión (M.).—Agua, azucarillos y aguardiente; pasillo veraniego, original, en verso y prosa. En 8.º, 52 págs.: 1 peseta.
- Saavedra (E. R. de).—Cuadros de la fantasía y de la vida real, por Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas. *Tomo II* (fin). (La dicha en el oro, el Padre Anselmo.) En 8.º prolongado, 205 págs.: 2 ps.
- Colección Elzevir, ilustrada. Vol. ix.
- Toledo y Toledo (E.).—Sociología médica; breve estudio de moral profesional. En 8.º, xliii-227 páginas.: 3,50 pesetas.
- Ximénez de Embun y Val (T.).—Lengua española en el siglo de oro de su literatura; cambios notables que ha sufrido, diferencias principales que la distinguen de como ahora comunmente se usa. En 8.º mayor, 304 págs.: 8 pesetas.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Teresa (conclusión), por Neera.....</i>	5
<i>Leyes hispano-romanas grabadas en bronce, por José Ramón Mé- lida.....</i>	77
<i>Propaganda regional en España, por Pablo de Alzola.....</i>	93
<i>Palmaroli y su tiempo, por Ceferino Araujo y Sánchez.....</i>	121
<i>España en 1679, según Madama D'Aulnoy, por H. Taine.....</i>	143
<i>Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....</i>	155
<i>La prensa internacional: Los clubs femeninos en Londres, por G. Art.....</i>	169
<i>Crónica internacional, por Emilio Castelar.....</i>	178
<i>Notas bibliográficas, por A. Posada.....</i>	201
<i>Obras nuevas.....</i>	205